



# Locamente atraído a ti ♡

HISTORIA ROMÁNTICA DE  
SEGUNDAS OPORTUNIDADES

Dani Elliott

# Locamente atraído a ti

*Historia romántica de segundas oportunidades*

T.L,

Dani Elliott

Derechos de autor © 2020 Dani Elliott

Título: Locamente atraído a ti  
Copyright © 2020 Dani Elliott  
Registro de la Propiedad Intelectual  
Cubierta: imagen utilizada con licencia Depositphotos

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

\*\*\*

Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta que, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

# Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Adrian](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

# Capítulo Uno

## Liv

Podría haberlo distinguido ante una multitud de miles de personas. Los hombros anchos, las largas zancadas, que insinuaban que era dueño del suelo que pisaba, y engreído. Era extremadamente seguro de sí mismo.

¡Maldita sea! ¿Por qué regresó? Para fastidiar mi vida un poco más.

Al salir del trabajo sólo quería pasar unas horas tranquilas en casa. Era todo lo que deseaba: no hacer absolutamente nada. Esta adrenalina en mis venas no era bienvenida.

Subí corriendo los escalones que conducían a la puerta de mi casa y recosté mi espalda contra ella. Gracias a Jesús estaba oscuro.

Dios, era Adrian.

Contaba con que Adrian Decker se alejaría de mí mientras viviera. Pero aquí estaba, decepcionándome como siempre. ¿Qué me sorprendía de esto?

Incluso con la capucha de la sudadera puesta sobre su cabeza y las manos dentro de los bolsillos de su jeans, no había duda de que era él quien se colaba en la casa de al lado como un ladrón. Apreté mis ojos y los abrí de nuevo.

No, los fantasmas no existen. Realmente era Adrian. Pero deseaba con todas mis fuerzas que fuera una aparición. De esa manera tan sólo gritaría, temblaría de miedo y terminaría con ello. Este hombre, sin embargo, era capaz de atravesar mi pecho y arañar mi corazón.

No había necesidad de ver su cara para saber que era él. Su cuerpo y su presencia estaban grabados en mi mente y me esforcé por sacarlo de ahí.

Pero el imbécil se quedó. ¿Qué me había hecho?

Saboreé mi propia sangre al morderme el labio inferior demasiado fuerte. Me asomé en un ángulo donde no pudiese ser vista y froté la parte herida de mi boca.

Adrian Decker, el corredor estrella de los Halcones Rojos de Seattle. Mi novio la escuela, mi primer amor. Cuántas estupideces solía pensar en esa época.

Amor infantil, estúpido y adolescente.

Adrian desapareció en la casa. A través de la ventana vi la luz de la sala de estar encendida. Las cortinas estaban corridas, así que no lograba ver el interior. Por suerte para mí. Conociéndome, si hubiese podido, probablemente me sentaría ahí fuera toda la noche a mirar.

—Entra, estúpida —dije para mí misma, mientras rezaba para que se fuera antes de descubrir que vivía en la casa de al lado.

Entré a mi casa y encontré a la niñera, Janice, mirando la televisión. Me quedé boquiabierta frente a la pantalla. Ambas siempre veíamos los programas en silencio. Ella era algo extraña.

—Hola, Janice. Siento llegar tarde. Tuvimos once pedidos de pasteles de boda y las cosas estuvieron un poco locas.

—No hay problema. Estaba poniéndome al día con mi nuevo programa favorito, “Sisters”. ¿Lo has visto?

Apreté los labios mientras la risa burbujecía dentro de mí.

—No lo he visto —cuando Janice dijo “visto”, literalmente se refería a eso, porque sabía que no escuchó ni una sola palabra—. Estaba planeando hacerlo pero no he tenido oportunidad.

Le entregué treinta dólares y sonreí mientras se despedía. Cerré la puerta con llave y me aseguré de que las tres cerraduras estuvieran en su lugar.

¡Adrian! Mi corazón cayó en la boca del estómago.

—¡Maldición! —golpeé mi sien con la punta de los dedos de mi mano derecha para sacarme al hombre de la cabeza. No funcionó.

Abrí la puerta del dormitorio de mi hija Jade quien estaba profundamente dormida. Me acerqué de puntillas al borde de la cama y la miré como si fuera la primera vez. Mis ojos se clavaron en su cabello castaño oscuro.

¿Y si Adrian vio a Jade?

No lo quería cerca de mi hija. A ella las únicas cosas que le interesaban eran los unicornios y la purpurina, además, nunca preguntó por su padre. Pero esto no significaba que no fuera una versión femenina y miniatura de él.

—¿Te habría hecho daño, Jesús, darle a Jade mi cabello rojo y los ojos verdes? —hablé en voz baja mientras subía el edredón por sus hombros—. Las cosas hubiesen sido mucho más fáciles.

Mis hombros estaban rígidos y mis piernas tambaleaban cuando entré al baño para llenar la bañera. Me desnudé, tirando todo lo que llevaba puesto en el cesto de la ropa sucia. Estaba a punto de meterme al agua cuando decidí que necesitaba algo que me ayudara a calmarme. Un trago.

Envolví la toalla alrededor de mi cuerpo. Salí descalza atravesando la sala de estar para finalmente llegar a la cocina y empujar la puerta con el hombro.

Un grito salió de mis labios, y tropecé hacia atrás cuando vi la oscura y amenazante silueta

de un hombre.

—Whoa, whoa. ¡Relájate!

Si antes estaba aterrorizada, ahora estaba paralizada de miedo. Mis dedos golpearon el interruptor de la luz, y un cegador brillo amarillo inundó la cocina.

Mierda, mierda, mierda. Conozco esa voz. No, por favor no seas...

—Lo siento, no soy un criminal. Soy yo, Liv.

¡Oh, no!

—¡Adrian! ¿Por qué te metes a hurtadillas en las casas de las personas?

Intenté dejar de temblar. Pero esto no era miedo, era otra cosa. No podía definir esta emoción exasperante. Era una mezcla de felicidad y pánico puro.

¡No quería a Adrian en mi cocina! ¡Oh Dios, por favor! Rebobina y envíalo de vuelta a Seattle. No puedo tratar con él. Ahora no. ¡Nunca!

—Tú estás...

Esperé a que terminara de hablar mientras yo jadeaba para recuperar el aliento. Pero me miró en silencio. Una extraña y rígida mirada se reflejó en su cara. Su mandíbula se tensó de una manera particular y lo recordé vívidamente. Sólo tenía esa expresión cuando estaba excitado.

Me di cuenta de que ni siquiera me miraba a la cara. Bajé la mirada y grité, tirando de la toalla para cubrir mis pechos desnudos.

—¡Qué demonios, Adrian! —le di la espalda brevemente, tratando de sostener la toalla que era demasiado pequeña para cubrir mi trasero y mis tetas al mismo tiempo—. ¿Qué te pasa? ¡No puedes irrumpir así!

—Lo siento —se dirigió hacia la puerta trasera, que Janice probablemente había dejado abierta. ¡Maldita sea! ¡El fenómeno de la televisión muda!

Adrian dio un paso hacia la puerta, y luego me miró.

—Espera un minuto. ¿Por qué estás en la casa de Brodey Hanson?

—Ahora vivo aquí —por si no quedaba claro que caminaba con el trasero desnudo hacia la cocina.

—Oh, mierda.

Mis ojos se negaron a apartarse de sus labios. El cincelado, la perfección completa de ellos. Su mandíbula era afilada. Quería gritar a los cielos cuando mi mirada se posó en su grueso y oscuro cabello.

¿Por qué, por qué, por qué?

—Espera. ¿Eres la maldita esposa de Brodey, Liv, te casaste con él?

Eso sonó como una acusación. Vino acompañada por un parpadeo de ira que se encendió en sus ojos color miel. Levanté mi barbilla, queriendo que sudara un poco.

—Bien —agarré la toalla con fuerza, notando cómo su mirada se posaba en la parte superior de mis muslos. Hice el intento de cubrir mi piel con mis manos sin tener mucho éxito—. ¿Por qué estás aquí, Adrian? ¿Qué es lo que quieres?

—Vine a pedirle al padre de Brodey su número de teléfono. Lo perdí.

Me burlé.

—No perdiste nada. No querías tener nada que ver con tus viejos amigos y, bueno, con tu novia —murmuré la última palabra para que no la oyera.

—¿Sabes qué? Lo siento —levantó ambas manos en el aire y se acobardó—. No debí haber venido aquí. Esto es realmente... lo siento.

Lo miré con atención mientras sus ojos examinaban mi cuerpo medio desnudo.

Giró hacia la puerta una vez más. Exhalé con alivio al creer que se marcharía cuando, para mi disgusto, se volvió a dar la vuelta.

—Saluda a Brodey de mi parte.

No tuve tiempo de corregirlo. Ninguno de los dos tenía la voluntad para hacerlo. Mi corazón latía fuertemente y mi pecho subía y bajaba mientras esperaba que se fuera de mi casa.

En lugar de eso, el imbécil, demasiado seguro de sí mismo, escaneó mi cocina. Su mirada se detuvo sobre el refrigerador cubierto de obras de arte.

—Oh. ¿y eso?

Adrian señaló una foto de Jade de hace cuatro años. En ese momento tenía seis y había ganado el concurso de poesía en la escuela. Realmente no quería que la viera.

—¿Ella es tu hija? —. Preguntó señalando la foto.

—Sí, es mía —forcé las palabras fuera de mí.

—Bueno, salúdala a ella también. Es linda.

No dije gracias. No me importaba. ¡Quería que se fuera!

Finalmente, agarró la manija de la puerta y la abrió. Tenía un pie fuera cuando se volvió a

dar la vuelta.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¿Te irás ya? Estoy medio desnuda y tú...

—Es sólo que no quiero que le menciones a nadie que me has visto. Estoy tratando de tomar un descanso. Pasar desapercibido.

Me burlé.

—Sí. Créeme, sé exactamente por qué.

Apretó su mandíbula fuertemente. Esta vez, un destello de su infame mal humor apareció en su cara. Levanté mis cejas en el desafío.

Señaló la casa de al lado, la cual le pertenecía a su padre.

—Estaré allí. ¿Te gustaría venir a tomar una copa alguna vez? ¡Con Brodey! —añadió demasiado alto—. Por supuesto que con él. No creas que te estoy invitando a ti sola. Quiero decir, nunca lo haría. Sé que eres una mujer casada.

—¡Adrian! —me rompí. Mis sentimientos estaban encontrados, quería que se largara pero al mismo tiempo, mi corazón luchó por dejar de revolotear. No pude matar el pequeño estallido de alegría dentro de mí. Esperaba no volver a verlo nunca más. Pero Dios, claramente quería hacerlo.

Me adelanté para abrir un poco más la puerta trasera y empujar el mosquitero hacia afuera. Cuando finalmente salí, me obligué a sonreír. Apreté fuertemente la toalla contra mi pecho.

—La cosa es, Adrian que no quiero tomarme unos tragos con el playboy nacional. Y mi marido tampoco.

Cerré la puerta en su cara y le pase llave. Hice lo mismo con las otras dos cerraduras que nunca había usado antes. Estaba tratando de enviarle un mensaje: No entres.

Habría estado orgullosa de mí de no haber arruinado completamente mi propio logro cuando corrí a asomarme a la ventana de la cocina.

Tenía largas piernas y medía 1,80. Su gran cuerpo llegó a ser tan reconfortante, seguro y mío que no puedo olvidar. Sus glúteos eran duros y tonificados, ajustados en sus pantalones grises, su cintura pequeña y dominada por sus enormes hombros. ¿Acaso necesitaba girarse para pasar a través de las puertas?

Todavía actuaba como si fuera el dueño del mundo. A pesar de que literalmente lo había echado de mi casa. ¿De dónde sacó toda esa energía arrogante y engreída? Definitivamente nació con ella.

—Deja de mirarlo —susurré en el silencio y luego agarré la botella de vino que estaba debajo del fregadero. Ahora lo necesitaba más que nunca. Tomé un vaso de la repisa pero cambié

de opinión. Abrí la botella y bebí directamente de ella. Caminé de regreso al baño arrastrando mis pies descalzos por el suelo de madera.

Me metí en la bañera, colocando la botella en el borde. El agua estaba demasiado caliente, pero mi espalda estaba tensa, y pensé que eso podría ayudarme.

Me quedé tumbada en la bañera mirando mi reflejo. Ocho notas adhesivas de color verde neón se alineaban a los lados del espejo. Por primera vez en mucho tiempo, había logrado ignorar las interminables listas de cosas por hacer pegadas en cada rincón de la casa, excepto en la habitación de Jade. Tal vez porque Adrian había gastado todas mis energías por hoy.

Soy del tipo de persona que le gusta prepararse y programarse. Era reconfortante saber lo que venía en todo momento. No tenía paciencia suficiente para las sorpresas. No necesitaba más estrés en mi vida en estos momentos.

Que Adrian se presentara en la ciudad era lo último que necesitaba.

Cerré los ojos en un intento de apagar mi mente. Pero los pensamientos se convirtieron de repente en una película de acción con flashes de mi pasado.

Adrian persiguiéndome en el campo de fútbol de la escuela. Abrazándome toda la noche mientras yo sollozaba al enterarme de que mi madre tenía cáncer de ovarios. Apoyándome cuando decidí iniciar una “investigación” para encontrar a mi padre, quien se había ido antes de que yo naciera.

Luego, por supuesto, se puso peor.

Él estaba sobre mí y me preguntaba mil veces:

—¿Estás bien? —mientras me quitaba la virginidad.

—¡Maldición! —tomé mi frente con las dos manos y gemí—. No puedo hacer esto. No lo haré. Aléjalo de mí.

Miré la superficie del agua jabonosa. La parte superior de mis pechos y rodillas sobresalían de ella. Separé mis piernas un poco más y cerré los ojos nuevamente.

Necesitaba una distracción. Y nada funcionaba mejor que esto.

Jadeé y me sacudí cuando mis dedos se deslizaron a través de los pliegues de mi centro topándose con mi clítoris, que ya estaba hinchado y caliente. No necesitaba preguntarme por qué. Adrian siempre había tenido este efecto en mí. Incluso los últimos once largos años en los que odié ver sus fotos en revistas, periódicos, y por supuesto en la televisión, nunca he podido deshacerme de los pensamientos sobre él.

Mis caderas comenzaron a moverse a un ritmo constante. Me lamí los labios y jadeé mientras estimulaba fuertemente mi vulva. Una especie de electricidad recorrió mi cuerpo desde el ombligo hasta mis muslos. Debía ir más despacio. La necesidad de correrme era demasiado feroz.

Comencé a frotar en círculos. Me retorcí en la bañera.

—Sí. Sí. Oh sí —mordí la parte superior del brazo para silenciar mi locura—. Oh sí, Adrian —vino a mi mente un recuerdo caliente de él recostado en la pared de su dormitorio. Me miraba con deseo mientras apretaba mis labios contra la cabeza de su pene. Yo pasaba mi lengua por la punta de su miembro. Sostenía mi cabeza con fuerza mientras gemía, metiéndola completa en mi boca. Un chorro caliente y picante de su precum cubriendo mi lengua y mis encías.

—Adrian. Oh, Adrian. ¡Adrian!

Aferré mi mano libre al borde de la bañera. El agua salpicó todo el piso del baño mientras me deslizaba bajo el agua, riéndome mientras me venía, como siempre, y temblando repetidamente.

Mis ojos se abrieron de golpe. Adrian siempre se había encargado de besarme para callar mi risa cada vez que me corría.

Los recuerdos me inundaron. Sacudí mi cabeza y froté mis ojos intentando apartarlos de mente. Pero fue inútil. Siguieron adelante, imparables.

Lo imaginaba tocándome detrás de los edificios de la escuela. Besándome la mejilla diez veces seguidas porque yo se lo pedía. Cosas tontas e infantiles. Tendría dieciséis años y estaba locamente enamorada de él.

Sonreí al recordar la mirada de puro dolor en su cara cuando dedujo, erróneamente, que estaba casada con Brodey. No tenía que saber que le había comprado la casa al su padre.

Y entonces, otra imagen apareció en mi mente. Ambos besándonos ferozmente en el aeropuerto.

Y luego diciendo

—No voy a volver a este agujero de mierda. Nunca, Liv. No quiero tener nada que ver con este lugar. Espero que puedas encontrar una forma de salir de aquí. Siempre te amaré, juntos o no.

Estaba demasiado impactada como para comprender la realidad hasta que dos horas después, cuando llegué a la casa y entré a mi habitación lo entendí.

Me había dejado.

## Capítulo Dos

### Adrian

*Liv está casada. Liv está casada. Liv está casada.* Mi mente no se callaba.

Abrí uno de los estantes de la cocina y luego otro. Lo único que encontré fueron dos latas de frijoles, un paquete de pasta, una sartén con aceite que apestaba, una pedazo de pan que olía a pescado, cuatro paquetes de palomitas de maíz para microondas y la mantequilla de maní.

¿Cómo papá podía vivir así?

Abrí la nevera y el hedor golpeó mi nariz antes de que pudiera ver lo que había en los dos contenedores de plástico que se encontraban dentro. Tosí, me doblé, y luego cerré la puerta contra los espumosos organismos verdes que crecían en los envases. Aparentemente, seguía con la necia costumbre de ahorrar electricidad. Pero ¿Tenía que dejar el yogur ahí dentro?

Cuando mi publicista, Olivia, me desterró a Ashland, mi ciudad natal, no hubo mucho tiempo para la negociación. No me dio la oportunidad de discutir. Estaba tan enfadado que podía ahorcar a alguien en ese momento. Había irrumpido en mi casa con sus brillantes tacones de terciopelo rojo y su falda de cuero. Ella misma había comenzado a hacer mi maleta.

—Su piloto está esperando en la pista de aterrizaje. Hablaremos cuando resuelva este desastre.

—No voy a ir a Ashland. No. Absolutamente no.

—Es tu ciudad natal. Podrías pasar tiempo allí y las personas no les avisarían a los periodistas en cuanto te vean. Y en segundo lugar, nunca vas de visita, así que es el último lugar donde los reporteros irían a buscarte.

—Odio ese lugar. No voy a volver.

—Vamos. Creciste allí. No puede ser tan malo.

—No, yo...

—¡No! ¡Tú nada! Ya has hecho suficiente. Si te importan algo esos preciosos niños a los que asesoras, te subirás a ese avión.

Sucedió tan rápido, que no sabía qué me había golpeado. Tenía once años sin ver a mi padre y de verdad esperaba que no estuviera en casa. No sabía que decirle al tenerlo de frente, aunque de igual modo siempre estuvo ausente o por lo menos después que cumplí los dieciocho años y mamá se fue de la casa en algún tipo de escape de “Comer, rezar y amar” a Sri Lanka, India o donde sea. Ni siquiera sabía dónde estaba. Y honestamente, no me importaba.

No había pensado en nadie de mi pasado durante once años. Excepto Liv. Ella era la única cosa buena que había dejado atrás.

Sin atreverme a mirar la fecha de caducidad del paquete de palomitas que encontré en uno de los estantes, retiré el plástico que lo envolvía y lo tiré al microondas. Era la única cosa comestible en la casa, y lo que iba a comer. Sabía muy bien lo que pasaría si iba al supermercado.

Todo el mundo se enteraría de que estaba en Ashland. Para mañana por la mañana la prensa entera estará aquí. Habría un ejército de paparazzi afuera esperando respuestas. Conociéndome, los mandaría a la mierda al primer instante. No me importaban esos reporteros o lo que decían. Me hicieron enojar con sus preguntas indiscretas sobre mi vida personal.

Hace 11 años, justo después de cumplir los 18, decidí no darle más vueltas a nadie. No valía la pena.

Pero ver a Liv nuevamente no había sido un encuentro casual. Mis emociones por poco me delatan. ¡Maldita sea! ¿Tenía que estar desnuda?

Sus pechos estaban más grandes, más maduros de lo que recordaba. Bueno, la última vez que la vi desnuda todavía éramos muy jóvenes y fue justo la noche antes de irme a la universidad.

Había olvidado por completo cómo eran los pechos reales. Las tetas operadas de las mujeres con las que estaba acostumbrado a acostarme hacían que los de Liv me sorprendieran gratamente.

Pequeños, suaves y femeninos. Su pezón tenía un tono rosado y estaba duro.

*Deja de hacerte eso, cabrón. Liv está casada. Liv está casada. Liv está casada. Liv está casada.* El conflicto en mi cabeza continuaba.

*No sólo casada, por cierto.*

—También es madre —hablaba a solas mientras confiaba que el microondas hiciera su trabajo pese a los ruidos extraños que emitía y el parpadeo de su luz interna—. ¿Qué carajo, papá? —le di una bofetada al aparato que tenía al frente. Este era exactamente el mismo microondas que usaba cuando estaba en décimo grado.

Mi teléfono sonó y me apresuré a salir de la cocina para contestar.

—¡Olivia! Cariño, sácame de aquí, por el amor de Dios.

—No tan rápido. Tienes que quedarte un tiempo más.

—¿Quedarme aquí? ¿Crees que soy una mascota? Yo elijo que hacer con mi vida.

—Yo elijo.

—Olivia...

—Sabes el trato que tienes con los periodistas. No es de extrañar que te odien. Lo que pasó

en tu casa de Bellevue está en todas las noticias.

—Me importa un bledo, y lo sabes. Sólo vine aquí porque más que mi publicista eres mi amiga, y asumí que lo hacías por mi propio bien —me reí sin regocijo, mirando al equipo anticuado que aun hacía ruidos extraños y sintiendo los muebles en mal estado a punto de colapsar —. Ahora lo dudo seriamente. Este lugar es peor de lo que recordaba, y ya estoy hartos.

—Acabas de llegar, Adrian. ¿Cuánto ha pasado, dos horas?

—Dos horas más de lo debido. Estoy atrapado aquí con comida mohosa. La ducha está obstruida y no tengo ganas de averiguar con qué. Básicamente caen cuatro gotas sobre mí. Y... Acabo de encontrarme a mi ex-novia completamente desnuda. Necesito alejarme de su trasero casado, por favor ayúdame.

—Pídele a tu padre que te lleve algo de comida.

Me burlé.

—Sólo vine aquí porque sabía que papá estaría en algún retiro de encuentro con Jesús en el medio de la nada. Escucha, he reservado una suite en Cincinnati, y...

La risa de Olivia en el otro extremo me cortó.

—No, no lo has hecho. Te reconocerían al instante de entrar.

—¡No me importa!

—Aguanta, Adrian. Son sólo unos pocos días. Estoy tratando de arreglar las cosas. Recuerda a los niños que asesoras. Te preocupan, ¿no?

Suspiré mientras pasaba una mano por mi cabello y resistía el impulso de tirar todo a mi alrededor gracias a la frustración.

—Bueno, sí.

—Así que la fiesta llena de drogas y orgías que está en todos los periódicos no ayuda a esa causa. ¿Crees que te dejarían ser mentor de esos chicos sólo porque patrocinas sus academias deportivas? Lo dudo. Durante los últimos cinco años haz exasperado a los periodistas. Todo porque no te importa y te dedicaste a dejárselo claro. Están haciendo hasta lo imposible para que nunca más te acerques a esos niños.

—Todo eso es basura. Tú más que nadie sabes lo que pasó en esa “orgia”. Yo no tuve nada que ver en eso.

—¿Preferirías decirles la verdad sobre dónde estabas esa noche?

—De ninguna manera. Primero me apuñalo el ojo con uno de estos picos oxidados que mi padre dejó en su mostrador.

—Exactamente. Así que cállate y aguanta. Es sólo por unas pocas semanas.

—¿Semanas? Tiene que ser...

—Bien, días. ¡Días! Cálmate y quédate ahí. Llama a un amigo y pídele que te ayude con la comida. O no comas. ¿Qué puedo decir? Eres un chico grande. Puedes manejarlo.

—Ughhhh —mi largo quejido no llegó a Olivia. Me colgó.

Estiré el brazo para arrojar mi teléfono contra la pared pero me detuve. Este era mi único contacto con la civilización moderna, el único escape del pozo del infierno que era mi ciudad natal. Cuidadosamente coloqué el teléfono en la isla de la cocina, deseando que volviera a sonar.

El microondas estaba en silencio. Abrí la puerta y miré la bolsa de palomitas que espera por mí.

—Oh, tú funcionas.

Olfateé las palomitas de maíz y luego me metí una en la boca. Me encogí de hombros y me fui a mi dormitorio. Estaba exactamente como lo recordaba. Si no lo conociera, diría que papá lo había dejado igual esperando que yo regresara. Pero lo dudé. Probablemente habría cerrado la puerta de la vieja habitación de su hijo y ya. Nunca le importé. Para él todo se trataba de la iglesia, Dios, la caridad y la devoción. Su hijo simplemente podía pudrirse solo en la casa, con una madre que acababa de huir.

Todavía recuerdo las palabras de mamá:

—Me quedé dieciocho años por ti, Adrian. Ya he terminado. Estoy fuera. Soy libre.

Libre. Como si hubiera estado atrapada conmigo en esta casa. Sus ojos brillaron al marcharse. Se despidió y me deseó un feliz cumpleaños. Papá se refugió en la iglesia y también desapareció... Al parecer era su mecanismo de defensa o algo así.

En esta casa, tuve una familia muy unida durante dieciocho años. A eso le siguieron ocho meses de verdadero infierno, donde mis padres no estuvieron. Juré irme y no volver nunca más.

—Bueno, ya has vuelto —suspiré a mí alrededor.

Las palomitas de maíz dejaron un mal sabor en mi boca, pero seguí comiéndolas.

Me tumbé de lado en la cama, mirando la ventana que daba a la casa de Brodey. Bueno, la que ahora pertenecía a Liv. La misma donde se lo cogió e hizo esa hermosa niña.

Un destello de furia hizo que quisiera encontrarlo y darle un puñetazo en la nariz. ¿No pudo encontrar a nadie más con quien casarse que con mi Liv?

—Alguna mejor amiga... —me metí un puñado de palomitas de maíz en la boca—. Imbécil —murmuré.

Liv estaba justo ahí, a unos cuantos pasos de mí. Y sabía que yo estaba aquí.

*Maldita sea. Está tan buena.*

Siempre había tenido un poco de mal genio. Pero era lindo. Cada vez que discutíamos lo olvidábamos la siguiente vez que nos encontrábamos. Era mi mejor amiga. La única persona con la que contaba cuando mi vida se puso patas arriba en mi decimoctavo cumpleaños.

Cuando llegué a la universidad, la eché de menos durante unas semanas. Pero todo había cambiado. Las prácticas, y la batalla interminable para mantener mi promedio, o de lo contrario perdería mi beca, me lanzaron a un espiral de pánico. Y, bueno, chicas.

A las universitarias les gustaba mucho un jugador de fútbol. No tenía planes de tener una novia formal, así que siempre había una chica nueva fuera de mi dormitorio queriendo pasar la noche conmigo.

Volví a mirar a su casa, metiendo otro puñado de palomitas en mi boca. Liv.

Ella siempre supo qué decir para alegrarme. Logró hacerme sentir mejor cuando me enfurecí con el mundo y mis padres. Aunque era muy impulsiva, podía confiar en que haría las cosas más racionales cuando estaba estresada.

Me reí mientras mi mente hacía una repetición en HD de su mirada cuando me encontró en la cocina. Estoy seguro de que mi cara fue peor debido a que ella estaba sin nada de ropa. En el momento de pánico, su toalla cayó a nivel de su ombligo y dejó sus pechos libres.

—Ugh —mi pene se había endurecido dentro de mis pantalones. Lo agarré a través de la tela y lo coloqué de lado para que no se parara y tensara contra mi ropa. Con mi otra mano apreté mi sien fuertemente.

—Tiene esposo, estúpido cabrón. No te pongas duro con una mujer casada. ¡Una mamá!

Pero cuanto más intentaba borrar de mi mente la imagen de sus pechos, más locamente me consumía. Me excitó tanto que una extraña sensación corrió por toda mi piel.

*Jódete, Liv.*

Entré en el baño y abrí la ducha. No salió nada.

—¡Maldita sea! —grité, golpeando el azulejo con mi mano. El agua goteaba sobre mi hombro. Miré el reflejo de mi cuerpo desnudo en el espejo y sacudí la cabeza. Entonces bajé la mirada y vi la gran erección que tenía, apuntando en dirección a la casa de Liv.

Esto es un desastre.

Me puse la ropa y me tumbé en la cama, esta vez mirando al techo de mi habitación porque mi miembro estaba realmente duro.

Piensa en otra cosa. Cualquier cosa menos la madre casada de al lado.

*Liv está fuera de los límites, estúpido. Deja de hacerte esto.*

Abrí mis ojos de golpe. ¿Qué significaba esa mirada en su cara? Liv no estaba feliz de verme. Ni siquiera se sorprendió. Se deshizo de mí tan rápido como pudo.

Se notaba lo enfadada que estaba. Desde el momento en que me vio casi me echó de su casa. Pero, ¿por qué?

Mientras duró la secundaria tuvimos un romance increíble, lo recuerdo perfectamente.

Pero ahora, después de tantos años, me odiaba. Simplemente me odiaba.

# Capítulo Tres

## Liv

Lo vi mirándome a través de la ventana de su cocina. ¿Por qué lo hacía de esa manera?

A diferencia de la mía, que estaba en la parte de atrás de la casa, la del padre de Adrian estaba en el frente. Ahí se paró como una estatua.

Agarré la manija de la puerta de mi auto, mirándolo fijamente.

—¡Detente! —le dije.

Adrian se encogió de hombros y levantó las dos manos diciendo:

—¿Qué he hecho?

Me señalé los ojos con dos dedos y luego volví a gritar:

—¡Deja de mirarme! —se encogió de hombros otra vez.

—Oh, maldita sea —cerré de golpe la puerta del auto y me dirigí a su entrada principal. Levanté el puño para golpear la madera, pero en lugar de eso, unos dedos agarraron fuertemente mi muñeca, tirando de mí dentro de la casa y cerrando detrás.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté cuando entré.

—No entiendo tus señales. Ya lo sabías. Solías hacer las mismas desde las gradas mientras yo jugaba, y en ese entonces también te lo dije.

—He dicho que te detengas. Esto significa... —volví a hacer un gesto—. Detente. Obviamente, ¿qué otra cosa podría significar?

—¿Detener qué?

—Para, ya sabes —me quejé— ¿Por qué me espías a través de la ventana de esa manera?

Abrió la boca y luego la cerró. Vi como sus ojos color miel se deslizaban sobre mi cara pasando por mis hombros y fijándose en mis tetas.

—¿En serio? ¿Puedes por lo menos mirarme a la cara? Ni siquiera estás viendo un punto aceptable en mi cuerpo ahora mismo.

—No te estaba espiando. Estaba lavando los platos.

Eché un vistazo al lavabo. Una taza solitaria estaba dentro.

—Una taza, querrás decir.

—Fue una simple coincidencia. Yo estaba aquí de pie, y tú te ibas. ¿A dónde vas, de todos modos? Es sábado.

—Trabajo los sábados. Algunos de nosotros tenemos que hacerlo, ¿sabes?

—Nadie puede saber que estoy aquí. ¿Podrías por favor no hacer gestos desde afuera? No puedo tratar con las personas de aquí.

Lo miré fijamente, y la risa surgió dentro de mí.

—¿Por qué crees que le importas a alguien?

—Porque...

—¿Porque qué?

—¿Porque la gente lo hace?

Sacudí la cabeza.

—Saca la cabeza de tu trasero. Sal y ponte al día con los amigos o lo que sea. Deja de asustarme —alcancé la puerta y la abrí de un tirón—. Todo esto me está volviendo loca. ¿Cuándo te vas? Espero sea pronto...

—Eso realmente me hace sentir bienvenido.

—Nadie te debe una bienvenida de héroe, Adrian. ¡Eres un imbécil! No lo olvides.

—¿Adivina qué? No quiero estar en este agujero de mierda. Y realmente, no entiendo por qué tú quieres hacerlo.

Cerré la puerta de golpe y me apresuré en llegar a mi auto. No quería mirar atrás, pero lo hice. En secreto, realmente esperaba verlo una vez más. Se veía demasiado bien, sin importar lo que dijera o hiciera. Verlo con ropa o no, también hacía efecto en mí.

Sí, se veía bien desnudo. Estaba muy bueno. Su cuerpo era mejor que el de muchos hombres. Había una extraña carga eléctrica que llenaba el espacio entre nosotros cuando estábamos cerca, probablemente sexual. Yo intentaba convertirla en ira pero no lo conseguía. No sabía qué más hacer.

Con sólo mirarlo me convertía otra vez en una adolescente enamorada de dieciséis años, como cuando le murmuraba “te amo” mientras sujetaba su brazo dondequiera que fuéramos, de esa manera le decía al mundo que era mío.

Al final, Adrian no quiso ser mío. Me quitó del brazo como si fuera una mosca que zumba muy fuerte, y se fue.

A lo largo de los años, tuve que verlo en la televisión, revistas, internet, con modelos y actrices aferradas a él. Todo mientras yo criaba a una niña por mi cuenta. Su hija.

Fue difícil, especialmente durante los primeros años. Mi madre estaba enferma, y las facturas del hospital seguían llegando incluso cuando el dinero no lo hacía.

Pero había superado los tiempos difíciles.

Estacioné mi auto frente a la pastelería de la que era dueña desde hacía siete años. Funky Bake comenzó en casa, horneaba todos mis dulces favoritos y los vendía en el vecindario. La Sra. Connelly, la esposa del pastor, me prestó el dinero que necesitaba para montarla. Todavía no podía creer la respuesta que obtuvo. En un año, me expandí para incluir una segunda ubicación. Este negocio era mi segundo bebé.

Mely salía de su auto mientras yo entraba a la pastelería. El sábado era nuestro día de recuperación.

Entrecerrando los ojos a causa del sol, esperé a que llegara a mí. Su cabellera rubia decolorada era demasiado grande. Sabía exactamente que usaba media lata de laca todo el tiempo, lo que hacía luciera armado. Había intentado tocarlo y me di cuenta que era duro. Mely era la gerente de la única galería de arte de la ciudad. Tenía los sábados libres, así que me ayudaría con mi pedido de fin de semana en Funky Bake.

—Vaya. Liv. Te ves destruida.

Mi sonrisa se evaporó.

—¿En serio?

—Sí, de verdad. Mi experto radar de belleza me dice que no dormiste bien anoche.

No podría discutir eso. Me encogí de hombros y entré. Necesitaba desahogarme antes de poder concentrarme en el trabajo.

—Ven aquí —arrastré a Mely a una pequeña mesa en la esquina. No podía dejar de chasquear los dedos.

Me miró fijamente las manos.

—Desacelera antes de que se caigan. ¿Estás bien? ¿Es Jade?

—Jade está bien y yo también. Bueno en realidad no, no lo estoy. Algo ha sucedido.

Mely levantó las cejas tan alto que parecieron llegar hasta la línea de su cabello. Sus pesadas pestañas postizas se agitaban mientras esperaba.

—Algo terrible.

—¡Escúpelo ya! Deja dramatismo.

Salté ante su arrebató.

—Ha vuelto. Adrian.

—¿Adrian? —Mely se dio la vuelta para escanear la panadería—. ¿Dónde?

—Aquí no. Se está quedando en la casa de su padre. Bueno, se está escondiendo, creo. No tiene pensado salir de allí y probablemente se esté muriendo de hambre. Ambos sabemos que Josue no almacena comida en su casa. Todo lo que debe estar comiendo ahora son palomitas de maíz y sándwiches de mantequilla de maní. Si tiene suerte.

—¿Y te acostaste con él? ¡Dios!

Me sacudí y resoplé cuando una risa salió de mí.

—Liv, no sé cómo reaccionar, así que diré esto: ¿Estás loca? ¿Cómo pudiste acostarte con él cuando te rompió el corazón?

—No lo hice. ¿Por qué me lo cogería? Acabo de verlo. Entró en mi casa y estaba medio desnudo —tartamudeé, mirándome las uñas—. Se veía muy bien.

—Por supuesto que lo hizo. Es un tipo apuesto. ¿Por qué estaba desnudo?

—No importa. El problema es que vio la foto de Jade.

—¡Oh! Joder —salté justo en el momento en el que el puño de Mely golpeaba la mesa—. ¡Jade! ¡Nos olvidamos de Jade!

Puse los ojos en blanco.

—Por el amor de Dios, Mely. Por supuesto que no me olvidé de ella. Le hice prometer a Josue que no le diría la verdad a Adrian. Lo que pasó fue que vio una foto en mi nevera donde Jade tenía seis años. Así que, obviamente, si él la ve ahora, ¿una niña de diez años?

—Podría conectar los puntos.

Torcí los dedos con fuerza, haciéndolos crujiir.

—No sólo su edad. ¿No te has dado cuenta de que tienen el mismo color de cabello? Y esos ojos color miel... Es una versión diminuta de él usando vestidos de unicornio y diademas.

Mely se recostó en su silla, sacudiendo la cabeza.

—¿Se lo dirás?

—No puedo. No lo haré. ¿Por qué debería hacerlo?

—Sabes que odio a Adrian. Yo estaba allí cuando te dejó, quiero decir, no lo hizo, se fue a la universidad.

—Oh, lo que sea. Deja de tartamudear. Me dejó y lo sabes. ¿Puedes pasar directamente a lo que sea que me estabas sugiriendo hacer?

—Tal vez tienes que prepararte para lo inevitable. Si la ve, se dará cuenta de que es su hija.

—Puedo esconderla.

—¿Esconderla? ¿Estás escuchándote?

Extendí mis dedos sobre la mesa.

—Todo se irá al infierno —susurré, dándome cuenta de que el verdadero impacto de su llegada significaría un trastorno en la vida de mi hija.

—¿No preguntó por ella cuando vio la foto?

Me reí, pero no fue un sonido feliz. No estaba segura de si era nerviosismo, miedo o incertidumbre, pero de repente no podía dejar de hacerlo. Me cubrí la boca, pero no podía parar, mis ojos estaban llorosos y mis costillas doloridas por el esfuerzo.

—Sabes... —comencé, pero tuve que abrazar mi estómago mientras los primeros clientes del día volteaban a mirarme por la risa estruendosa. Necesitaba callarme, era la dueña del lugar.

Apreté los labios con fuerza para evitar seguir. Luego tomé la mano de Mely, y mi voz bajó a un susurro.

—Me pidió que fuera a tomar una copa a su casa con mi marido —me estremecí debido al dolor en el estómago por la risa reprimida—. Él cree que Brodey es mi esposo.

—¿Qué demonios! —Mely se rio—. ¿Cómo sucedió eso?

—Porque es la antigua casa del padre de Brodey. Me mudé allí para que Jade pudiera estar cerca de su abuelo. Pero ahora Adrian cree que soy la esposa de Brodey.

—¿Qué pasará cuando descubra que es una mentira?

—No mentí. A él se le ocurrió eso por su cuenta. Estaba realmente enfadado porque creía que me había casado. La mirada en su cara lo decía todo y yo no tuve la oportunidad de aclararlo, tampoco quería hacerlo. Pero no descubrirá la verdad. Está decidido a esconderse en su exilio. No entiendo por qué está aquí. De todos los lugares a los que podría ir...

—Sí. ¿Esa fiesta loca? He visto fotos. El Canal 21 anunció que también tienen material de vídeo en camino. Se ve mal. Encontraron muchas drogas fuertes en su casa.

No podía creerlo. Adrian siempre había sido mejor que eso. Era engreído y confiado. Tomaba decisiones con un chasquido de sus dedos y siempre tenía el control. No podía

imaginármelo a merced de nadie, y mucho menos de los medios de comunicación.

—No deja de llamar a Ashland “agujero de mierda”.

—¡Cómo se atreve! —Mely estaba tan horrorizada como yo enojada.

—Lo sé. Pero puedo lidiar con todo eso. No quiero que junte las piezas de Jade.

—¿Por qué no lo convences de que se vaya?

Sacudí la cabeza mientras sentía un escalofrío subir por mi columna vertebral. Era miedo.

—Lo conoces. Hace lo que quiere. Por eso Josue y yo acordamos que no debía saber nada acerca de su hija.

—Porque se la llevaría.

Mi mirada se alineó con la de Mely. Me di cuenta de que ella vio el miedo en mi cara.

—Tiene dinero y poder. Ya sabes cómo es. Una vez que algo se le mete en la cabeza no descansa hasta conseguirlo. No le importa a quien hace daño cuando va tras algo. Si decide que quiere a Jade...

—Está bien. No se enterará.

—No le entregaré a mi hija, ¿es mía! Adrian me tiró como si fuera desechable. Pasamos toda la noche juntos antes de su vuelo. No me había contado nada acerca de sus planes. Me cogió y luego me besó en la frente antes de pedirme que lo llevara al aeropuerto. Y eso fue todo, me dejó. Ni siquiera me miró cuando se fue.

—Mira, Liv. Odio al tipo y sus agallas. En el último año de la secundaria, actuó como si fuera mejor que todos los demás. Se ha vuelto arrogante. Estoy segura de que dejará Ashland pronto.

—¿Tú crees? —me aferré a un hilo de esperanza.

—A nadie le importa lo que hacen estos jugadores de la NFL. Son invencibles. Adrian no ha sido suspendido ni enviado a rehabilitación. Tan pronto como pase el frenesí por su fiesta de orgía y drogas, volverá a su antigua vida.

—Espero que sí. Jade no lo necesita, y estoy segura de que yo tampoco.

—Claro que no. ¿Quién necesita un hombre apestoso en su vida, de todos modos?

—Bueno, él no apesta. ¡Ay! —mi muñeca ardía luego del golpe que me dio Mely— ¿Por qué fue eso?

—Eso fue por pensar algo remotamente positivo sobre ese imbécil que te embarazó y luego te dejó. Si hueles su olor, quemarás tu preciosa panadería.

# Capítulo Cuatro

## Adrian

Por alguna razón, mi padre todavía tenía wi-fi.

*Gracias, papá.*

Sin televisión, pasaba todo el día en mi teléfono, descargando un montón de juegos estúpidos para mantenerme ocupado. Escuché el auto de Liv llegando a su casa. Aunque estuve tentado de ir a ver, no lo hice. Ella tenía razón, estaba siendo espeluznante.

Pasé de una vida llena de fiestas, amigos y colegas a esta choza destartalada en medio de la nada. Crecí aquí, y la casa me hacía recordar cuanto llegó a apestar mi infancia. Que luciera exactamente igual que antes no ayudaba para nada.

Todo se resumía a llenar las cubetas de plástico de agua del lavabo y luego usar una taza de café para ducharme. Al menos había champú.

Con el cabello todavía húmedo, fui a la habitación de mi padre para ver si tenía un viejo secador por ahí. Probablemente sería de mamá. No se había llevado muchas cosas. Abandonarnos tan rápido no habría sido tan fácil.

Mientras hurgaba en la cómoda noté algo de movimiento fuera de la ventana.

Vi a Liv sentada en los escalones traseros de la casa. Aunque estaba casi oscuro, todavía podía distinguirla. Entrecerré los ojos y observé un paquete de cigarrillos en su mano. Sacó uno y lo metió entre sus labios.

Me di la vuelta y corrí. Mis pies se estrellaban en el suelo de madera mientras salía por la puerta trasera y atravesaba los arbustos que una vez fueron el jardín de mi padre. Levantó la mirada cuando yo estaba a tres metros de distancia respirando con fuerza. Me dejó caer junto a ella en los escalones.

Incliné la cabeza a un lado y la miré fijamente. Dios, era tan bonita. Sus labios gruesos, rosados, suaves y naturales me encantaban. Su nariz era pequeña y ligeramente respingada. Sus grandes ojos verdes disparaban chispas de fuego hacia mí. Seguramente ella no iba a dejar que me saliera con la mía.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó todavía sosteniendo el cigarrillo sin encender entre sus labios.

—Estoy sentado contigo.

Sus cejas se arrugaron.

—¿Por qué?

—Porque haré un agujero en una de las paredes de mi padre si no hablo con un ser humano de verdad.

Por un momento, pareció que Liv iba a protestar. Pero aunque tenía un temperamento chispeante, también era amable. A diferencia de mí, a ella le importaban las cosas.

Poniendo los ojos en blanco, encendió su cigarrillo y me di cuenta de que era necesario hablar un poco.

—¿Cómo estuvo tu día? —se rio, y aproveché la oportunidad para admirarla.

Una camiseta blanca se extendía tensa sobre la plenitud de sus pechos, y sus jeans se aferraban a sus muslos tonificados. Inclinandose hacia adelante, apoyó los codos en las rodillas y me miró con diversión.

—¿Qué estamos haciendo? ¿Jugando a la casita?

—Sólo jugué a la casita cinco minutos —el tono natural y autoritario de mi voz sonó en el silencio del exterior—. Me volveré loco en ese lugar que mi padre llama “hogar”. ¿Has visto el interior últimamente? Es como si ya nadie viviera allí.

Suspiró, dejando claramente su lucha interior.

—Bueno, Josue no se queda aquí a menudo.

—¿Sabes dónde está?

—Espera un minuto, ¿no has hablado con tu padre? —me miró con incredulidad como diciendo “¡Por el amor de Dios, idiota!”

—Conozco los tres lugares que usa para esconder la llave de su casa. ¿A dónde fue?

—Nepal.

—Por supuesto.

—Puede hacer lo que quiera, ¿sabes? Al igual que tú —ella empujó su hombro contra el mío.

El movimiento juguetón fue tan inesperado que me quedé paralizado. Ya era bastante difícil no fantasear con ella estando solo en esa choza. Pero sentir su cuerpo tan cerca del mío era un tormento.

Las mujeres casadas estaban fuera de los límites. Era una regla que yo seguía.

*Hay muchas mujeres solteras por ahí, Adrian. Pero no son Liv.*

La conocí unos meses antes de cumplir diecisiete años. Era demasiado joven, no buscaba una

relación. Pero nos llevamos tan bien que las cosas se dieron por sí solas. Teníamos amistades en común, así que podía verla reír todos los días. Ayudaba a sus amigos con proyectos y era básicamente la chica más genial que había visto. No era del tipo que se burlaba de todo y era exigente con la apariencia. Nunca juzgó a nadie y su presencia iluminaba una habitación entera.

Dos semanas después de conocernos, la besé después del entrenamiento de fútbol. Fuimos inseparables lo que quedó de años de escuela.

Estaba locamente enamorado.

Luego llegó mi decimoctavo cumpleaños y el mundo como lo conocía se fue al infierno. Ataqué a todos pero ella se llevó la peor parte. Sin embargo, lo entendió. Sobrevivimos a través de todo esto.

Luego entré en la universidad becado por el fútbol, y ella iría a otra universidad, muy lejos de donde yo estaba. Justo después, su madre fue diagnosticada con cáncer de ovarios.

Mi vida se salía de control. Mis padres se habían ido, no sabía qué estaba haciendo o a dónde me dirigía. Me fui a la universidad y rompí con Liv.

Dos meses después, dejó de responder mis llamadas. Llamé a Brodey para preguntarle cómo estaba, y me dijo:

—Liv no fue a la universidad. Todavía está en Ashland cuidando de su madre.

Fue la última vez que oí hablar de ella.

Ahora, sentado a su lado, debía aceptar que realmente no había hecho un ningún esfuerzo para mantenerme en contacto con ella.

—Siento lo de tu madre.

Respiró con dificultad.

—Gracias. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Así que nunca fuiste a la universidad?

—No.

Noté la tensión en su mandíbula cuando hablaba. Esto era probablemente algo que no quería discutir.

—Entonces, ¿dónde trabajas que debes ir hasta los sábados?

Liv me ofreció su cigarrillo.

—¿Puedes sentarte en silencio y no interrogarme? Tuve un día difícil en el trabajo. Este es mi tiempo de paz.

—Oh, está bien —fumé un cigarrillo y tosí—. No había hecho esto en años —escupí a través de mi tos—. Pensé que tú también lo habías dejado.

—Lo había hecho —entonces aspiró larga y exageradamente lo poco que le quedaba de cigarrillo, chisporroteando en la oscuridad.

—Oh, está bien entonces —me reí, recordando de repente lo que había metido en mi bolsillo antes. Lo saqué y se lo entregué.

—Vaya. ¿Todavía haces esto? —se quedó boquiabierta mirando el porro de marihuana.

—No lo hago.

Se rio, apagó su cigarrillo y colocó el porro entre sus labios. Sus manos brillaron cuando la llama de su encendedor se reflejó sobre ella mientras lo encendía.

Exhaló el humo en una larga y estrecha brizna.

—Como en los viejos tiempos.

—Lo sé, ¿verdad? Antes solía ser por diversión, ahora espero que me dé una buena noche de sueño —ella sonrió, y yo aproveché la oportunidad para mirar su perfil.

*Debería volver a entrar. ¡Demonios! Nunca debí haber venido aquí.*

***Liv está casada. Liv está casada. Liv está casada.***

Salté de los escalones, lejos de su tentadora y cálida pierna, y me puse de pie frente a ella.

Exhaló otra bocanada.

—¿Qué pasa contigo? Estás muy nervioso, no asesinaste a nadie ¿o sí? Te volviste un poco loco con todo lo de... —levanté una ceja. No tenía ni idea de lo que estaba hablando— las prostitutas y las drogas.

—Oh, eso. Sí, todo eso es una mierda.

Liv se rio.

—Oh, vamos. Era tu casa en Seattle. Todos hemos visto las fotos. No importa a qué canal cambiara, de eso es de lo que están hablando.

—Sí. Pero yo no estaba en Seattle ese día. Me encontraba en Miami.

Liv me miró fijamente mientras el porro se consumía entre sus estrechos y bien formados dedos.

Se lo quité y fumé.

—Qué diablos, ¡Adrian!. ¿Por qué no haces una conferencia de prensa y se lo dices a todos?

—No puedo.

—¿Por qué diablos no?

—Porque no quiero que el mundo sepa dónde estaba realmente esa noche.

—No puede ser peor que esa asquerosa orgía.

—Estuve en el consultorio de un médico en Miami, mi terapeuta.

Los labios de Liv se separaron. Esperaba que me preguntara por qué. ¿Qué ha pasado? ¿Estaba deprimido? Las habituales preguntas juiciosas y molestas.

—Lo entiendo.

Mi corazón se latió fuertemente

—¿Entiendes? ¿Eso es todo?

—Quiero decir, siempre has sido un tipo duro, un atleta invencible. Entiendo que no quieras que el mundo sepa de una cosa vulnerable y privada como esa.

Me quedé mirando al suelo porque comenzaba a tener una erección. Todo en ella parecía enviar una orden directa para hacer que se despertara.

Necesitaba el calor de Liv en mi vida.

*Es la esposa de alguien, idiota. No importa lo maravillosa que sea.*

—Un amigo mío hizo esa fiesta. Mason Ballard.

—Oh, demonios. ¿El actor?

—Sí. Preguntó si podía quedarse allí el fin de semana. Mi casa tiene vista al lago Washington, y le encanta el lugar. Así que dije que sí. Lo siguiente que supe fue que hubo una redada y yo miraba todo por televisión. Prostitutas y yonquis por todas partes, aparentemente, los que se encontraban ahí dentro tuvieron lo que ahora se considera el “mayor desastre de la historia”.

—¿Y tú estabas en Miami?

—Estaba sentado en un sofá, hablando con este calvo bajito que hace excepciones por mí, y me ve cuando estoy disponible. Me tenía agarrado por la garganta, en sentido figurado, obligándome a hablar de mi infancia. La verdad fui solo porque Olivia es terca y me obligó.

—¿Quién es Olivia? ¿Tu novia?

—¡No! No tengo novia. Es mi publicista y es una perra. Me regaña demasiado.

—Bueno, escúchala. Ella claramente significa algo para ti.

No sabía por qué la escuchaba. Probablemente porque a su manera le importaba a Olivia.

—Tengo que vivir con el hecho de que digan que soy el cerebro de una orgía, y aparte de un montón de cocaína y heroína. Espero poder vivir con eso algún día porque no pienso decirle a nadie que estuve en terapia.

—Me lo dijiste a mí —sus labios se curvaron en una adorable sonrisa—. ¿Y si hablo con la prensa?

Me burlé.

—Sé que no lo harías, nunca has lastimado ni si quiera a una mosca en tu vida.

Se le cayó la cara.

—No soy una santa, ¿de acuerdo?

—¿Te ofende que piense que eres una buena persona?

—La gente buena es aburrida. He hecho algunas locuras.

—¿Qué clase de locuras?

Liv abrió la boca y luego la cerró.

—No puedo pensar en nada ahora mismo. Estoy un poco mareada.

Me reí, con la cabeza echada hacia atrás y sus ojos verdes se clavaron en mí, llenos de asombro.

—Te conozco mejor que tú misma. Sólo hay dos cosas malas en ti. La primera es que eres completamente impulsiva, la segunda es que rompes más platos de los que usas y para finalizar roncas tan fuerte como un camionero.

Una caja Marlboro vino volando hacia mí, golpeándome en el hombro.

—Eso son tres cosas. No dos.

—No te pongas agresiva —no podía dejar de reírme y se sentía muy bien. ¿Cuándo fue la última vez que me reí así por una estupidez? Las mujeres con las que salía eran demasiado inseguras de sí mismas. ¿Decirles que roncaban? Eso contaría como abuso emocional. Pero Liv sabía que yo amaba todas sus asperezas.

Ella sonreía cuando me senté de nuevo.

*Está bien, puedo hacer esto, sentarme a su lado sin ponerme cachondo.*

Echaba de menos esto: las bromas y risas. No podía controlar mi necesidad de tenerla. Pero lo importante era que no actuaba por impulso.

La empujé con mi hombro, en broma. Liv ahogó un grito pequeño y cayó de los escalones hasta la tierra.

—¡Mierda! Lo siento —ella no paraba de reír. Logré alcanzarla y subirla nuevamente pero volvió a tropezar, riéndose tanto que apenas podía entender las palabras que decía.

—¡Me empujaste!

—¡No quise hacerlo! No me di cuenta de que era tan fácil hacerte caer.

—Ay, mi trasero.

La agarré por los antebrazos y la puse de pie quedando frente a mí.

—Ven aquí. ¿Estás bien? —se apoyó en mí para equilibrarse. Levantó la cabeza y se rio, sus labios rosados y suaves se acercaron hacia mí.

*Maldición. ¿Qué estaba haciendo? Oh, espera. No hice nada. ¡Lo está haciendo ella!*

La miré fijamente. La risa se había ido y el silencio se había apoderado de la noche.

Me miraba como si me hubieran salido cuernos. Yo estaba pálido, blanco como una hoja.

Girando sobre su talón, subió los escalones y abrió la puerta en un solo movimiento. A través de ella, me miró con una expresión que parecía de resentimiento.

—¿Sabes, Adrian? Realmente deseo que vuelvas al lugar de donde viniste.

—¿Sabes, Liv? Lo entiendo. Recibí ese mensaje la primera vez. Me haces sentir como una mierda cada vez que me dices que me vaya.

La cerró fuertemente, y sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago.

Mi mandíbula se apretó, y me regañé a mí mismo por hacerme vulnerable.

En ese instante descubrí que poseía el poder de herirme.

Me quedé allí unos largos segundos y luego recogí el paquete de cigarrillos. Lo puse en los escalones y regresé a la casa de mi padre. Quería gritar y discutir Olivia por haberme puesto aquí.

Casi lo había hecho. Podría haber besado a Liv.

*Liv está casada. Liv está casada. Liv está casada. No, Adrian.*

Si tan sólo mi cuerpo tuviera tanto sentido como mi cabeza.

Mi pene estaba duro como una roca, y mis bolas dolían a causa de mi carga no derramada.

# Capítulo Cinco

## Liv

Olvidé cerrar las cortinas anoche. Odiaba la luz del sol cuando me despertaba por la mañana. Nunca podría confiar en la gente que pone esas endeables cortinas de red en sus ventanas.

Quiero decir, ¿cuál era el punto?

Me puse una mano sobre los ojos y me volví hacia el otro lado.

—¿Mamá? ¿Estás despierta? —Jade estaba de pie en la puerta con su pijama verde y sus corazones dorados por todas partes.

—Hola, nena. ¿Qué hora es?

—Son las once.

—Oh —me senté y me froté los ojos abriendo los brazos para nuestro abrazo matutino.

Mientras Jade se acurrucaba en mí, me mordí el labio inferior, pensando en la noche anterior.

¿Qué había pasado? O mejor dicho ¿Qué es lo que casi pasaba?

Mierda. No había estado tan drogada. Quería besar a Adrian.

*No lo olvides, Liv, te esquivó como si tuvieras la peste.*

Me estremecí ante el brutal recordatorio.

No era como si Adrian rechazara la oportunidad de revolcarse con alguien. ¿Tal vez había cambiado?

Cuando fui a la cocina a hacer nuestros waffles especiales del domingo, me regañé a mí misma fuertemente.

*Odio la hierba.*

Nunca la había disfrutado, ni siquiera cuando era joven y estúpida, llena de ideas románticas sobre la vida.

Y ahora la odiaba. No me calmaba en absoluto, al contrario me había puesto más nerviosa.

Claro, dormí como un muerto pero también tuve estos sueños locos que no me permitieron descansar de manera relajante y refrescante.

—Se acercan los waffles.

Saqué algunos de la tostadora y los puse delante de Jade para luego sentarme a comer. A través de la puerta mosquitera, miré fijamente los escalones donde había hecho un completo y absoluto ridículo.

*¡Dios! ¿Por qué tuve que intentar besar a Adrian cuando lo quería fuera de aquí?*

Podría haberlo matado por interrumpir mi vida de esta manera.

Ahí estaba yo, viviendo la vida perfecta para Jade y para mí. La había construido desde cero.

Tenía un negocio con objetivos de expansión. Además era completamente feliz por mi cuenta, sin un hombre.

Entonces, él apareció.

La última vez que lo dejé entrar en mi vida, me quitó la virginidad, hizo que me enamorara de él, y me embarazó con esa sonrisa sexy que me mata, unas horas antes de dejarme.

*¡Imbécil! Eso es. Proyecta todo ese antagonismo y frustración hacia él. Así se hace. Entonces, tal vez, ¿no intentarías comerte su boca!*

Un rubor manchó mis mejillas. Me coloqué el cabello detrás de las orejas, mirando a Jade.

Esta vez, sería despiadada y egoísta con Adrian.

Jade no se merecía esto. No permitiría que la decepcionara como lo hizo conmigo. Él no era capaz de sentir algo por alguien más allá de un fin de semana, mucho menos comprometerse. No había forma de que yo expusiera a mi pequeña a ser lastimada por él. No iba a suceder en mi turno, tenía que asegurarme de que se fuera y rápido.

Jade masticó su waffle de manera exagerada, metiéndolo todo en su boca como siempre hacía Adrian.

Palidecí.

—¿Estás bien, mamá?

Asentí con la cabeza, forzándome a comer mi desayuno y sintiendo un nudo en el estómago.

Él estaba en una prisión autoimpuesta justo al lado, básicamente sin comida y le encantaban los waffles, pero me condenaría si me convirtiera en su servicio personal de Uber Eats y además de esto no podría conseguir que aceptara la comida. Es un testarudo de primera.

Estaba tan comprometido con este escondite que parecía una locura. No podía soportar otro bocado pensando en Adrian hambriento. Era un hombre grande y siempre comía en porciones inmensas.

Dos horas después, salí del supermercado con tres bolsas grandes. Me detuve en mi entrada y las descargué. A regañadientes, fui hasta la puerta principal de su escondite.

Tenía las manos ocupadas para tocar, así que empujé mi hombro contra la puerta, y se abrió. Unas manos fuertes me agarraron la parte superior de los brazos y me metieron dentro.

—¿Ahora te quedas detrás de la puerta? ¿Esperándome?

—Por supuesto que no.

—¿Pero me vigilas todo el tiempo?

Fui a la isla de la cocina, tiré las bolsas encima y miré a Adrian con una fría indiferencia.

Forcé mi cara para contrarrestar la vergüenza por la debacle de anoche.

*No me importa la estupidez que hice anoche. No estoy avergonzada.*

Pero lo estaba.

—¿Qué es eso? —señaló las bolsas de la compra y se adelantó con cautela.

—No recuerdo la última vez que alguien miró las bolsas de la compra con tanta maravilla.

—¿Me trajiste comida? ¡Maldita sea! —revisó las bolsas y sacó un plátano.

—No tienes ni idea de lo horrible que es este lugar.

—Vale, lo entiendo. Un agujero de mierda. Es una basura. ¿No te gusta Ashland? Lo entiendo, pero ya basta con eso.

—¡No! Me refería a esta casa. ¿Papá come aquí?

—Bueno, Josue no está mucho por aquí.

Se burló.

—Como dije, nada ha cambiado.

*Excepto que tengo a tu hija viviendo conmigo. Tiene diez años. Es un cambio enorme.*

—Debería volver.

—¿Por qué me conseguiste todo esto?

Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón.

—Para que no te mueras de hambre.

Sonrió de manera arrogante, cosa que lo hacía ver más guapo de lo normal.

—Es una buena señal. A juzgar por tus recientes arrebatos de ira, empezaba a pensar que me preferirías muerto.

En sus ojos brillaba un exceso de seguridad que yo odiaba.

—Preferiría que estuvieras muerto. Pero no en esta casa. ¿Tu cadáver podrido a unos metros de mí? No, no podía tolerar el hedor.

Hizo una mueca.

—Eso es gráfico —estalló en una fuerte y ronca risa que me hizo recordar las bruscas cosas que una vez me murmuró al oído, mientras sus bolas me golpeaban fuertemente.

El recuerdo me sacudió, necesitaba salir de allí.

*No puedo respirar.*

—Sólo me aseguro de que no mueras aquí.

Sus dedos rodearon mi muñeca derecha y yo inhalé bruscamente ante la sorpresa.

—Vamos es domingo, no tienes trabajo, ¿verdad? Quédate.

Un ardiente y fuerte deseo recorrió desde mi brazo hasta mi cuello, se enrollaron sobre mis pechos y se fundieron hasta mi ombligo. Allí, me sentí caliente y húmeda.

—Debería salir de aquí —había logrado liberar mi muñeca.

Parecía que sabía por qué quería salir corriendo.

*Maldición. Él sabe lo que yo quiero... hmmm.*

¿En qué demonios estaba pensando al venir aquí? Debí haber tirado la comida por la ventana en vez de entrar en una casa a solas con él.

—Bien. Si eso es lo que quieres. Quiero decir, no me importaría la compañía. Seré honesto, esto es difícil de admitir.

Agarré el pomo de la puerta y me enfrenté a él.

—Mira, estás haciendo esto más difícil de lo que tiene que ser. ¿Por qué viniste aquí si ibas a ser un recluso?

—Te lo dije. Olivia me dejó en este basurero.

—Es temporada baja. Sólo trata esto como unas vacaciones.

Otra risa.

—¿En Ashland? Eso es como tomar vacaciones en Guantánamo.

—Es una comparación extraña.

—Así es como me siento —sacó una manzana de la bolsa y la mordió.

Hice un gesto de dolor.

—Espera, ¿no vas a lavar eso?

Se encogió de hombros.

—Está bien.

—Las manzanas son uno de los alimentos más contaminados con pesticidas.

—¿De acuerdo! Has contado esa historia de terror miles de veces desde la escuela. Todavía estoy vivo y he estado comiendo manzanas sin lavar durante once años.

—Vale, bien. ¿Quieres envenenarte lentamente? Genial. ¿Pero puedes salir de aquí? No es el fin del mundo que tu casa haya sido saqueada por prostitutas y drogadictos. Ve a dar un paseo.

—No... No es que me avergüence. No me importaría una mierda si no fuera por los niños.

—¿Qué niños?

—Yo soy mentor de niños y adolescentes. La prensa está haciendo un gran escándalo porque no soy un modelo apropiado para ellos. No soy el Dalai Lama, pero ¿quién lo es? Me preocupo por ellos, y tengo la intención de patrocinar sus actividades, para eso, necesito mantener la boca cerrada.

Estaba confundida.

—¿Cómo es que esconderte aquí ayuda a tu causa?

—Bueno, digo estupideces a los periodistas porque...

—¿No te importa?

—Exactamente.

—He visto tus entrevistas. Eres un desastre, para ser honesta.

—Por eso estoy aquí.

—Sal de la casa. Reúnete con tus viejos amigos. Ve a tomar un café en el Rincón de Mindy.

—Mi vida cambió, Liv. Ya no es tan sencillo. No puedo ir al supermercado o la gasolinera. Ni siquiera puedo comprar chicle sin que la gente me pida autógrafos y los venda. Estoy harto de esto.

—A la gente de aquí no le importa, inténtalo. Seguro te saludan, pero probablemente porque fueron a la escuela contigo, jugaron al fútbol, o se quedaron a dormir en tu casa. Esta es tu ciudad. Nadie te emboscaría, piénsalo, es el único lugar donde puedes ser tú. El viejo tú.

—No lo estás entendiendo —se sentó en el taburete y continuó comiendo la sucia y contaminada manzana—. La prensa aparecerá como sabuesos. Harán que la vida de todos sea un infierno.

—Oh, vamos. No finjas que haces esto por nadie más que por ti mismo.

Tuvo la decencia de dar una risa vergonzosa.

—Bueno, honestamente no estoy interesado en nada ni en nadie de por aquí.

—Puede que te sorprendas. Las personas son buenas aquí. Te estás castigando a ti mismo por tu terquedad.

Se detuvo con la manzana a una pulgada de su boca. Todo en lo que podía concentrarme era en que no la había lavado. Tuve que superar mi TOC sobre los gérmenes. Y lo hice, tan pronto como mis ojos se fijaron en su boca.

Casi había besado esa boca. Desearía haber probado sus labios otra vez, y sentir su lengua en mi boca.

*Pero él no te quería. No te quería entonces, y no te quiere ahora.*

Me sobresalté.

—¿Sabes? Debería irme —abrí la puerta y me di la vuelta—. Si estás empeñado en derrumbarte aquí, al menos avísame si necesitas algo. No podía soportar mis waffles esta mañana porque sentía tu hambre rondando en mi cocina.

—¿Desayunaste waffles? —me miró con tal acusación que me reí.

—Sí. Con jarabe de arce canadiense. Estaban realmente buenos —me toqué los labios.

—Te odio.

Sacudí la cabeza y me fui.

—Lo mismo digo, amigo.

Me reí todo el camino de regreso a casa. Podía sentir sus ojos sobre mí a través de la ventana. No podía evitar sentirme un poco mal por él, obviamente no estaba lidiando bien con toda la fama. ¿Podría estar extrañando la normalidad de su antigua vida? Si lo hacía, aún no se

había dado cuenta de mi secreto.

Y eso era bueno para mí y para Jade.

*Déjalo volver a su vida estrellada y brillante en Seattle. Él se irá, me guste o no.*

Jade estaba en la sala, escribiendo en su cuaderno. Tenía una cinta de unicornio en el cabello.

*Adrian se irá, y no le importará una mierda tener una hija.*

Me negué a permitirle que rechazara a mi hija, como lo hizo conmigo hacía tantos años.

Mi corazón se hundió. Sacudí la cabeza para aclararla.

*Es mejor para mí, de todos modos. No lo necesito. ¿Pero iba a haber otro hombre que pudiera ocupar su lugar? ¿Alguna vez amaría a alguien de la forma en que lo amé a él?*

Probablemente no y tenía que aprender a vivir con ello.

# Capítulo Seis

## Adrian

*¿En qué diablos me había metido?*

El entrenador de la escuela me saludó desde el otro extremo de la calle.

Lo saludé y me obligué a sonreír.

Fue raro, pero Liv tenía razón. Las personas tenían demasiadas cosas que hacer en sus vidas como para preocuparse por el corredor de los Halcones Rojos de Seattle.

Se detuvieron, saludaron y se fueron.

Los que no me conocían de cuando era joven parecían mirarme con recelo.

Me asusté un poco. No podía reprimir la extraña sensación en la boca del estómago, como si personalmente les hubiera hecho algo malo.

Desde que tengo memoria, los hombres me miran con desconfianza. Se aferran a sus novias o esposas y las bloquean de mi vista. El único que parecía confiar en mí era Mark, mi agente.

Saqué un six pack de cervezas de la nevera del supermercado y traté de no llamar la atención de nadie. Dos mujeres estaban paradas en la fila con unos cochecitos. Decidí esperar tres metros detrás de ellas, manteniendo una distancia segura.

Aparentemente no fue así.

—¡Oh Dios mío! ¿Adrian Decker?

Sonreí y asentí con la cabeza.

—Hola.

Sus ojos pasaron por todo mi cuerpo.

—Soy Suzie Walker. Fuimos juntos a la escuela, ¿recuerdas?

—¡Claro! —una mentira no le haría daño a nadie.

—Espera —su cara cambió por completo— ¿Has vuelto con Liv?

—No, no. Sólo estoy de visita resolviendo algunas cosas con mi padre

—¡Oh! —sonrió al decir esto—. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo, Sadie.

Su sonrisa cambió automáticamente. Esperé, parecía que estaba a punto de explotar.

—¡Soy Suzie! No Sadie. Fui tu compañera de laboratorio de química durante todos los años de escuela. Copiabas mis notas de inglés dos veces por semana.

Hice una mueca.

—Lo siento. Estoy un poco cansado, ya sabes, con...

—Tengo un bebé de dos meses. ¡Sé lo que es el cansancio!

Empujó su cochecito con tanta fuerza hacia la puerta que me sentí mal por el pobre bebé de ahí dentro.

Colocando la cerveza en el mostrador, asentí con la cabeza a la cajera.

Se rio.

—Eso fue incómodo, ¿verdad?

—Ni lo digas. No puedo recordar todo el pueblo, ¿verdad? ¡He estado fuera once años!

—Sí, y haciendo cosas locas también.

—Bueno, gracias, supongo —sacudí la cabeza. Extrañaba tanto la casa de papá con la ducha dañada y los aparatos electrónicos antiguos que quería salir corriendo del supermercado.

Llevé las cervezas afuera y traté de pensar dónde quedaba la cafetería más cercana. No podía recordar absolutamente nada relacionado a este pueblo así que me decidí por una dirección y caminé. El aire fresco era húmedo, pero se sentía bien estar fuera, estaba acostumbrado al aire libre. En casa, en Seattle, desayunaba en el balcón. Estaba básicamente fuera todo el día. Incluso hacía mis fiestas junto a la piscina.

Hablando de fiesta...

Hice una pausa fuera de una pastelería. El lugar parecía ser nuevo. Incliné la cabeza hacia atrás para leer el letrero que resaltaba en neón y en los colores del arcoíris

—Funky Bake.

De repente se me antojó tanto una dona que atravesé la puerta y entré antes de darme cuenta. Mi mirada se deleitaba con la cantidad de dulces en la vitrina.

Dejé mi six pack a un lado cuando vi las espectaculares donas de colores.

—Me llevaré seis de tus mejores donas. Sin embargo, las quiero sin chispas.

—Sé que odias las chispitas, Adrian.

Subí mi mirada hacia la chica que estaba detrás de la caja registradora.

—¿Liv? —dije demasiado alto.

Hizo una mueca.

—Cálmate, ¿estás loco?

Eché un vistazo.

—¿Trabajas aquí?

—Oh, vamos. Sé que me estás acosando.

—Eso sería un gran esfuerzo desperdiciado. Volverás a casa más tarde y te recuerdo que vives al lado, así que no le veo el sentido.

Su sonrisa en respuesta a mi comentario fue contagiosa. Sacó una caja púrpura y colocó seis donas dentro. Vi como escogió algunas con relleno de natilla, chocolate belga y crema de mantequilla.

—No puedo creer que recuerdes mis favoritos.

—Fuiste mi primer novio. Memorice todos tus gustos —algo en su tono me hizo sentir que se arrepentía.

Pero luego me puso los ojos en blanco. Maldición era tan linda: su cabello castaño estaba despeinado ligeramente y su rostro relucía sin una gota de maquillaje. Sólo una chica normal, en el trabajo. Excepto que sabía que no había nada ordinario en Liv Garner.

*¿Por qué tuvo que casarse?*

Había una barrera invisible a su alrededor que no podía penetrar.

—¿Quieres tomar un café o algo así? —pregunté antes de poder pensarlo bien—. ¿A qué hora sales?

Sonrió y me dio la caja mientras yo sacaba mi billetera.

—Estas van por la casa.

—¿En serio, puedes hacer eso?

Se encogió de hombros.

—Ventajas de ser dueña del lugar.

Mi boca se abrió.

—¿Eres el dueña de este lugar? Esto es genial.

—Gracias. ¿Te ofreciste a comprarme un café?

—Por supuesto.

Le hizo señas a una mujer detrás del mostrador para que tomara su lugar y luego caminó alrededor para encontrarse conmigo.

—¿Quieres ayuda con eso?

—No, estoy bien. ¡Mierda! —la caja de donas se deslizó, y Liv la atrapó en el aire.

—Tal vez yo sostenga esto.

Caminé silenciosamente detrás de ella, enojado conmigo mismo por haber ido a comprar cerveza. ¿Lo primero que hacía al salir después de dos días era conseguir alcohol? Y ahora tenía que llevarlas por todo el pueblo mientras las personas me saludaban.

—Este es un lugar agradable —señaló una cafetería llamada “El rincón de Mindy”—. Sirven el mejor capuchino.

—Ordena por mí, por favor —coloqué la cerveza debajo de mi silla mientras ella pedía dos capuchinos.

—Sabes, no me he sentado con una mujer en una cafetería en mucho tiempo.

—Pobre de ti.

Había captado el sarcasmo.

—Es bonito, sin embargo. Me gusta.

—Bien por ti —dijo, mientras abría la caja púrpura de donas y la empujaba hacia mí—. Cuéntame, ¿cómo fue tu incursión en el mundo real?

—Lo odié.

Se atragantó con un bocado de dona.

—¿Lo hiciste? No me lo creo.

—Fue bastante incómodo. Me encontré con una chica y me equivoqué de nombre, y literalmente se desquitó con su bebé —imité la forma en que había empujado rudamente el cochecito—. Ni siquiera me gustan los niños. Pero el pobre bebé.

Algo oscuro nubló sus brillantes ojos verdes, pero se recuperó rápidamente.

—Un minuto de libertad en el mundo y ya has ofendido gente.

—No me hago responsable de que otras personas se ofendan. No es mi culpa que ellos tengan problemas, ¿sabes?

Su cabeza se inclinó ligeramente, y sus ojos se estrecharon para mirar mi cara.

—Bien, es una forma interesante de pensar en ello.

—Quiero decir, no saldría y sería un imbécil con la gente a propósito. Pero si las decisiones de mi vida estuvieran molestando a alguien, es su problema no el mío.

Su cara se endureció al escuchar mis palabras mientras tomaba una de las donas.

—¿Te he ofendido ahora? —me reí.

—No. Aunque entiendo tu punto.

—Sabes, No has cambiado nada desde que me despedí de ti en el aeropuerto excepto, claro, que te casaste con mi mejor amigo, tuviste una bebé con él y te mudaste al lado de la casa de mi infancia. Si fuera otra clase de persona, creo que diría que estoy ofendido.

Liv ajustó la caja púrpura en el centro de la mesa y luego me miró.

—Ni siquiera estabas aquí, no creía que regresarías jamás. Imagina mi sorpresa cuando te veo colándote en la casa de tu padre, con tu sudadera de capucha cerrada hasta la barbilla.

La miré fijamente, dejando olvidada la dona en mi mano

—¡Me habías visto!

—Por supuesto.

—Esperé hasta que oscureciera.

—Bueno, tú... —movió sus manos haciendo un gesto en el pecho y los hombros—, eres difícil de no reconocer.

—Gracias, supongo —le di un mordisco a mi dona. La rica natilla se derritió en mi boca—. Maldición, desearía haber tenido una docena de estas anoche después de que fumamos.

Sacudió la cabeza.

—Mala decisión que tomé allí.

—¿Te pusiste ansiosa otra vez?

—Por supuesto. Odio esa cosa.

—Recuerdo que estaba demasiado drogado cuando me despedí de ti en el aeropuerto. Después de salir de casa estaba tan tenso que fumé un poco para calmarme. Pero me mareó muchísimo.

—Espera —levantó una mano con una sonrisa en los labios.

—Dejemos una cosa Mely: no te despediste en el aeropuerto. Me dejaste.

Mi corazón se estrelló contra mi caja torácica. Miré de cerca su cara. Aunque sonreía, no se podía negar el dolor de sus ojos verdes, se habían nublado y oscurecido. Se concentró intensamente en la dona. Ella la había elegido pero la miraba como si tratara de descubrir lo que había dentro cuando en realidad ya lo sabía.

—Maldición. Nunca lo pensé de esa manera.

Suspiré sin quitarle la mirada a la dona en sus manos.

—Lo siento.

—Como dijiste, las decisiones de tu vida pueden dañar a otras personas, pero ese no es tu problema.

Se veía claramente enfadada ahora.

Entonces me sacudí de nuevo: había estado con demasiadas mujeres superficiales y de curvas llenas de silicona. Del tipo que no podían pasar por delante de un espejo sin mirar sus reflejos, apretando sus mejillas hacia adentro y sacando los labios.

Mujeres a las que sólo les importaba una cosa: ser vistas en los lugares adecuados con la gente adecuada.

Liv, sin embargo, tenía una vida real. Un gran trabajo, metas y ambiciones para su futuro.

Objetivos que no incluían una cirugía o qué dieta de choque probar.

Me había olvidado de ella, de nosotros, de nuestra vida juntos. Era un soplo de aire fresco.

—Iríamos a universidades diferentes, lejos el uno del otro. Supuse que estaríamos de acuerdo en terminar la relación.

—Simplemente estoy diciendo que si ibas a dejarme, una advertencia habría estado bien. Podrías haberme avisado.

—¿Cuándo?

—Tal vez cuando tu cabeza estaba entre mis piernas la noche anterior —me congelé y sus ojos verdes parpadeando furiosamente.

Los recuerdos de esa noche resurgieron.

*Maldita sea mi memoria HD.*

Liv se aferraba a mi espalda mientras yo la penetraba una y otra vez.

Su cabeza golpeando la almohada.

La recordaba cabalgando sobre mí, rápido, inclinándose hacia mis muslos, sosteniendo mis manos para equilibrarse.

Sus muslos se abrieron completos para mí y luego se cerraron a cada lado de mi cabeza mientras lamía su vagina y frotaba su clítoris con mis dedos.

Nunca me había quedado sin palabras, sólo ella tenía este efecto en mí.

—Ahora está en el pasado, pero si te digo la verdad, dolió demasiado.

Pero no estaba pensando en eso. Recordaba cómo me sentía cuando estaba dentro de ella. No se parece a nada de lo que he experimentado durante los últimos once años.

El sexo se había convertido en algo que tenía que hacerse para saciar la necesidad biológica de mi sistema, nada más allá. Consistía en besarse, juegos preliminares, entrar y salir. Hecho.

Ninguna mujer me ha hecho sentir tan excitado con tan sólo comer una maldita dona frente a mí.

*Soy un monstruo. O Liv es demasiado deseable.*

Agradeció al camarero mientras colocaba nuestros capuchinos en la mesa, y luego tomó un sorbo.

Un silencio incómodo se extendía entre nosotros.

Pero me mantuve ocupado. Miré fijamente su brillante cabello castaño peinado en ondas naturales, apenas rozando la parte superior de los hombros. Era la única chica que conocía que podía ducharse y salir de casa y aun así parecer de un millón de dólares.

*Te quiero a ti, Liv.*

En circunstancias normales, encontraría la manera de llevarla a mi cama, pero había tenido la gran idea de casarse.

*Qué suerte la mía.*

—¡Adrian! ¡Oye, Adrian!

Mi mirada se dirigió hacia la voz que decía mi nombre. Al otro lado de la calle, un rostro

familiar llamó mi atención. Levantó las manos, riéndose.

—Amigo, ¿has vuelto?

Le devolví la sonrisa, sabiendo que Brodey se uniría a nosotros. No estaba seguro de cómo me sentiría si lo llegaba ver besar a su esposa.

*Será mejor que te escapes. No quieres verlos besarse.*

—Jesús. No podía creerlo cuando te vi. ¿Cómo estás? ¡Oye, Liv!

*Qué cabrón. Apenas miró a su impresionante esposa.*

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Vacaciones fuera de temporada en casa?

—Bueno, más o menos.

—¡Bien! Ya sabes lo que dicen, el hogar es la mejor rehabilitación.

—¿Dicen eso? —podría reírme. Él obviamente había visto todo el drama de Bellevue en las noticias.

—Por supuesto. ¿Por qué no vienes a cenar mañana por la noche? Me quedo en casa de papá, pero me voy a trabajar al día siguiente.

—Claro. Pero... —le lancé una mirada a Liv, que se estaba mordiendo los dedos con la fuerza suficiente para hacerlos pedazos.

Confundido, miré a Brodey nuevamente.

—Entonces, ¿la casa de tu padre? ¿Al lado de la del mío?

—Oh no, no —sonrió—. Papá le vendió esa casa a Liv.

*Eso no tiene ningún sentido.*

—Papá vive en la calle 34 ahora. Ahí es donde me quedo cuando estoy aquí. Sólo pásate, aquí está mi tarjeta no dudes en llamarme.

*¿Qué?*

Me sentí como si estuviera atrapado en una sustancia densa, gelatinosa, rebotando por ahí.

*¿Qué carajo está pasando?*

Liv me miraba con una expresión que decía claramente: ¡Oh, mierda!

—¿Ustedes dos no están casados?

Brodey miró a Liv, sin expresión, luego a mí, y luego a ella otra vez.

Una gran risa salió de su pecho, con la cabeza echada hacia atrás. Me golpeó juguetonamente en el hombro y sacudió la cabeza.

—¡Ojalá! No, Liv está fuera de mi alcance, hombre. Está fuera de mi alcance.

# Capítulo Siete

## Liv

Me gustaban los lunes, pero cada vez que lo mencionaba todos decían que era un fenómeno por eso.

Había contratado una gerente, Samantha. Ella se encargaba de la pastelería de lunes a miércoles hasta las cuatro de la tarde, así que yo estaba libre en el día.

Los lunes, tenía que vestirme alegre, era una especie de pacto conmigo misma.

Rutina, previsibilidad y cero espontaneidades.

Sobreviví a muchas cosas duras asegurándome de tener una rutina rígida. Si no lanzaban bolas curvas, no tenía que encontrar la forma de esquivarlas. Inteligente.

Abrí el auto, coloqué mi bolso en la parte de atrás y me deslicé en el asiento del conductor. Acababa de tocar el botón de encendido cuando la puerta del lado del pasajero se abrió. Un cuerpo grande y familiar se sentó a mi lado.

Nos miramos fijamente. Adrian, como siempre, llevaba esa expresión de confianza santurrón y de importancia.

—¿Qué está pasando aquí?

—Me estás llevando —cerró la puerta de un golpe.

—¿A dónde?

—Voy a donde tú vayas. Y mientras, hablaremos toda la mentira de Brodey que me dijiste. Te fuiste antes de que pudiera bombardearte a preguntas.

—No puedes hacer eso —dije indignada—. No te mentí sobre nada.

—¿Recuerdas a Brodey? ¿Tu marido?

—Oh —me reí y me volví para enfrentarlo mientras consideraba si debía o no ponerme el cinturón de seguridad. No iba a ir a ningún sitio con él, especialmente a recoger a Jade al colegio. De ninguna manera.

—Sobre eso. Asumiste que Brodey y yo estamos casados. Nunca dije que lo estuviéramos.

—Tampoco dijiste que no.

Me giré en mi asiento para enfrentarlo completamente.

—Bueno, supongo que si tomo una decisión en la vida, y otras personas se ofenden... —me burlé intentando imitarlo pero no funciona, era una mala versión de él—, no es mi problema, ¿no?

—No hagas eso, es raro. De todas formas —se puso el cinturón de seguridad—, creo que prefería que te casaras.

—No entiendo cómo el hecho de estar o no casada tiene algo que ver contigo.

—¿Somos amigos?

—Oh, ¿lo somos? —consideré empujarlo fuera de mi auto. Era un hombre grande pero podría hacerlo o al menos intentarlo. Tal vez si usara mis piernas para echarlo, eso funcionaría.

—Por supuesto, por eso podemos hablar de cualquier cosa —suspiró—. Olivia no contesta mis llamadas y Mark me está volviendo loco con una tontería.

—¿Quién es Mark?

—Mi agente. Es un poco neurótico.

—¡Adrian! ¡Sal!

—Voy a ir contigo.

—Llego tarde a algo importante —no quería decirle que iba a recoger a Jade. Me estaba esforzando por mantenerlos alejados a uno del otro—. Sólo vete.

—Voy a ir contigo.

—¡Qué demonios, Adrian! Es como si tuviera otro hijo al que cuidar ahora, traigo tu comida, soy tu consejera. No me inscribí para esto.

—Oh, vamos, llévame a dar una vuelta. Me sentaré en silencio.

Sacudí la cabeza.

—No puedo hacer eso.

—¡Por el amor de Dios! —se rio incrédulo—. Esto es una locura. Me sentaré aquí y no te molestaré. No puedo quedarme en ese... —apretó los dientes señalando la casa en ruinas de su padre.

Seguí la dirección de su dedo, y sí, me sentí mal por él.

La casa de Josue no era muy agradable. Jade la odiaba, pero de todos modos iba a visitar a su abuelo. Era uno bueno, creo que a veces intentaba compensar el haber sido un mal padre complaciéndola. Le debía a Josue una eternidad por no haberle dicho a Adrian lo de su hija. Habría hecho las cosas muy complicadas para mí.

—¡Fuera! —grité.

Sus cejas se arrugaron, pero no se movió.

—Esa fue una reacción excesivamente exagerada a una simple petición. Pero me quedo —se encogió de hombros—. Puedes hacer lo que quieras pero no me moveré.

—No puedo creer que tenga que aguantar esto —siseé, tirando del cinturón de seguridad tan fuerte que se detuvo a mitad de camino.

—Inténtalo de nuevo.

—No te burles de mí —logré ponerlo en el segundo intento. Mi mente era una ráfaga de pánico.

*¿Qué hago ahora? Jade. ¡Mierda!*

Esperaba que enterrara su cabeza en uno de esos brillantes cuadernos suyos y no hablara con él.

Y Adrian tampoco quería hablar con ella.

—¿Prométeme que te sentarás en silencio?

—Claro, bien.

—Está bien, hagámoslo.

Salí en reversa de la entrada.

Fiel a su palabra, permaneció en silencio durante todo el viaje de doce minutos. Estacioné afuera de la puerta de la escuela que daba al auditorio donde Jade tenía ensayos de teatro. Salió radiante.

Una vez que habíamos llegado, Adrian se bajó del auto para cambiarse al asiento trasero, pero antes de que pudiera completar su misión, Jade llegó.

—¡Hey, princesa! ¿Cómo estuvo tu día?

—Bien —sonrió, y su vista se dirigió hasta donde Adrian estaba.

*Oh, Dios. ¡Ayuda!*

Oí la puerta del auto abrirse.

*Bien. Todo va a estar bien.*

Luego vi el identificador hecho de papel con letras rosa en el traje de la Princesa Sofía de

Jade.

—Jade J. Garner.

Exhalando profundamente, me dije a mí misma que no entraría en pánico. No era nada.

—Hola —el incómodo saludo de Adrian sonó en el aire.

Me di la vuelta.

—¡Pensé que habías dicho que no hablarías!

—No puedo ignorarla —susurró.

—Jade, este es mi amigo. Por favor, suban al auto, ustedes dos.

La vida real se convirtió en una película en cámara lenta. Esto no podría terminar bien. Por supuesto que no.

*Mierda. El nombre de Adrian...*

—Hola, Jade. Soy Adrian.

—Oh. Bien. Como mi segundo nombre.

Sonrió, y vi que su expresión cambió de torpe a confusa. Al mismo tiempo, me di cuenta de cómo la altura, su edad, cabello, su cara, absolutamente todo la delataba.

—¡Oye, tú! —había cortado el incómodo momento—. Sube al auto.

Adrian me ignoró.

—No entendí eso.

Jade inclinó la cabeza hacia los lados, mirándolo de pies a cabeza.

—¿Adrian? ¿J-A-X? Como mi segundo nombre.

Mi sangre parecía evaporarse.

—¿Cuántos años tienes, Jade?

Me puse rígida, buscando una forma de salir de este infierno.

—Tengo diez años, ¿y tú?

El suelo se balanceaba como un columpio debajo de mí tan fuerte que tuve que agarrar la puerta del auto con una mano para estabilizarme. le hice señas a Jade con la otra para que subiera al auto, mientras evitaba encontrarme con la mirada fija de Adrian.

—Vamos, Jade. Adrian tiene que irse. Está muy ocupado.

*No lo voy a llevar de vuelta. Oh no, no lo haré.*

*¿Por qué no hablaba?*

Cometí el error de mirarlo a la cara. Se había quedado inmóvil. Parecía un fantasma de su antiguo yo. Blanco como una sábana, estaba en shock.

*Al menos no está enfadado.*

Su mirada brilló después de verla. Podía sentir como sacaba conclusiones sobre mi hija, por su cabello, su tono de piel, sus ojos...

Jade agitó su pequeña varita mágica púrpura hacia él, y las plumas revolotearon por todos lados.

—Adiós, Adrian —le dijo mientras se acomodaba en su asiento y subía la ventanilla.

No podía moverme. Estaba entre mi hija en el auto, y él delante de mí.

*A la mierda. A la mierda. Sólo sal de aquí.*

Giré para bordearlo, pero casi lo había alcanzado con el auto cuando lo oí.

—¿Qué carajo, Liv?

Su grito me dejó tiesa, pero no fue sólo a mí, por desgracia. Los padres que estaban detrás de él jadeaban, miraban y murmuraban en voz baja mientras alejaban a sus hijos de la escena.

Presioné el encendido con fuerza, pero accidentalmente lo hice dos veces y se volvió a apagar. Frustrada, entrando en pánico por un segundo, lo intenté de nuevo, pero el auto no reaccionó. Mis manos temblaban tanto que no podía hacerlo arrancar.

Giré la llave furiosamente y luego exhalé en alivio cuando finalmente funcionó. Pisé la reversa demasiado rápido, así que tuve que frenar fuertemente antes de golpear alguna cosa. La última imagen que tuve de él fue en el espejo retrovisor cuando lo dejé fuera de la escuela.

De pie y completamente enfurecido.

Con los codos arriba y afuera, sostenía su cabeza con ambas manos.

No sabía cuánto tiempo se quedaría así.

Me di cuenta, mirando el camino, que mi casa de naipes y mentiras realmente estaba cayendo en picada. Ahora debía armar nuevamente la cubierta.

*No quería hacerlo.*



# Capítulo Ocho

## Adrian

El parque parecía mucho más pequeño de lo que recordaba.

Quiero decir, era un adolescente cuando lo vi por última vez. No tenía sentido que fuera tan compacto. Habían añadido equipos para ejercitarse y todo lo antiguo había sido reemplazado o repintado, por lo que todo el parque perdió la nostalgia que secretamente deseaba.

Marqué el número de papá otra vez. Seguía cayendo al buzón de voz.

*¡Mierda! ¿Cómo pudiste hacer esto?*

Quería gritar, pero sólo si papá contestaba el teléfono. No había forma de que no supiera lo de Jade.

*Jade Adrian Garner. Qué broma.*

¿Por qué Liv le dio mi nombre a su hija Cuando en realidad no quería que supiera que existía? Cada vez que la veía salir de casa llevaba los vestidos más femeninos y esponjosos.

Parecían disfraces, o algo más adecuado para una niña de seis años.

*Pero Jade tenía diez años.*

¿Cómo no me di cuenta de que la niña de la foto en la nevera y la alta que llevaban a la escuela no podían ser la misma?

*Maldición, Jade era mía.*

Su cabello, sus ojos ¡Mierda! Ni siquiera su tono de piel coincidía con la pálida tez de Liv.

Intenté marcar el número de papá otra vez y resistí el impulso de pagar mi frustración con el teléfono.

En su lugar, marque el Olivia, y contestó al primer repique.

—Hola Adrian, cariño. ¿Te va bien?

—Olivia, necesito...

—Te llamaré en una hora, ¿vale? Estoy en medio de algo.

—¡Olivia!

—Se trata de todo tu acuerdo de vida, te lo prometo. Aguanta —había colgado.

—Demonios.

Tiré mi teléfono al suelo. Me pasé los dedos por el cabello y me quedé mirando la suciedad de mis Nikes. Jadeando, cerré los ojos para borrar la imagen del rostro de Jade.

*¿Por qué no lo había visto? Pensé que Liv estaba casada con Brodey y que tenían una niña de seis años. ¿Cómo puedo esperar tal traición? ¿Y de ella?*

Al dar un paso al frente, recogí mi teléfono y me dirigí a la pastelería del otro lado del parque. Empujando con ambas manos las puertas de cristal, la vi detrás del mostrador recibiendo órdenes, su cara parecía una imagen de dura tensión.

Sus ojos se encontraron con los míos. Casualmente, metí ambas manos en los bolsillos de mi pantalón.

Me puse en la fila, detrás de cinco clientes y vi como mezclaba las órdenes. Las cajas purpura se le resbalaban de las manos debido a lo temblorosa que estaban. Su malestar era tan agradable que mantuve mis ojos en ella todo el tiempo.

Estaba haciendo esa cosa con su cabello, colocándolo detrás de su oreja con los dedos temblorosos. Repetía el movimiento una y otra vez aunque los mechones permanecieran sin moverse de su lugar. Conocía ese nerviosismo. Lo había hecho antes de entrar a cada examen cuando estudiábamos.

No estaba seguro de lo que iba a decir, pero estaría mintiendo si dijera que no disfrutaba viéndola sudar.

Liv me había gastado la broma más ridícula de todos los tiempos.

Llegué al mostrador parándome frente a ella. Puse mis manos encima y me incliné.

—¡Sí, me gustaría una maldita explicación, por favor!

Se mordió el labio, y sus ojos verdes lucían de un tormentoso tono esmeralda. Sus mejillas se sonrojaron cuando miró la línea detrás de mí.

—¿Samantha? —llamó sosteniendo mi mirada— ¿Podrías hacerte cargo por un rato?

Me paré justo donde estaba, haciendo que caminara alrededor del mostrador, me tomara la mano y me tirara hacia atrás.

Me di cuenta, en ese momento, que podría parecer avergonzada. ¿Pero agarrarme la mano? Eso sólo indicaba que estaba muy enojada. Probablemente tanto como yo. Un momento...

*¡Soy el único al que todo el mundo le mintió!*

La seguí por la cocina y entramos por una puerta giratoria a una estrecha despensa llena de

ingredientes. Mis ojos se dirigieron acusadoramente a ella. El lugar era ridículamente pequeño, así que apenas había un pie de distancia entre ambos. Mientras levantaba su barbilla y me miraba, sus ojos se volvían más oscuros, alertándome de lo enfadada que estaba.

*La tormenta se acercaba.*

—¿Cómo te atreves? —siseó.

Me reí, porque fue la cosa más estúpida que pudo haberme dicho en ese momento.

—¿Perdón? ¿Te he pedido una explicación de por qué me ocultas a una niña que estoy seguro de que el 99% es mía? —mi temperamento se encendió en un segundo. Traté de bajar la voz, pero estaba perdiendo todo el control cuando ella ni siquiera se molestó en responder—. Tú —silbé, señalándola—, puedes irte al carajo y mi papá también. ¿No podías decirme que estabas embarazada?

Levantó las manos hasta la cintura, mirándome como si no pudiera reconocerme.

—¿Quién te crees que eres?

Tenía una expresión de asco en su cara. Después de todo lo que había hecho con mi vida y construido para mí, me miraba con desprecio.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Estoy tratando de entender tu exaltado sentido del derecho —dijo—. ¿Te crees Dios? —se rio mientras decía la palabra de cuatro letras—. ¿Qué te hace pensar que tienes derecho por encima de otras personas? ¿Adivina qué? La vida te golpea, Adrian. Y nadie te debe ningún tipo de explicación.

—No estoy de acuerdo. Se podría hacer una excepción cuando estás engendrando a una hija. Esperaba que por lo menos me lo dijeran. ¿Moralidad, alguien? ¡Jesús!

Su boca se abrió.

—¿Moralidad? Bien. Déjame analizar todo lo que está saliendo de tu boca. Adrian Decker, dándome un sermón sobre ética. Amigo, eres el playboy nacional. Desechas más mujeres en una semana que las que Tiger Woods en años.

—Oh, por Dios... ¿Qué tiene eso que ver? No estoy engañando a mi esposa, así que esa es una comparación absurda, además, no te embarazaste hace un año, dos o tres. Lo hiciste cuando yo no era el playboy nacional. Sólo éramos tú y yo. Estábamos juntos.

Ella suspiró.

—Me embaracé, ¿qué puedo decir? No hice el bebé yo sola, ¿sabes?

No me gustaba verla abatida, aunque la odiara en ese momento. Estaba claro que se sentía agotada.

Automáticamente, mi ira se difundió.

—Jesús, Liv. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Ofreciste una explicación cuando me dejaste en el aeropuerto?

—Vale, una vez más “abandonar” no es la palabra correcta en este contexto. Romper contigo fue la decisión más sensata. Sabías que íbamos a la universidad.

—Pero te necesitaba. No digo que debías renunciar a tu beca y pegarte a mi trasero. ¡Pero mi madre tenía cáncer!

Su voz se quebró. Sentí como mi pecho se apretaba. El dolor atravesó mi caja torácica.

—Mi fondo para la universidad fue absorbido por las facturas del hospital, no pude irme a estudiar. Era un desastre emocional. Mi madre se estaba muriendo, y tú te estabas yendo. Como si todo eso no fuera suficientemente malo, me dejaste. ¿Entiendes ahora por qué no quería hablar contigo?

—No podía cambiar nada, Liv. Odiaba estar aquí, en este lugar, todo.

—Pero me amabas, ¿verdad? Eso fue lo que me dijiste horas antes de tu vuelo. Sabes, cuando me estuviste cogiendo por seis horas seguidas en mi cama. ¿Qué hiciste con ese amor cuando llegaste a Seattle?

—Te amé —sacudí la cabeza. No entendía cómo esta conversación había terminado aquí pero podía ver de dónde venía todo eso—. ¿Así que todo esto fue una venganza? Te hice daño, y ¿te vengas de mí manteniendo tu embarazo en secreto?

—Oh, madura de una puta vez. Esto no es un juego. No te conté lo de Jade porque no quería que te conociera, una persona que no sabe absolutamente nada de compromiso, lealtad y amor. ¿Cómo habría terminado esto si hubieras sabido que existía?

Buena pregunta. No me veía a mí mismo abandonando mis sueños por ser padre.

—Al menos lo habría sabido.

—¿Y luego qué? ¿Jugarías a ser papá?

—Bueno, tal vez lo habría hecho —me estaba frustrando—. Pero ahora nunca lo sabremos, ¿verdad?, porque mi hija es prácticamente una adolescente.

—Te diré lo que hubieras hecho. Te habrías deleitado con la novedad de tener un bebé. Luego la abandonarías. No iba a dejar que te salieras con la tuya lastimando a mi hija.

Me detuve en seco. ¡Maldita sea! Tenía tantas ganas de besarla, pero sabía que habíamos arruinado esta redención pasada. Quería abrazarla, pero probablemente me empujaría.

En silencio, abrí la puerta que llevaba a la cocina de la panadería y me encontré con el olor del azúcar caramelizada y los sonidos de la gente hablando. Me volví para enfrentarla.

—¿Quieres que te lleve a casa? No puedes volver a la caja registradora con esa cara.

Puso los ojos en blanco, frotando ambas manos sobre sus mejillas en un movimiento rápido .

—¡Mi cara está bien!

—Por supuesto.

Sin pensarlo, tomé suavemente sus mejillas con la punta de mis dedos, limpiando la humedad con mis pulgares. Sus gruesas y empapadas pestañas se agitaron hacia mí, y pude ver el pánico brillando en sus ojos verdes.

—Si no quieres que Jade sepa quién soy, lo entiendo.

El pánico se convirtió en confusión.

—¿Harías eso? ¿No se lo dirás?

—Por ti, sí. Claramente no quieres que sepa que soy su padre y por una buena razón. No soy realmente un buen modelo a seguir, ¿verdad? —empecé a preguntarme si esos activistas que intentaban prohibirme ser mentor de adolescentes en mis academias deportivas tenían razón. Yo era una excusa atroz para ser alguien a quien emular. ¿Qué aprenderían esos niños de mi vida? ¿Qué haría Jade?

—¿Así que ella es realmente mía?

—Por supuesto. Es igual a ti, pero pequeña.

Un zumbido de emoción me hizo sonreír.

—¿Juega al fútbol?

Liv se rio a través de sus lágrimas.

—No podría atrapar una pelota si su vida dependiera de ello. Ella es todo sobre brillantina, estrellas y unicornios. Muy femenina.

—¿Estás segura de que es mía?

Liv puso los ojos en blanco.

Suspiré.

—Me pregunto por qué nadie me dijo nada mientras caminaba por la ciudad.

—¿Con toda esa cerveza? No era una buena impresión, para ser honesta.

—Sí, me lo imaginé. Preguntaron por ti, pero no dijeron nada sobre Jade —Liv se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Tu padre sí, por supuesto y mi mamá también. Me enteré de que estaba embarazada mucho tiempo después de haberte ido.

—Pero le diste un segundo nombre obvio.

—Oh, sí. Eso fue un lapsus en mi juicio. Mis hormonas estaban fuera de control cuando la nombré. Pero nadie la llama por el segundo nombre. Sólo su profesora de teatro. Es británica y tiene una cosa rara por usar el nombre de cada niño.

Me reí entre dientes, pero no podía negar que era extraño estar al tanto de los detalles de la vida de Jade.

Liv suspiró.

—Tengo que buscar mi bolso y saldré por atrás. Aunque no necesito que vengas, necesito estar sola.

—Por supuesto.

La vi deslizarse por la estrecha despensa y entrar en la cocina.

—¿Liv?

Se giró, levantando las cejas.

No estaba seguro de a dónde iba con esto, pero quería saberlo.

—¿Así que nunca consideraste decírmelo? ¿O pedirme que volviera con ustedes? —continué.

Ella sonrió.

—No, en lo absoluto. Ni siquiera una vez. No quería ver tu cara nunca más.

# Capítulo Nueve

## Liv

Jade estaba en el trampolín. Normalmente veníamos al parque y yo disfrutaba acompañarla mientras ella se divertía, pero hoy no estaba de humor. De hecho, me alivió que me pidiera recoger a su amiga Casey cuando veníamos en el camino.

Desenrosqué y cerré la tapa de mi botella de agua innumerables veces. Mi mirada estaba puesta en las niñas, pero mi mente estaba en otra parte.

Durante los últimos dos días, había intentado no preocuparme demasiado, pero ocurría todo lo contrario.

Una de las mayores razones para no contarle a Adrian la existencia de su hija era que no tendría que preocuparme. No quería visitas sorpresa, peticiones y demandas de tiempo. Quería que fuéramos suficientes la una para el otra.

Éramos felices las dos solas. Pero Adrian se asomó al horizonte de mi cordura, metiendo la cabeza todo el día.

Me senté en una de las mesas y tomé un pequeño sorbo de agua. Habían pasado dos días desde que se había enterado.

Dos días desde que me tendió una emboscada en mi pastelería y desde entonces no había sabido nada de él.

Sentí que se estaba gestando una explosión. Y el no saber me estaba matando.

—Hola.

Cerré los ojos y se me puso la piel de gallina. Una silla raspó el suelo de baldosas mientras Adrian se instalaba en ella.

Sin mirarlo, abrí los ojos. Vi a Jade, despistada, riéndose con Casey. Tomé el café que me había ofrecido, pero no quise mirarlo. No me sentía culpable, me sentía vacía.

—Hola, acosador.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

Su tono casual me molestaba.

—¿Nosotros? No estamos haciendo nada. No hay un “nosotros” —traté de hacer el comentario lo más amablemente posible—. Jade está jugando con su amiga, yo estoy sentada aquí y tú —finalmente lo miré—, me estás molestando.

Fue un error mirarlo. Sonrió, y me quedé sin aliento.

¡Maldita sea! Deseaba que estuviera tan nervioso como probablemente yo me veía. Pero no, el imbécil se veía tan perfecto y tranquilo como siempre.

Los jeans descoloridos se aferraban a sus musculosas piernas. Llevaba una camiseta blanca lisa que aún tenía los pliegues reveladores de ser nueva.

—Te traje café. ¿Qué hice para molestarte?

*Aparecer con esa cara y ese cuerpo que hacen que me derrita entre las piernas.*

El hecho de recordar que nos habíamos acostado miles de veces me golpeaba con fuerza. Cada vez que lo miraba debía apretar las piernas.

—Pasé dos días atrapado solo en la casa de papá —continuó.

Hice una cara.

—En una sentencia autoimpuesta con la que no tengo nada que ver y que tampoco pretendo arreglar.

—No estoy tratando de hacerte enojar. Vamos, ¿no podemos sentarnos juntos y charlar?

Me volví hacia él, ignorando el café en mi mano.

—¿De qué quiere hablar Su Alteza esta tarde?

Posó su mirada en mi cabello, que tenía atado en una alta y desordenada cola de caballo. Luego se deslizó sobre mi cuello antes de detenerse brevemente en mis labios.

Me retiré de mi silla instintivamente.

—Para empezar, ¿disfrutas trabajando en la pastelería?

Hice una mueca y me reí.

—¿Quieres hablar de mí?

—Por supuesto.

—Un poco tarde para que te importe. No voy a caer en tu repentino interés.

—¿Interés repentino? Siempre me has interesado, somos amigos.

—Eso de “nosotros” no existe. No soy tu amiga.

—Tienes razón. No lo eres —su tono perdió la cordialidad y hubo un poco de molestia en su

voz cuando volvió a hablar—. Sólo eres la madre de mi hija preadolescente.

*Hija.*

Escucharle decir la palabra me puso de los nervios.

—No es tu hija, técnicamente. No eres más que un donante de esperma.

—Un donante que no recuerda haber dado su consentimiento a esta donación.

Lo miré con desprecio.

—Lo pusiste dentro de mí, fue un depósito directo.

Sus labios se movieron, y la tensión en su frente se evaporó cuando soltó una risa estruendosa. El profundo y ronco sonido me hacía apretar los muslos.

—¿Por qué estamos discutiendo?

Apreté los dientes y miré hacia otro lado. Jade estaba en medio de una animada discusión con Casey.

—Espero que no hayas venido pensando que me parecería bien que te convirtieras en una figura constante en su vida.

—A decir verdad, nunca planeé tener hijos, no creo que pueda hacerme cargo. Probablemente eche todo a perder de la misma manera que mis padres lo hicieron conmigo. Pero ahora sé lo de Jade, y no podemos cambiar eso. ¿Crees que podríamos acordar ser cordiales mientras estoy aquí?

Una risita sin alegría se escapó de mis labios.

—Por supuesto, mientras estés aquí. Aprecio que pronto saldrás de mi vista —se enfadaba más con cada palabra que decía—, espero te vayas pronto.

Se agarró el cabello. Tenía la mandíbula apretada, y parecía estar haciendo un esfuerzo considerable para calmarse y no discutir.

Me sentí como un monstruo.

—¿Cómo fue el nacimiento?

Ese era un tema de conversación que no esperaba.

Me conmovió el hecho de que se preocupara por mí, por mi bienestar durante el parto.

Así que me encontré ofreciendo información personal que de repente creí que se merecía.

—Estuvo bien. Fue una entrega rápida. Me dijeron que tuve una suerte increíble.

—¿Quién estaba allí contigo?

Mis ojos se fijaron en los suyos.

—¿Quién estaría allí conmigo? Mamá estaba en casa recuperándose de la quimio. Cuando entré en labor de parto conduje hasta el hospital, luego de eso Jade salió y la llevé a casa.

Se quedó sin palabras. Su cara reflejaba un destello de asombro mezclado con horror mientras su mandíbula caía. Sin embargo, se apresuró a ocultarlo. Una pizca de remordimiento apareció en su mirada, pero me di la vuelta rápidamente.

No quería su compasión.

—Estuvo bien. Fue una experiencia liberadora. Me enseñó muchas cosas.

—¿Cómo?

—Aprendí que puedo lidiar con cualquier cosa que la vida me arroje. Que puedo arreglármelas yo sola. Esa creencia ha sido invaluable en todo el proceso de crianza.

—Es una chica afortunada. Tiene un buen modelo a seguir.

Me reí del cumplido inesperado.

—Gracias.

Mis ojos se alejaron de los suyos mientras buscaba a Jade en el trampolín.

—¿Así que no le gusta nada el deporte? ¿Alguna razón en particular?

—Bueno, es un poco torpe. Probamos con el tenis durante un tiempo, y con la natación. Simplemente no le gusta.

—Si no pareciera una réplica en miniatura de mí, volvería a preguntar si es realmente mía —sonrió, con los ojos todavía puestos en ella—. ¿Qué le gusta hacer?

No estaba segura de cómo me sentía por la tierna expresión de su cara. Pensé que se sorprendería si se veía a sí mismo pero en realidad se veía casi como si se derritiera en ternura al ver a mi hija.

Trataba de mantener un tono agradable y cordial. Cualesquiera que sean mis problemas con Adrian, no quería convertirlo en un enemigo. El hombre que conocía era tenaz y terco, tenía una tendencia a conseguir todo cuando ponía su mente en algo. No quería hacer de Jade un desafío para él.

No estaba segura de querer pelear con él. No tenía los recursos para luchar contra un hombre de su poder y riqueza.

Tenía que asegurarme de mantenerlo a distancia. No podía arriesgarme a meterme en la cama con él y hacerle creer que tenía alguna posibilidad de fomentar una relación real con ella o conmigo, eso no lo permitiría.

—Le gustan los unicornios, el brillo y las estrellas, es muy femenina. Cuando era más pequeña, le compraba camiones, autos y muñecos de acción porque había un gran alboroto por no tener juguetes “para niñas” y “para niños”. No jugó con ninguno, quería las muñecas y las sirenas que cambian de color y esa etapa no la supera.

Parecía genuinamente interesado en detalles aleatorios sobre mi hija. No pude evitar sentir una conexión con él.

—La mayoría de las otras niñas de diez años están obsesionadas con los chicos. Ella no.

—Bueno, me alegro de oír eso.

Mis ojos se fijaron en los suyos. Que sonara como un padre sobreprotector era emocionante y aterrador al mismo tiempo. ¿Estaba cayendo en el papel de papá sin darse cuenta? ¿Lo estaba alentando?

Cambié el tema.

—Jade escribe en sus diarios todo el día.

—¿Sobre qué escribe?

Me quedé boquiabierta mirándolo.

—¿Cómo lo sabría?

Se puso tieso.

—Oh, asumí que tú...

—Me niego a invadir su privacidad. Estoy segura de que está escribiendo sobre qué nuevo peinado quiere probar, nunca había visto una chica más femenina. Las personas de hoy en día no buscan imponer estereotipos de género a las chicas, pero Jade nació como un estereotipo. No voy a cambiarla sólo para que se ajuste a la sociedad o a las características que otras personas han considerado ideales para ella. Siento que esperan que la obligue a hacer cosas de chicos sólo para neutralizarla de alguna manera. Ella es quien es y yo estoy perfectamente feliz con su forma de ser.

—Suena encantadora.

Vi su sonrisa. Esa que nunca lo había visto usar en las portadas de las revistas, pero que pareciera tener en cantidades ilimitadas para nosotras.

Una corriente fría recorrió mi espalda.

—No va a pasar nada entre nosotros.

Su sonrisa se evaporó.

—Lo sé. Pareces asustada la mitad del tiempo que estás conmigo. ¿Esperas que me abalance sobre ti o algo así sólo porque tenemos una hija?

Le di una sonrisa a medias.

—¿Debería estarlo?

—Bueno a decir verdad, si alguien debería estar asustado, soy yo. Fuiste tú quien se abalanzó sobre mí la otra noche.

Luché contra una risa nerviosa. El calor subió por mi cuello, sentía que iba a salir por mis oídos. Me abalancé sobre él, sí, pero me rehusaba a admitirlo.

—Eso es una exageración, no lo hice, perdí el equilibrio.

—Bueno, trataste de besarme. Pero yo estaba como —levantó las manos en un gesto de rendición—, de ninguna manera.

Mi corazón se torció un poco. Sentía que estaba haciendo el ridículo otra vez. ¿Por qué hacía eso cuando él estaba cerca? Claramente no me quería.

*Estás perdiendo la cabeza. Te molestan cuando no quiere devolvarte el beso, cuando menciona el regreso a Seattle y también si es dulce, sexy y amable. ¿Quieres que se interese por ti? ¿O que te rechace y se vaya de nuevo? ¡Decide!*

Me sacudí en mi silla, mi ensueño se detuvo en seco. Las puntas de sus dedos acariciaron mi nudillo, y agarró mi mano con fuerza. Intenté ejercer presión para sacarla de allí pero no lo logré, estaba tan rígida como una roca.

—Sólo estoy bromeando contigo, claro que lo hubiese hecho, pero estabas casada en ese momento.

La rigidez se evaporó mientras me reía. Su mano era cálida, fuerte y tan familiar. Mi cuerpo respondió a su piel. Me calmé cuando la nostalgia me llegó con tanta fuerza como la que aplicó él al tomarme de la mano.

—No estaba realmente casada.

—No sabía que me estabas engañando. Así que estaba tratando de mantener mi distancia —mis mejillas ardían.

—¿Podemos no hablar de esto?

—Por supuesto —pero no soltó mi mano y le echó un vistazo a Jade.

Miré su perfil y no podía negar el calor que se filtraba por mi cuerpo. La forma fuerte y

posesiva en que sostuvo mis dedos se sintió bien. En cierto modo, el implacable agarre se convirtió en una disculpa, aunque no tenía forma de saber si sentía la necesidad de hacerlo.

Pero él estaba allí tratando de ser mi amigo, nada más allá. A pesar de eso, su mano hizo que temblara de necesidad y una corriente caliente me recorrió hasta los hombros e hizo que mis pechos se pusieran duros.

Le arranqué mi obstinada mirada de su cara. En un segundo estaba tambaleándome en el borde de la vertiginosa felicidad y el confort y al siguiente, en medio de un miedo abrumador.

No quería ni reírme con él ni esperar nada. Al hacer eso, estaba permitiendo que me decepcionara una vez más pero estaba en medio de un remolino de emociones, me dolía el pecho al saber que se iría otra vez. Volvería a la vida estelar de un jugador de la NFL y yo no encajaba allí, muchos menos Jade.

*¿Por qué te importa?*

Había sido bastante firme en mi necesidad de estar bien sin él. Pero el hecho de que ni siquiera quisiera quedarse me molestaba mucho.

*Claramente, te excita como ningún otro hombre podría hacerlo. Te sientes atraída por él y siempre lo estarás. Deja de pelear. Úsalo como distracción temporal. Coquetea, diviértete, deja de tener miedo y sácalo de tu sistema. Cuanto más luchas contra tu atracción, más lo deseas. ¡Arréglalo!*

No sabía si todavía lo amaba. Ni siquiera estaba segura de saber lo que era el amor.

*Estoy segura de que nunca lo olvidé.*

*¿Hay algún problema en disfrutar de su compañía, sólo para mí?*

Después de Adrian, ningún otro hombre me había hecho sentir tan nerviosa y temblorosa o esa sensación de estar finalmente en casa de nuevo.

Él se sentía a gusto. Si lo sacaba de mi vida, era como si estuviese dejando mi infancia olvidada, sentada frente a él volvía a ella recuperando mis sueños, esperanzas y valentía. La creencia de que la vida iría exactamente como la había planeado.

Me gustaba esa borrosa, cálida, reconfortante y engañosa infancia.

Lo odiaba por hacerme sentir patética, así que respiré profundamente y me tranquilicé para finalmente tomar mi café. Estaba tibio.

Adrian se dio cuenta al instante.

—Sí, probablemente ya no está bueno. Te conseguiré otro

—No, está bien —me apuré a decir mientras mordía el interior de mi labio inferior, vi a Jade agarrando la red protectora del trampolín justo antes de que gritara.

—Mamá, el padre de Casey viene a recogerla. ¿También puedes saltar? ¡Oye, Adrian! —me miró como si buscara mi aprobación para responder.

Hice una mueca y puse una cara que decía claramente: “Oh, vamos”, y la saludó rápidamente.

Estaba completamente aturdida, tenía demasiados sentimientos encontrados. Un tsunami de pensamientos furiosos me atrapó en su torbellino, me llevaba a lugares a los que no quería ir.

*Haz que se detenga.*

Como si fuera de otro planeta, me escuché a mí misma hablar.

—¿Quieres unirme a nosotras ahí dentro?

Una mezcla de terror y gratitud se reflejó en su rostro.

—Claro, eso suena divertido.

Me levanté, tirándolo de la mano para que viniera conmigo.

Diez minutos después, rebotaba suavemente en el trampolín mientras no podía creer lo que veía. Adrian y Jade, dos géneros opuestos de lo que parecía ser la misma persona, riéndose como si tuvieran una competición sobre quién podría llegar más alto.

*¿Y si pudiéramos ser una familia?*

Sacudí la cabeza para aclararla.

*¡No vayas allí, Liv! Acabarás destrozada. No le des el poder de hacerte daño otra vez.*

Hacerme vulnerable ante él no estaba en mi lista de tareas del día.

Lo despreciaba por atraparme en esta montaña rusa de emociones. No me gustaba ni un poco este paseo errático.

# Capítulo Diez

## Adrian

Abrí los ojos de golpe y mi corazón se aceleró con los fuertes golpes. Salté de la cama, sabiendo que sólo había una persona que podía venir a buscarme. Liv.

Percibiendo una emergencia, me apresuré a la puerta principal y me asomé por la ventana. La rubia alta del otro lado no era ella. Llevaba unos aviadores de color amarillo brillante y un traje blanco immaculado con una camisa de seda que se asomaba entre las solapas de su chaqueta y combinaba con sus lentes.

Me vio en la ventana, y me saludó con una sonrisa bien practicada. A veces, sentía que Olivia había medido su sonrisa miles de veces para asegurarse que fuera exactamente la misma cada vez.

Abrí la puerta de un tirón y le hice señas para que entrara.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me quebré.

—Hola, Olivia. Estás encantadora esta mañana. Muchas gracias por venir hasta aquí para controlarme, eres la mejor.

Me froté la cara con ambas manos.

—Creo que todavía estoy medio dormido. Pensé que era Liv la que tocaba.

—¿Quién es Liv? Oh, espera, en este momento no me importa nada de eso. Estoy aquí por algo importante.

Levantó sus aviadores amarillos mostrando sus ojos azules, mientras me miraba tranquilamente desde la parte superior de mi cabeza despeinada hasta mis pies descalzos.

—¿Quién eres tú? Nunca te había visto así.

Eché un vistazo a mi torso desnudo. Aún tenía mis calzoncillos de cuadros y no me había duchado.

—Estaba en la cama.

—Te ves desaliñado y normal. No te atrevas a aparecer en una foto en ningún sitio con este aspecto —sus labios se separaron, el lápiz labial rosa brillaba ligeramente fuera del borde de sus labios, como siempre.

Traté de entender la mirada parpadeante e ilegible de su linda cara, y levanté una ceja.

—¿Y ahora qué? Esto debería ser bueno.

—¡Si! —ella me señaló, y luego examinó el lamentable estado de la casa de mi padre—. No estabas bromeando sobre el lugar. Es peor de lo que imaginé.

—Caramba, gracias. Ahora sabes por qué quería ir a un hotel.

Se apoyó en la isla de la cocina. Estaba realmente preocupado por el blanco immaculado de su traje, no podía garantizar que no se mancharía. En todo caso, estaba seguro de lo contrario.

—¿Por qué me miras como si me hubiera crecido una cola? Estaba durmiendo, no tengo una alfombra roja para caminar por aquí. Siento mucho no haberme puesto un traje para ir a la cama.

—¿Sabes lo que estoy pensando? —Olivia dijo maliciosamente.

—Nunca sé lo que estás pensando.

Ella sonrió de nuevo, la misma cantidad perfecta de curva en sus labios.

—Me gusta ser impredecible. Me enorgullece mucho.

—¿Por qué estás aquí? ¿Nos vamos a casa? —pregunté con un parpadeo de esperanza. Pero eso murió rápidamente.

*Liv. Jade.*

No quería irme todavía. Contuve la respiración mientras esperaba que Olivia me diera la noticia.

—Deberías salir de esta casa, y haré que unos paparazzi te fotografien con este aspecto —me miré a mí mismo.

—¿Descalzo, sin camisa, sin pantalones y sudoroso?

—No, no, no —se rio con un sonido que parecía practicado—, con todo esto, es decir, lo normal que es tu vida ahora —hizo un gesto con sus manos alrededor de mi cara—. Me gusta porque podría ayudarte con la situación en la que estás. Es un lado de Adrian Decker que no había visto antes, nadie lo ha hecho. Es más hogareño.

La miré fijamente mientras agarraba una botella de agua de la nevera.

—Eso no suena como un cumplido.

—Hogareño, es real, te ves completamente ordinario.

Escupí un poco de agua al escuchar eso. Me limpié los labios con el dorso de la mano.

—Me estás fastidiando. ¿Eso es un cumplido?

—Por supuesto. Quiero decir, no hay nada remotamente ordinario en ti. Eres arrogante, extremadamente inmanejable y terco. Un idiota la mayor parte del tiempo.

—Vale, lo entiendo.

—Pero acabo de tener una idea. Deberías mostrar este lado tuyo al mundo. La gente podría ser capaz de relacionarse contigo, tienes que hacerles creer que eres como ellos. Sólo un tipo promedio que cometió un error y merece ser perdonado.

—No estoy seguro de entender el punto de este monólogo.

Olivia puso los ojos en blanco, exasperada.

—Incluso cuando eres mentor de tus queridos adolescentes, que parece ser la única mierda que te importa, sigues siendo pretencioso.

—¿Pretencioso? Estás llena de insultos hoy.

—Quiero decir que eres frío e inaccesible y más grande que la vida. Hay algo en ti que grita silenciosamente “soy superior a las personas normales” aunque no lo intentes. ¿Me sigues? —al escucharla sacudí mi cabeza, y mis cejas se levantaron de manera divertida—. Tienes esa cualidad por defecto. Te ves como un imbécil rígido e inflexible que piensa estar por encima de la ley o lo que sea. Sin embargo, esto... —hizo señas de nuevo a mi cuerpo—, parece real y accesible.

—¡Hey, miren! Me despierto como una mierda cada mañana. Como ustedes, almas mortales.

Sus ojos se deslizaron sobre mi cara casi con admiración mientras lo decía.

—Te ves algo lindo. Me gusta esta mirada. Aunque comienzo a asustarme así que miraré hacia otro lado.

—¿Quieres avisar intencionadamente a los periodistas sobre mi escondite no revelado, para que vengan aquí y me hagan fotos con este aspecto?

—Querido —dijo con un regio movimiento de su mano—, nunca pareces un fracaso, déjeme aclarar eso. Pero algo en este lugar te está cambiando.

Tragué grueso. Necesitaba organizarme rápido y olvidarme de Jade y Liv.

*Sal de aquí, rápido antes de que te conviertas en una versión antigua de ti.*

Pasar más tiempo con Liv no era prudente. Por mucho que quisiera eso, era una receta para el desastre.

Todavía me sentía locamente atraído por ella y como ya no estaba “casada”, las cosas se podían complicar.

La próxima vez que se inclinara para un beso, estoy seguro de que no la soltaría.

*Tengo que salir de aquí si quiero mantener mis manos lejos de Liv.*

—Por favor, dime que este es el momento en que revelas que voy a volver a Seattle contigo —se rio otra vez, y sonó de nuevo como algo grabado.

—No vine a nada de eso.

—¿Entonces qué haces aquí?

—Estaba en Medford para una reunión, así que decidí venir a dar malas noticias en persona. Sé lo malhumorado que te pones por teléfono.

—No más malas noticias. Por favor.

—Estarás aquí por unas semanas y no hay nada que puedas hacer al respecto pero creo que la prensa debería saber dónde te encuentras y correr la voz de que has vuelto a casa. Te hace parecer más humano.

—Tus planes retorcidos no tienen sentido para mí —hablé con frialdad sabiendo que estaba atrapado aquí. Pero ahora, salir de Ashland era una cuestión de supervivencia porque estaba casi feliz de poder pasar más tiempo con Liv y Jade.

Olivia sacudió la cabeza cuando volvió a la puerta principal.

—La única manera de acelerar este exilio es si se aprovecha de este lado real de ti. Sólo finge. Encuentra una manera de parecer más humano.

Puse los ojos en blanco, y ella me miró fijamente.

—Escúchame, Adrian Decker. Siempre te saco de tus líos, ¿no? Es lo único que hago la mayoría de las veces.

—Claro. Supongo —dije casi en un susurro.

—Siempre odias mis planes, pero cuando todo sale bien terminas agradeciendo de manera arrogante.

—Elijo no hacer comentarios sobre eso.

—Haz lo que te digo. Sal en una cita con una dulce chica. Como esa Liv que pensabas que había venido a tu puerta. Lo ideal sería no pagarle por la compañía.

—¿Qué? —mi voz era un bajo silbido de incredulidad.

—Así es —sus cejas se levantaron en el desafío—, hazlo, y te sacaré de aquí en dos semanas. Tienes que ser visto con una “chica de al lado”, hazle creer a la prensa que te estás enamorando de ella. Es sólo por un corto tiempo, desviaré su atención lo suficiente como para dejar atrás todas las calumnias y volver a trabajar con esos adolescentes.

Salió y yo me quedé en la puerta. Consideré sus planes salvajes mientras Olivia se pavoneaba elegantemente camino hacia su Honda alquilado.

—¿Cómo sugieres que encuentre una “chica de al lado”?

Olivia se dio la vuelta, con su traje blanco impecable aunque se había aventurado en la sucia casa de papá y habló mientras colocaba sus aviadores amarillos en su pequeña y delicada nariz.

—No lo sé, Adrian. Sé creativo. ¿Mirando al lado, tal vez?

# Capítulo Once

## Liv

El silencio era incómodo. Apreté el volante más fuerte, poniéndome cada vez más ansiosa.

Adrian iba a mi lado con sus largas piernas estiradas, llevaba sus manos descansando en los muslos sobre la tela descolorida de sus jeans. En el espejo retrovisor, pillé a Jade mirando su perfil mientras comenzaba a hablar.

—La Srta. Montgomery dice que tengo que trabajar en mi entrega de un diálogo serio.

—¿Por qué tienes un diálogo serio en la obra de la reunión de las princesas? Pensé que todo era gracioso.

—En su mayoría.

Normalmente, no dejaba de hablar una vez que empezaba. Pero la presencia de Adrian estaba creando una densa incomodidad dentro del auto.

Se sentó en el asiento del pasajero como una enorme roca, sin decir nada, sin contribuir a la conversación, mirando al frente de la carretera como si tuviera una cuenta que saldar.

—¿Se mudó Adrian a la casa del abuelo permanentemente?

—¡No! —me quebré sintiendo su incomodidad flotando en el aire.

No quería tener una discusión desagradable con él mientras Jade estaba allí.

Tuve una larga y terapéutica charla conmigo misma anoche y decidí que discutir no me llevaría a ninguna parte. Si realmente no esperaba nada de él, tenía que mantenerme completamente alejada de todo lo que hacía o no.

Claro, tenerlo cerca me hacía molestar y estaba influyendo en mi decisión. Me había rogado que se le permitiera pasar tiempo con Jade, pero luego se convirtió en un bloque de hielo.

—Adrian va a volver a casa pronto. ¡Apenas puede esperar! —le dije, mi resolución de permanecer sin emociones estaba muriendo rápidamente.

—¿Dónde vive?

—Seattle.

—¿Es amigo del abuelo?

—¡Oh, Dios mío! —murmuré, levantando el ánimo al ver el auditorio al final de la calle—

Jade, Adrian está aquí, creo que es capaz de responder por sí mismo.

Sentí que la cabeza él se giraba hacia mí, pero sólo inhaló profundamente y miró por la ventana. ¡Esto era todo!

Apreté los labios mientras escuchaba a Jade decir:

—Adrian, ¿eres amigo del abuelo?

—¡Está bien! La escuela está aquí. Vete ya. Se te hace tarde.

La baje del auto y lo puse en marcha. Mi frustración se me fue de las manos antes de que me diera cuenta.

—¿Qué crees que estás haciendo? —hablé con la voz más calmada que pude reunir.

—Nada.

No dejaba de mirar por la ventana como si no quisiera estar allí. Apreté mi mandíbula cuando golpeé mi mano contra el volante y luego me detuve en el lado de la carretera.

Apagando el auto, abrí la puerta.

—¿A dónde vas?

—Sal, tenemos que hablar. No puedo conducir con esta inexplicable furia que siento hacia ti —tiré de golpe la puerta y cerré los ojos.

*Contrólate. No tienes ninguna expectativa de él. No te debe nada.*

Pero cuando abrí los ojos, me olvidé de todo en un instante.

—Me rogaste que te dejara ver a Jade. ¿Por qué querías unirme a nosotras cuando no tienes interés en hablar con ella o conmigo?

Sus cejas están arrugadas, y su mandíbula apretada con fuerza.

—Dime. Realmente necesito entender lo que tienes en mente. No puedes aburrirte tanto dentro de la casa de Josue. ¿Quieres que te lleve por ahí? ¿Tan desesperado estás por tener compañía?

—No se trata de eso —levantó las manos para agarrar su cabeza, con los codos hacia arriba. La misma imagen de confusión y conmoción que vi ese día en la escuela, cuando supo que Jade era su hija.

Me hizo suavizarme un poco.

—¿Qué te pasa? —dejó caer su mirada al suelo y luego miró a los autos que pasaban zumbando junto a nosotros en la carretera—. Puedes decírmelo.

—Es frustrante —dijo—. Estoy tratando te juro que lo intento, y sé que la estoy cagando y no puedo hacerlo bien.

—¿Hacer qué bien?

—Estas cosas de ser papá.

Nunca había visto a Adrian sin palabras.

—¿Qué creías que estabas haciendo cuando pediste unirme a nosotras hoy?

—Exactamente lo que dije que quería. Quiero conocerla mejor. La pasé bien con ella en el parque de trampolines pero no hubo ninguna charla involucrada allí. Era sólo saltar y jugar, estaba feliz, y se sentía bien. Pensé que podría hacerlo de nuevo hoy.

—No tienes que hacerlo, no tienes que crear un vínculo con Jade. Ni siquiera sabe que eres su padre. Cree que eres el hijo de un amigo de Josue, y que te estás quedando en su casa, eso es todo. Nunca conectará los puntos.

—¿Nunca pregunta? —su pecho se elevó y cayó rápidamente mientras esperaba una respuesta.

—¿Preguntar sobre qué?

—¿Qué dices cuando pregunta por su padre?

Sentí que la respuesta a esta pregunta era importante para él. Quería decir lo correcto para ayudarlo a sobrellevar su confusión. Pero no iba a mentir.

Cerré los ojos y me pellizqué el puente de la nariz.

—Cuando me desperté, no esperaba tener esta conversación. Echo de menos los días en los que mi mañanas eran tranquilas.

—Dime lo que sabe sobre su padre.

—Ella no pregunta. No sé si preguntará en el futuro o no. Tal vez lo haga, es el deber ser pero nunca ha mostrado interés en su padre. La mayoría de sus amigos están siendo criados por madres solteras. Su mundo está completo conmigo en él.

Adrian exhaló bruscamente.

—Soy pésimo en esto de todos modos.

Mi corazón latió fuerte. Durante todos estos años, nunca dudó de sí mismo. Siempre que ponía los ojos en algo lo conseguía. Pero la presión de ser el padre le hacía perder la cabeza.

—No tienes que ser un padre —golpeé mi auto sólo para tener algo que hacer—. Jade no

necesita uno, le vendría bien otro amigo. No le voy a hablar de ti porque creo que no sea un buen momento.

Un destello de frustración se encendió en sus ojos.

—Si me lo hubieras dicho hace diez años, podría haber tenido la oportunidad de resolver esto. Ni siquiera quería tener hijos. Tengo treinta años y de repente soy padre y no de una bebé, debo añadir. ¡Es una chica grande! ¡Es tan alta como tú! No sé qué hacer... —su apasionado monólogo estaba teñido de arrepentimiento.

—Adrian.

—No lo hagas. Estoy harto de fingir que esto no me ha arruinado la vida.

Me sacudí ante esa revelación.

—¿Te la arruinó? ¿Cómo ha arruinado tu mundo?

Se detuvo, obviamente dándose cuenta de lo que había dicho.

—Eso no fue lo que quise decir.

Sonreí a través de mi ira.

—Esto es exactamente la razón por la que no te lo dije. Eres egocéntrico y egoísta. No eras así cuando nos conocimos, has cambiado. Te volviste duro, inflexible y frío. Todo lo que importaba era Adrian, Adrian, Adrian.

Sus ojos se entrecerraron, y yo seguía enfadada.

—Yo te dejé de importar. Todo giraba en torno a lo que querías y cómo el mundo debía lidiar con eso. No te importó cómo tus acciones impactaban en otra persona, tú mismo lo admitiste. ¿Por qué tanta pretensión? ¿Por qué finges querer algo significativo con Jade cuando tú y yo sabemos que es una distracción? Estás tratando de mantenerte ocupado mientras te pudres aquí en este “agujero de mierda”. No somos un canal de entretenimiento al que cambiaste porque ninguno de los otros tenía algo que valiera la pena.

Me agarró la cara. Me sacudí, pero las puntas de sus dedos sostuvieron mi nuca y su pulgar se apoyó firmemente en mi mandíbula. Me sorprendió la intimidad de su contacto.

Antes de que pudiera averiguar qué hacer y cómo luchar contra las ganas de besarlo, se separó rápidamente.

—Lo siento. No sé qué carajo estoy haciendo —sacudió la cabeza—. No estoy listo. No estoy listo para ser padre, pero una parte de mí siente que le debo algo a Jade.

—No lo haces, eso es lo que intento decirte. No necesitamos que seas su padre ¡Estamos bien!

*¿Por qué mis palabras sonaron huecas a mis propios oídos? Jade estaba bien. Pero, ¿continuaría estándolo? ¿Y yo? No estaba bien.*

No confiaba en los hombres. Había intentado relaciones y citas, pero ahora era demasiada presión.

Tenía miedo de ser pisoteada o considerada débil.

Eso apestaba para mí porque realmente quería un compañero, alguien con quien compartir mi vida. Pero estaba demasiado asustada para dar el paso.

Después de Adrian logré tener una relación estable con un hombre amable y maravilloso. A Greg le importaba, era confiable y amable. Pensé que estaba todo superado con respecto a él.

Pero hace tres meses, cuando me pidió que me casara con él, entré en pánico. Le respondí con un fuerte:

—No.

No podía decirle que me atormentaban los recuerdos de mi ex a quien aún seguía queriendo.

*¿Por qué tuvo que volver?*

Era más fácil creer que no lo quería cuando estaba lejos. Lo necesitaba como una mujer loca, frágil y débil. Deseaba arrojarme a sus brazos y derretirme.

Los hombres eran muy inestables. Aprendí los peligros de la confianza perdida después de que Adrian me dejara.

Irónicamente, sin embargo, era el único hombre en el que quería confiar.

Sabía exactamente cómo me decepcionaría. No habría sorpresas allí.

Cuando se trataba de otros hombres, me quedaba al acecho, preguntándome cómo me traicionarían pero estaba completamente claro que Adrian me abandonaría, no era tan aterrador cuando estaba preparada para ello.

—Deja de intentar ser un padre cuando eso no es lo que ella necesita.

—¿Qué necesitas?

La esperanza, la promesa en sus ojos me hizo querer huir. Alejarme de él como como lo hice de la propuesta de Greg hace tres meses.

No quería que me prometieran nada.

—No quiero nada de ti. Sólo arregla tus propios problemas, y luego déjanos con nuestra vida. Somos bastante felices.

Sus ojos se abrieron de par en par sobre mi cara, como si estuviera intentando echar un vistazo a mi alma.

—¿Puedo contarte un secreto?

Me encogí de hombros.

—Claro, ¿por qué no?

—Me aterroriza que no le guste si se entera que soy su padre —se rio—, y eso es una locura. Nunca me ha importado si le agrado a las personas o no.

Mi corazón se aceleró cuando lo admitió. Ahora entendía por qué actuaba como un idiota, estaba aterrorizado por la conexión emocional que sentía con Jade. Había estado sin lazos familiares durante tanto tiempo que no sabía cómo reaccionar al respecto.

—¿Quieres hablar de ello alguna vez?

Sonrió.

—Hablabo de eso cada vez que me sentaba con mi terapeuta, y odiaba cada minuto. Sólo lo hacía para tranquilizar a Olivia. Pero durante los últimos tres días, todo lo que he querido es estar en la oficina de ese hombre otra vez. Necesito ayuda para resolver esto.

—Llámalo entonces.

—Tal vez debería.

—Obviamente no soy la persona adecuada para ayudarte a lidiar con esto porque preferiría que aún no lo supieras —bromeé.

Se rio.

—Si dependiera de ti, tendría nietos corriendo por ahí y aun así no me lo dirías.

—Esa era la situación ideal, sí.

—Eres una mujer cruel —bromeó.

—¿Ahora podemos irnos a casa?

—¿A casa?

—Sí, claro.

Veinte minutos después, me detuve en mi entrada y consideré invitarlo a entrar.

*No lo hagas.*

Necesitaba encontrar una manera de dejar de quererlo antes de poner en marcha este extraño y mal concebido plan de ser amigos.

—¿Liv? —había parado de camino a la casa de su padre— ¿Puedo llevarte a cenar esta noche? —mi corazón se aceleró. Tenía las manos en los bolsillos y parecía casi indeciso. Se veía... Adorable, y esa no es una palabra que alguien asociaría con este hombre poderoso e inquebrantable.

El momento me recordó cuando tenía diecisiete años y me había invitado a salir por primera vez. Se veía joven y despreocupado, como mi viejo Adrian.

Sonreí mientras sacudía la cabeza. Lo quería demasiado. Estaba aterrorizada.

—No creo que sea una buena idea.

Asintió con la cabeza, con la mandíbula rechinando. Su cara era ilegible.

Cuando cumplió 18 años todo fue muy confuso y tuve problemas para entender sus sentimientos. Era casi como si hubiera apagado todas sus emociones.

Ahora era demasiado bueno para ser diferente.

## Capítulo Doce

### Adrian

Vi a liv al otro lado de la ventana de mi dormitorio antes de que golpeará fuertemente.

Su expresión, de puro terror, hizo que mi corazón se acelerara.

Abrí la ventana de un tirón.

—¿Qué está pasando?

—¿Por qué no contestas el teléfono? Alguien ha entrado en mi casa —salí corriendo sin dejarla terminar de hablar.

—¿Dónde está Jade? —corrí hacia el frente de su casa y antes de que respondiera, vi a Jade.

Estaba de pie a tres metros de la puerta, con pantalones cortos y una camiseta sin mangas, temblando.

Mi corazón se destrozó al verla así. Se parecía a su madre: bastante asustada.

—Llama al 911.

—Ya lo hice.

Empujé la puerta delantera para abrirla.

—Quédense aquí, las dos.

—¡No! No entres solo. Voy a ir contigo.

No quería discutir con ella cuando su voz temblaba.

Se detuvo cuando vio mi confusión.

—Te ayudaré a ver que hay adentro.

Las sirenas de las patrullas sonaban a lo lejos mientras encendía todas las luces de la casa y abría las puertas de los armarios. Era compacta, de dos habitaciones y un solo piso, así que la despejé antes de que la policía llegara.

En menos de media hora, los policías habían terminado de registrar el perímetro de la casa y los gruesos arbustos que crecían salvajemente en el patio trasero. No encontraron nada. Dijeron que se mantendrían en contacto. Lo de siempre.

Me quedé en el salón mientras Liv cerraba la puerta tras ellos y se apoyaba en ella.

—Todavía estoy temblando.

Perdí por completo moderación y sentido común. No pude evitarlo. Dando zancadas hacia ella, la agarré por los antebrazos y la metí en mi pecho, abrazándola fuertemente.

Para mi sorpresa, se fundió conmigo. Tenía su cara enterrada en el centro de mi pecho. Apoyé mi nariz en su cabeza, inhalando instintivamente el olor de su cabello.

Un gran error. Salió de mis brazos como si la hubiera quemado y evitó por completo mi mirada. Sentí que había cruzado un límite.

Probablemente debería quitarle las manos de encima. Por razones de seguridad.

Jade estaba acostada en el sofá, con la cabeza apoyada en un cojín azul.

Liv comenzó a hablar en lo que parecía un esfuerzo por disipar el incómodo silencio.

—Habíamos llegado del centro comercial. Jade fue a cambiarse en su habitación, y yo a la cocina. Había vidrios por todos lados.

—Lo que significa que alguien lo empujó desde fuera.

—Exactamente —Liv tembló.

Apreté mis puños a los lados como refuerzo para mantener mis manos lejos de ella. Quería agarrarla a mí, sostenerla, consolarla.

En lugar de eso, para distraerme, le eché un vistazo a Jade. Se veía tan pequeña, acurrucada en el sofá. Estaba lejos de su estado de ánimo habitual. Ambas tenían mucho miedo. Mis chicas estaban aterrorizadas.

—¿Quieres ir a la cama, Jade? — me estremecí en cuanto dije las palabras, las dos me miraron como si fuera un fantasma.

—Tengo miedo.

Mi garganta se cerró al escuchar a la pequeña. Me alegré cuando Liv se hizo cargo.

—Lo sé, nena. Está bien estar asustada. Pero sabes que no estás sola, ¿verdad? Estoy aquí contigo.

—¿Por qué alguien querría entrar? ¿Qué hicimos mal?

Liv besó su mano.

—Nada, no hicimos nada malo. Ni siquiera estoy segura de que la persona que entró quisiera

robar algo. Tal vez sólo tenían hambre. No es una excusa, pero si fueran peligrosos, se habrían llevado cosas. Adrian revisó toda la casa y la policía incluso fue hasta los arbustos de bayas del patio trasero. Dijeron que está bien quedarse aquí.

—¿Puedo dormir en tu habitación?

Liv sonrió, y me sorprendió ver lo buena madre que era teniendo todo bajo control.

—Tu habitación es tan segura como la mía. Te diré algo, me quedaré ahí contigo, para asegurarme de que todo esté bien esta noche. Mañana, tal vez te sientas mejor durmiendo sola otra vez. ¿De acuerdo?

Mientras ambas se dirigían al dormitorio, vi la ventana rota a través de la puerta abierta de la cocina. No podía salir de la casa. Caminaba por la sala de estar hasta que escuché a Liv llamarme.

—¿Adrian?

*Nunca le va a dejar que me quede.*

Las dos estaban sentadas en la cama.

Me preparé para una pelea.

—No te dejaré sola aquí esta noche —miré fijamente su cara de aturdimiento— y no lo discutiré.

Jade cayó sobre su almohada, desconcertada y Liv me miró de reojo.

—Bien.

—¿Qué? ¿No hay discusión?

Se encogió de hombros.

Toqué con el dorso de mi mano su frente.

—¿Estás segura de que no necesitas un médico?

Me quitó la mano, luchando con una sonrisa.

—No puedo discutir ahora mismo, estoy agotada. Nada como esto sucede en este vecindario. Esa fue la razón principal por la que me mudé aquí.

Miré alrededor, todo en la habitación era de un tono púrpura. Arrastré una bolsa de dormir al centro de la habitación y me tumbé encima de ella.

—Este es un vecindario seguro. Siempre lo ha sido. Incluso los policías estaban confundidos —dijo agotada.

—¿Quizás porque no se llevaron nada? Es lo más raro.

Jade me miró. ¿Debería decir algo para ayudar, como lo hizo Liv? Traté de encontrar algo significativo que la hiciera sentirse segura.

—No te preocupes por nada —fue todo lo que alcancé a decir.

*¿Qué demonios me pasa?*

Incluso Jade me miró como si hubiera perdido completamente la cordura.

*¿Cómo carajo terminé aquí?*

Estaba en la habitación de mi hija, con un gran póster de Ariana Grande en una pared y un tablero de arte cubriendo la otra. Un escritorio de madera, un ordenador y varios libros. Su mochila llena de brillantes estaba en la silla.

—Me encanta tu dormitorio, Jade.

Silencio.

—Está dormida —murmuró Liv suavemente.

—Oh —me puse de pie—. Estaré en la sala de estar si me necesitas.

—Quédate aquí.

Un nudo me apretó la garganta, y me deslicé de nuevo en el saco de dormir. Habíamos estado conectados durante los últimos once años, era la madre de mi hija y este vínculo era irrevocable.

Ambos estábamos cómodos con el concurso de miradas silenciosas.

La calidez de sus ojos me recordó la forma en que me escuchó cuando mi madre se fue. Juré no llorar y no lo hice. Me convertí en piedra ese día. Mientras me encerraba en mi dolor Liv había intentado comunicarse conmigo, quería abrazarme, pero la rechacé. Elegí revolcarme en mi autocompasión solo y me convertí en un bastardo sin compasión.

Eso no fue lo peor de todo.

Durante los siguientes ocho meses, me había encerrado en mi dolor, atacando a la persona más cercana a mí: Liv.

Nunca dijo nada, siempre estuvo allí entendiéndome, cuidándome, dándome todo de ella.

*Y luego la abandonaste después de dejarla embarazada.*

*Lo siento, Liv.*

No podía decirlo en voz alta. No creía en ofrecer una disculpa sin presentar una explicación al problema, y yo no tenía una.

¿Cómo podría explicar por qué la dejé atrás? No había excusa para la forma en que lo hice.

Excepto que yo era un pedazo de mierda que no merecía la hermosa mujer en la que se había convertido.

Y estoy seguro de que no merecía a la adorable niña que había dado a luz. Una que era mitad mía.

*Liv y Jade se merecían algo mejor.*

*Las dos están mejor sin mí en la foto.*

Si pudiera hacerlo todo de nuevo, ¿realmente haría algo diferente? Sabía que la respuesta era un gran “no”. La hubiese dejado atrás, incluso si hubiera sabido que estaba embarazada.

La sola idea de ser un verdadero padre para Jade me aterrorizaba, era demasiada presión. Una responsabilidad muy grande para alguien que sólo se había preocupado por sí mismo durante los últimos once años. Sólo de pensarlo me sentía como un impostor.

*¿Qué diablos sabía yo sobre ser un buen padre?*

*Fui un egoísta, como lo había hecho mi padre.*

# Capítulo Trece

## Liv

Cerré mi auto y me acerqué a la puerta principal.

El sonido de un martillo golpeando contra la madera resonó en la parte de atrás de mi casa. Cambiando de dirección, di la vuelta y me quedé paralizada al verlo.

Adrian estaba sentado en una de las viejas sillas oxidadas de mi patio con una cerveza en su mano, parecía sentirse perfectamente cómo en su casa. Un hombre con un mono azul golpeaba la ventana de mi cocina.

—Hola. ¿Qué pasa?

Inclinó su cabeza, y mi corazón se aceleró. Apreté la mandíbula para no decir nada más.

Llevaba una camiseta con cuello en V que se tensaba sobre la enorme masa muscular de sus hombros. Las mangas se ajustaban a su piel bronceada, justo encima de sus abultados bíceps. El fino pelo de sus antebrazos hizo que se me secara la boca. Me di cuenta de cada pequeño detalle, cada poro lleno de sudor, cada vena cruzando su brazo.

El calor invadió mi cuerpo por completo. Se veía como un tipo promedio pasando un día en casa. Un hombre de familia.

Esa descripción me hizo perder la cabeza.

*Adrian, un hombre de familia.*

Escuché una risa malvada en mi cabeza debido a esa elección de palabras.

—Hoy llegas temprano a casa.

Vi los cuadrados de vidrio colocados en el suelo. —¿Estás arreglando mi ventana?

—Mmm...

—Eso es muy dulce —mis ojos se encontraron con los suyos, y miré hacia otro lado para evitar que viera lo mucho que ese pequeño gesto significaba para mí.

Se rio.

—Podría haber sido más dulce pero tuve un gran fracaso antes.

—¿Cómo es eso?

—Intenté arreglarlo yo mismo usando la caja de herramientas de papá, pero no sirvió de nada. Esto está fuera de mi conjunto de habilidades.

—Por supuesto —no pude evitar sonreír mientras se humillaba— Entonces, ¿quién es tu amigo?

—Mi amigo aquí es Jeremy.

Jeremy hizo un gesto tímido con la mano.

—Lo contraté para hacer esto por nosotros.

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Nuestras miradas se mantuvieron como las de anoche. No podría vivir muchos más de estos momentos calientes y conectados sin sentir que estaba perdiendo la batalla.

*Sólo espero que se vaya antes de que terminemos haciendo algo de lo que nos vayamos a arrepentir.*

Adrian volvería a Seattle y se integraría perfectamente en su vida de celebridad.

Yo soy la que se quedaría aquí hecha un desastre con el corazón roto.

*Exactamente como la última vez.*

Mis ojos se concentraron nuevamente en su camiseta gris, rápidamente aparté mi mirada y fingí que me fascinaba la obra de Jeremy en su lugar.

No conocía este lado de Adrian. Su preocupación por arreglar la ventana fue demasiado para mi constante estado lujurioso.

“Adrian” y “descuidado” habían sido sinónimos cuando éramos más jóvenes. Era un adolescente rebelde y malcriado. Pero conmigo también era cariñoso y amable, hasta que simplemente me dejó.

El impredecible Adrian Decker. Inconstante, una persona que no era de fiar.

Sacudí la cabeza para despejar la avalancha de negatividad. Necesitaba ese tipo de pensamientos y resentimiento para sacarme de apuros por quererlo. Pero ahora estaba fracasando.

En cualquier momento se acercaría a mí para anunciarme que se iba. El saber que sólo estaría aquí por un corto tiempo me estaba haciendo miserable.

Anoche, pasé horas tratando de sacar todos los pensamientos de que éramos una familia. Aunque él parecía pensar que los últimos once años lo habían cambiado para peor, empezaba a dudar. ¿O estaba delirando?

Cuando hablaba, la autoridad y dominación se estampaban en cada palabra. Sólo podía

imaginar lo bien que se traduciría eso en la cama.

*Han pasado once años.*

Me dolía el cuerpo al imaginarlo dentro de mí otra vez.

—¿Jade seguía preocupada por el intruso cuando la llevaste a la escuela?

Me estrellé y volví a la realidad.

—Ella es fácil de tratar. Pidió quedarse a dormir en casa de una amiga esta noche, pero no sentí que lo hiciera por miedo. Ya lo superó.

Hizo una pausa.

—Ese es un rasgo que vale oro. No reflexionando sobre la negatividad del pasado, podrías aprender algo de ella allí.

Mis ojos se fijaron en los suyos. Su mirada estaba fija.

*¿Quiso decir que debemos olvidar nuestro pasado negativo y seguir adelante, el uno con el otro? No, Liv. Estás en el camino equivocado otra vez.*

Eso no es lo que quería y ciertamente no me quería.

Cuanto más me lo recordara, mejor sería para mí a largo plazo. Dejó muy claro que no quería quedarse en Ashland. La única razón por la que estaba jugando al marido aquí y arreglando mi ventana era porque no tenía nada mejor que hacer.

Sus cejas se levantaron.

—Creo que tu timbre acaba de sonar.

Como si fuera una señal, dos policías se abrieron paso por el lado de la casa.

—¿Liv Garner?

—Hola, oficial —estreché la mano de los dos, eran los mismos que respondieron a mi llamada anoche.

—Soy el oficial Quinn. Este es mi compañero, el oficial Andrews.

Adrian estaba a mi lado mientras me retorció las manos de lo nerviosa que me encontraba. Los policías ya se habían reunido y reconocido a Adrian anoche, pero siguieron siendo profesionales.

—¿Está todo bien?

—Hemos avanzado en su caso. Recibimos un aviso sobre un hombre sospechoso que corría

por su calle a la misma hora. Su vecina, la Sra. Clarence, llamó.

Sentí la fuerte mano de Adrian agarrando mi codo. Sin pensarlo, me apoyé en él.

—¿Lo encontraron?

—Un hombre llamado Marcus DelCorde. ¿Lo conoces? —los oficiales estaban mirándolo ahora.

Sacudí la cabeza, mirando a Adrian. Su mandíbula parecía como si estuviera grabada en piedra.

—Marcus es un reportero de Nueva York. Tenemos confirmación de que llegó a Ashland en autobús una hora antes de que llamara al 911. Tenemos su declaración.

—¿Qué quería? —mi corazón se estremeció de miedo—. No entiendo por qué elegiría nuestra casa para entrar.

—En realidad, Srta. Garner, DelCorde lo estaba buscando a él —el oficial señaló a Adrian.

—¿Perdón? —la voz de Adrian era baja.

—Según DelCorde, recibió un aviso de que el Sr. Decker se alojaba en esta propiedad. Mezcló las direcciones y terminó rompiendo la ventana de la casa de la Sra. Garner. Dijo que sólo intentaba asomarse para sacar una foto cuando accidentalmente rompió el cristal con el codo y casi cae dentro. No fue intencional, lo estamos reteniendo por allanamiento.

Mi sangre corrió a mis sienes. Todo ese pánico y miedo por un malentendido. Apenas podía hablar cuando los oficiales se fueron.

Miré la casa de Josue: el tejado en ruinas, las tuberías de desagüe desnudas y el cerco de madera podrido. Tuve que concentrarme en cada detalle para no pensar en nada más. Si fuera inteligente, me mantendría alejada de Adrian Decker.

Llevaba una vida pública. El interés de las personas en cada uno de sus movimientos aseguró que siempre tuviera una lente de cámara apuntando hacia él. Los reporteros acudían en masa para conseguir cualquier dato que pudieran monetizar. Se asomaban a través de las ventanas e invadían el espacio personal sin ninguna preocupación en el mundo.

No quería formar parte de esa vida.

*¿Pero lo quieres?*

Mientras estuviera en Ashland, podía tenerlo. Quería sentir sus labios otra vez, sus fuertes brazos rodeándome. Imaginaba su pene dentro de mí de la misma manera exigente y dominante en la que hablaba, caminaba y prácticamente hacía todo lo demás.

Era mi única oportunidad de tener un poco más de Adrian.

Lo amaba, pero no podía tenerlo. Su vida y la mía no se superponían en ninguna esquina, y no estaba destinada a serlo. ¿Pero eso significaba que tenía que vivir el resto de mi vida sin volver a besarlo? ¿Cogérmelo otra vez?

Podía saborear lo poco que tenía. Complaciendo mis locos caprichos.

*Y que se joda.*

*O que él te joda.*

Me tambaleé mientras la mano de Adrian se apoyaba en la parte baja de mi espalda.

—¿Estás bien?

Mis ojos se clavaron en los suyos. Mely siempre dijo que mataría por tener sus pestañas. Sabía exactamente lo que quería decir. Dejé caer mi mirada desvergonzadamente en su barbilla cuadrada y me quedé en sus labios que parecían esculpidos a mano.

Esa barba recién afeitada iba a ser mi muerte. ¿Cómo se sentiría si lo besara ahora? Me dejaría la barbilla enrojecida por lo áspero de su barbilla.

Mis mejillas se calentaron y sacudí la cabeza. Algo sensato dentro de mí se activó.

*Usa este robo como una experiencia de aprendizaje, tu vida y la de tu hija se convertirían en propiedad pública si te relacionan con él.*

*En vez de eso, estás usando este incidente como una oportunidad para tirar la precaución al viento y follarlo.*

Ya era bastante difícil sin la fuerte mano de Adrian corriendo por mi espalda.

—Te debo una disculpa.

Realmente deseaba que no fuera amable conmigo. Quería que fuera malo. Que me recordara que era un imbécil, algo que ayude a mi vacilante resolución.

—Es mi culpa que hayan tenido que pasar por esto —hizo un gesto hacia la ventana—. ¡Mierda! Has sufrido porque esas ratas no quieren dejarme en paz.

Me sentía borracha, pero no lo estaba. Todos mis sentidos estaban en sintonía con lo cerca que estaba. Su olor, el sudor que brillaba en su cuello, estaba perdida.

Esas gotas de sudor me recordaron a mi decimoctavo cumpleaños. Él había corrido hasta mi casa.

—Estoy sudando —se había alejado después de besarme.

—No me importa. Me gustas así.

Me había agarrado a la espalda sudorosa de Adrian mientras metía su lengua en mi boca, deseándome un feliz cumpleaños.

Me encantaba su olor. Lo amaba.

Salté mientras Jeremy dejaba caer un martillo en su caja de herramientas.

—Esta ventana ya está lista. ¿Todavía quieres que se cambien las cerraduras?

Adrian sacudió la cabeza.

—Creo que estamos bien con las cerraduras. El robo fue un malentendido.

—Okie dokie.

Mientras le pagaba a Jeremy, usaba ese tiempo para examinar el reluciente vidrio nuevo de la ventana de mi cocina. Un brillante recordatorio de por qué nunca funcionarían las cosas con Adrian, ni siquiera como una aventura casual.

Lo amaba demasiado como para tratar esto como un coqueteo y salir por el otro lado ileso.

Yo quería al hombre, todo de él. Deseaba una vida y una familia a su lado.

Abrí la puerta trasera y entré.

—¿Quieres un café?

—¿Helado?

—Seguro.

Mantuve mi mirada desviada de él mientras sacaba el café instantáneo del armario. Mi mente estaba confundida.

Mis manos temblaban. No quería que hiciera preguntas. Cómo podría explicarle que me aterrorizaba estar a solas con él porque no confiaba en mí misma.

Ser parte de su vida vendría con muchas intrusiones. Añadiendo a eso el riesgo de abandono.

Estaba invitando a una catástrofe emocional a entrar por la puerta principal.

Jade no merecía una vida de escrutinio. Había visto cómo la prensa atacaba y escudriñaba a los hijos de los famosos. No quería esa invasión en mi intimidad, ni en la de ella.

Con manos temblorosas, vertí el café en vasos altos llenos de hielo ambos eran iguales.

Uno tenía una L y el otro una A.

Se rio cuando le entregué el que tenía la A impresa.

—Yo quería el otro —bromeó.

Forcé una sonrisa y esperé a Dios que pareciera sincera. Necesitaba algo de tiempo para resolver el dilema en mi cabeza. Era un desastre, cuanto más me quedaba a solas con él, más lo quería. Debía mantenerme lo más lejos posible del cuerpo sexy de Adrian, necesitaba concentrarme en encontrar una solución a mi confusión mental.

—Rayos, olvidé las pajillas —salí disparada de mi asiento, pero él se me adelantó.

—Yo las traeré. Sólo dime dónde están.

Me quedé en el lugar porque la única razón por la que entré en pánico por las pajillas era porque necesitaba cierta distancia física. El aire entre nosotros estaba cargado.

—Aquí no —dijo mientras revisaba el estante que le había señalado.

—A la izquierda. Pon la mano detrás del cereal. Olvídalo, yo las buscaré.

Desorientado, me apresuré y metí la mano en el estante. Se giró hacia mí y me di cuenta mi cuerpo estaba presionado a sus abdominales duros como una roca.

Recuperé el aliento cuando sus ojos se acercaron a mis labios.

Sucedió tan rápido que para cuando salí del delirio, mis labios estaban en los suyos. Los probé, gimiendo en su boca. Sostuve su mandíbula rasposa entre ambas manos y lo inmovilicé con ganas de más.

Mi lengua se deslizó a lo largo de su labio superior suavemente mientras sus dientes atrapaban la parte inferior de mi boca. Sabía a café amargo, su olor era una mezcla entre colonia y sudor y sus hombros se sentían enormes y fuerte al tacto.

—Liv —un silbido se coló en mi boca abierta.

Sus fuertes manos me agarraron la espalda y los dedos cavaron en mi columna vertebral mientras aplastaba mi cuerpo flexible contra el suyo. Sentía cada uno de sus músculos. Percibía su fuerte erección presionando mi ombligo. Sus caderas se empujaban ligeramente hacia adelante, y ese sucio recuerdo de lo que quería hacerme me torturaba.

Fue mi gemido el que me sacó de mi capullo loco de placer eufórico.

Me retiré y rompí el beso. Pero era prisionera en su fuerte abrazo, y todo lo que podía hacer era liberar mi boca. Mis codos que ahora descansaban en sus hombros se deslizaron hacia abajo para apoyar mis manos en su pecho mientras intentaba salir.

Nuestros ojos se sostuvieron, y me detuve. Yo estaba descontrolada y dolorosamente consciente de la lujuria que ardía en su cara. No quería dejarlo ir, quería tenerlo aquí mismo. Deseaba mi boca en la suya, y mi estómago contra su pene. Claro, la implacable dureza de su

miembro era algo a tener en cuenta, pero obviamente no lo era todo.

Me retorcí de nuevo, entrando en pánico por el frenesí de mi propia necesidad. Me liberó tan abruptamente que tropecé.

No tuve que quedarme parada torpemente tratando de explicarle por qué me había lanzado a él de nuevo.

No se quedó. Tenía la mandíbula tensa y una expresión ilegible en su cara. Se fue dejando puerta mosquitera girando al salir.

Me odiaba a mí misma y me sorprendería si él no lo hiciera también.

Me agarré al mostrador de la cocina y lo miré por la ventana. Me zumbaban los oídos. Apreté mis muslos para alejar esa furiosa necesidad de mí misma.

*¿Por qué no podía quitarle las manos de encima?*

# Capítulo Catorce

## Adrian

No podía creer que las elecciones de mi vida me hubieran llevado a esto. Estar de pie bajo la ducha con mi pene completamente erecto. Una que dejaba caer apenas gotas de agua fría sobre mis hombros. Moví el cabezal de la ducha, y logré que saliera un chorro.

Mi gemido frustrado resonó en el baño. Me miré la erección que tenía entre las manos. Yo deseaba desesperadamente sacar toda la lujuria malcriada y enojada fuera de mí. Hacía tanto tiempo que no me masturbaba.

Mi vida en Seattle estaba llena de mujeres que estaban siempre disponibles para una cogida. No podría caminar por el vestíbulo de un hotel sin las llaves de la habitación en mis manos. Llevaba una chica a casa después de cada evento al que asistía. Como mis apariciones sociales eran frecuentes, también lo eran las oportunidades de tener sexo.

El inconveniente de tener tantas mujeres disponibles en todo momento era que ahora me sentía incómodo incluso considerando la posibilidad de masturbarme. Como si estuviera mal, casi como si me avergonzara hacer lo que había hecho incontables veces en mi adolescencia.

—Tal vez sea hora de empezar de nuevo —dije en voz alta, a nadie en particular, pero mirándome el pene como si fuera una persona que no me agradara.

—¿Adrian?

Sacudí mi cabeza hacia el sonido.

*¿Estaba escuchando cosas? ¿Estaba perdiendo la maldita cabeza?*

Cerré la ducha. No puede ser que Liv me haya jodido la cabeza.

No podía creer que fuera detrás de mí después de lo que acaba de pasar en su cocina, esperaba que siguiera una orden de restricción. Recordar que de repente recuperó sus sentidos y me empujó fuera de ella era suficiente para querer que me tragara la tierra.

*Eso nunca lo había hecho.*

Mis oídos estaban sintonizados con cada sonido. No la escuché diciendo mi nombre pero escuché pájaros afuera, un auto tocando la bocina en alguna parte, pensé que incluso podía oír el crujido de la electricidad que fluía por los cables.

Sin embargo, no había pasos. Probablemente me había equivocado.

Me quedé desnudo, mojado, con el pene duro.

¡Demonios! Me estaba volviendo loco. Me pasé una mano húmeda por la frente, llevando mi cabello hacia atrás. Aún podía sentir el sabor de sus labios, su olor se había incrustado en mi piel. Ashland me estaba dando problemas de salud mental.

Me asomé al pasillo.

Regresaba al baño, sacudiendo la cabeza al mismo tiempo cuando un crujido de las bisagras de la puerta me hizo dar vueltas.

Ví la expresión de puro horror en la cara de Liv antes de oírla gritar.

—¡Mierda! —se giró para mirar hacia el otro lado, agarrando el marco de la puerta.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —como ya me había dado la espalda, pude tomar mi miembro duro entre las palmas de las manos para cubrirlo.

*No es que estuviera interesada en mirarlo de todas formas, o a mí.*

Yo era el que anhelaba su dulce cuerpo y quería enterrarme dentro de ella.

Sonaba sin aliento.

—¿Por qué estás parado aquí?

—Disculpa si quería tomar una ducha. Yo vivo aquí. ¿Querías algo?

—Te estaba buscando.

Levanté mis hombros en una molestia frustrada.

—Parece que has encontrado más de mí de lo que esperabas.

—Lo siento mucho. No creí que te irías de mi casa hace un segundo. ¿Por qué estás en la ducha? Oh, espera, no lo hagas, no respondas a eso.

Claramente, había conectado los puntos. Si fuera capaz de avergonzarme, me sonrojaría al ser atrapado en el acto de tratar de consolar mi pene.

—¿Qué es lo que quieres?

—Creo que deberíamos hablar. Más tarde, por supuesto.

Esperé a que saliera. Pero no, ella se quedó.

—Creo que ahora está bien lo peor que podría pasar ya pasó.

Un largo silencio invadió el ambiente.

—Hay cosas peores que podrían pasar. No es algo que no haya visto antes.

—¿Se supone que eso me haría sentir mejor?

—¡Oh Dios! No sé lo que estoy diciendo. Estoy extremadamente consciente del hecho de que estás parado desnudo detrás de mí y no puedo pensar con claridad.

Puse los ojos en blanco y me acerqué a la parte de atrás de su bonita cabeza.

—Sin embargo, todavía estás de pie aquí —siseé a través de los dientes apretados. Mi piel ardía con la cercanía de la única persona que había sido la causa de mi rígida erección. Me dolían las pelotas, se sentían pesadas e incómodas. Mi mandíbula estaba apretada mientras esperaba que ella saliera de allí y acabara con mi miseria—. La última cosa que quiero ahora mismo es tenerte aquí en mi casa —la amargura de mi voz me sorprendió.

El hecho de que pudiera excitarme con una sonrisa no me sentó bien. No estaba realmente casada con Brodey, y esas eran grandes noticias, fantásticas de hecho, pero seguía estando fuera de los límites.

*Liv no me quería. ¿O lo hacía? No entendía sus juegos.*

*Si no me quería, ¿qué demonios había sido ese beso?*

*Liv te quiere. Pero no quiere quererte.*

Eso me frustró más.

—Bien, me voy. Sólo quería decir que lo siento —sus palabras se desbordaron—. No sé qué me pasa. No quiero que creas que estoy bromeando. No sé lo que estoy haciendo, desde que llegaste he perdido completamente mi capacidad de racionalizar y hacer lo correcto.

*¿Estaba diciendo lo que yo creía?*

—No te estoy entendiendo.

—Siento que podrías estar pensando que estoy jugando contigo por besarte y todo eso.

—Dice la mujer que acaba de entrar en mi baño mientras estoy en medio de una ducha fría para bajar mi erección de una vez y ahora no se va a ir. En vez de eso, está empeñada en tener una detallada y absurda conversación sobre la misma maldita cosa que me trajo aquí en primer lugar. Me siento como un adolescente al tratar de enfriarme con un chorro de agua.

Se puso rígida. Pero aun así se quedó.

—Estoy molesta conmigo misma, y siento que realmente necesitamos hablar.

Sentí que mi cabeza iba a explotar.

Giró ligeramente hacia un lado pero aun así no me miró.

—Creo que la comunicación es el principal problema que tenemos —dijo.

—¡Oh, por Dios! —no podía creerlo—. No puedo hablar ahora mismo. No quiero hacerlo.

—Comunicación, juegos, bromas. No puedo hacer esto ahora mismo. ¿Sabes por qué?

Silencio. Pero su mano tomó el borde de la puerta del baño para cerrarla. Supuse que se estaba preparando para huir.

—Mira a tu alrededor. Esta no es una maldita oficina de terapeutas. Este es el baño de mi padre y déjame decirte otra razón por la que no puedo concentrarme en una conversación sana ahora mismo.

La escuché respirar profundamente.

—Mi mayor problema ahora mismo es que estoy muy caliente. Ni siquiera recuerdo la última vez que sentí que explotaría por querer las piernas de una mujer en particular envueltas en mi cintura. Estoy enojado conmigo mismo por quererte de esa manera y claro que me gustaría tener una conversación, pero sólo para discutir el hecho de que nunca vamos a tener sexo, no importa cuánto te desee. ¡Pero perdóname por no poder hacer eso cuando mi pene está tan duro como una roca, apuntando a hacia tu trasero!

# Capítulo Quince

## Liv

Al darme cuenta ya tenía su miembro erecto entre mis manos. Miré hacia arriba y la lujuria ardía en sus ojos color miel.

Intenté decir algo pero me quejé. Su boca cubrió la mía en un beso tan profundo que robó el aire.

Ya no había tiempo para las palabras, pensamientos o cordura.

Apreté la raíz de su pene suavemente, disfrutando la reacción de su cuerpo. Me besaba desesperadamente mientras mordía mi labio inferior. Cubrió mi boca por completo y sus manos recorrían mi columna vertebral.

Mi mente se apagó. Estaba debajo de la ducha ahora y mi ropa se empapaba lentamente.

La camiseta blanca que llevaba puesta se pegaba a mí mientras sus manos apretaban los lados de mi cintura antes de viajar hacia arriba.

Las yemas de sus dedos se clavaron en mis pechos mientras los apretaba con fuerza.

Mi gemido fue amortiguado por su boca codiciosa. Sus labios se deslizaron sobre los míos con urgencia, como si quisiera devorarme de una sola vez.

De un empujón, me tiró contra la pared de azulejos del baño. Su boca se liberó de la mía y el gemido de protesta que oí en el baño se había escapado de mí.

Sólo pude mirar su cara brevemente antes de que sus manos estuvieran en mi cintura y sus dedos se movieran rápidos en la tela húmeda de mi falda.

Tiró de ella bruscamente y volvió a besarme. Su áspera barbilla lastimaba mi cara, sentía como mi piel se quemaba al contacto y lo disfruté. Había soñado con esto miles de veces. Su lengua se deslizó sobre mi labio superior, aliviando el escozor que sus afilados dientes dejaron a su paso. Me agarré a sus bíceps para mantener el equilibrio.

Todo sucedió demasiado rápido. Era una bola de emoción y lujuria. Lo único que sentía era la ardiente necesidad de tenerlo dentro de mí, su miembro empujaba entre mis piernas, haciendo espacio, estirándome para encajar en su eje.

El sonido de nuestra respiración apresurada y el agua salpicando en el suelo de baldosas, me hizo caer en una espiral de euforia. Su fuerte mano se deslizó por la carne desnuda de mi muslo, y cuatro dedos se engancharon en mis bragas de encaje negro. El chasquido que oí me hizo dar una sacudida, Rompió la parte de arriba dejándola caer en mis tobillos.

—¡Adrian!

Rompí el beso, y mi cabeza cayó hacia atrás mientras sus dedos se empujaban entre mis piernas, encontrando mi centro. Mis rodillas se doblaron, pero su brazo libre se enrolló alrededor de la cintura, sosteniéndome contra la pared. Dos dedos se deslizaron dentro de mí, buscando cada pliegue y nudo oculto.

—¡Maldita sea! —las primeras palabras que salieron de su boca fueron un doloroso silbido—. Te deseo, quiero estar dentro de ti —me besó otra vez—. ¿Sientes lo mojada que estás por mí?

—Sí... —jadeé. Mis uñas se clavaron en sus hombros y miré su cara mientras nuestras bocas estaban a una pulgada de distancia—. Oh sí.

Temblé cuando un largo dedo se deslizó dentro de mí. Rozaba un punto exacto que hacía que una sacudida recorriera todo mi cuerpo. El índice de Adrian fue implacable. Su yema tocaba con fuerza todo mi interior

—¡Por fin!

Mis manos se aferraron fuertemente a su cabello. Agarré las gruesas hebras a puñados, tirando de su boca a la mía mientras me pegaba contra la pared. Me metía el dedo rápidamente como un adelanto de lo que estaba por venir. Mis entrañas se sacudieron en el orgasmo.

Mi piel estaba erizada por completo. Abrí los ojos sin dejar de temblar cayendo por el acantilado del orgasmo eufórico. Envolví mis brazos alrededor de sus enormes hombros mientras él se enrollaba alrededor de mi cintura. Mis pies se levantaron del suelo.

Miré al alrededor y me di cuenta de que estábamos en el dormitorio, me había llevado sin esfuerzo. Su tenso agarre me hizo sentir pequeña, deseada y desesperadamente anhelada. Este hombre sensacional no podía esperar para cogerme, me sostuvo como si fuera una carga preciosa y cuando mis pies tocaron la alfombra, sus manos se deslizaron sobre mi trasero, subiendo a mi columna para finalizar a los lados de mis pechos.

Mis entrañas se estremecían mientras esperaban con impaciencia que me penetrara.

Me tomó por los hombros, y deslizó sus ásperas manos sobre mis omóplatos hasta mis pechos, para agarrar el dobladillo de mi camiseta.

Me la quitó por encima de la cabeza, tirando la ropa mojada.

Me quedé allí, con una suave sonrisa en la que apenas movía las comisuras de mis labios. Esto fue todo. Silencié la frenética voz en mi cabeza preguntándome qué demonios estaba haciendo.

—Te quiero.

Mis palabras me sorprendieron. Sus ojos ardían, y había apretado su mandíbula.

Mis ojos se deslizaban sobre sus enormes hombros desnudos. No dejaba de admirar sus pectorales duros donde se veían sus pezones marrones planos, y más abajo sus abdominales duros como una roca.

Una V dura, esculpida de músculo me llevaba a su pene, venoso y erecto. Lo alcancé mientras me desabrochaba el sostén.

Mis senos se liberaron delante de él.

Sus manos se enredaron en mi cabello mojado mientras me bajaba a la cama. Me aplastó con su cuerpo, sacando el aire de mis pulmones, lo disfruté, No quería respirar si eso significaba dejar ir a este hombre.

Lo amaba como nunca antes lo había hecho. No podía imaginarme experimentar esta mezcla fundida de necesidad sexual y emociones con algún otro hombre en este planeta.

Llámenme estúpida, tal vez sí lo fuera. Quizás una idiota por sentirme como lo hice por Adrian. Después de todo lo que hizo, de lo que sabía que era capaz de hacer.

Estaba enganchada a él y no iba a ser yo nuevamente hasta que no lo tuviera dentro de mí.

Me separó las piernas con su rodilla. Coloqué mi pantorrilla derecha en la parte alta de su trasero y me apreté contra él. Su eje se sentía como una roca entre mis piernas, sentía la fuerza de sus venas rozando las paredes internas de mi vagina.

Mi oído estaba caliente y húmedo por su aliento. Sus dientes me mordisqueaban el lóbulo de la oreja mientras parecía relajarse.

El rápido y duro apuro de querer reclamarme se estaba ralentizando.

Deslizó su mano por todo mi cuerpo hasta llegar a mis pechos. Atrapó mis pezones entre sus dedos y los apretó, torciendo la punta que estaba sensible. Le arañé la espalda para mantenerlo donde estaba.

Las sábanas estaban empapadas debajo de nosotros. Sentía sus dientes afilados bajando por mi clavícula hasta el lado de mi pecho que estimuló con sus suaves mordiscos. Era mi perdición. Cerré los ojos, y su cálida y húmeda boca se cerró alrededor de mi pezón.

Agarré el duro e inquebrantable músculo de su cadera, me detuve y mis ojos se abrieron de par en par.

—Protección.

Sin perder el ritmo, se acercó a mí y alcanzó la cartera de la mesa de noche. Sin aliento, lo vi desarmarla por completo dejando caer con cierta frustración algunos billetes y tarjetas en la cama antes de finalmente encontrar el condón.

Una risita aliviada se me escapó mientras rompía el sello con sus dientes y deslizaba sin

esfuerzo el preservativo sobre su grueso miembro con una mano.

—Métete dentro de mí. Te quiero a ti.

Se acercó metiéndose entre nuestros cuerpos para agarrar la base de su pene. La cabeza posicionada en mi vagina penetrándome con un rápido movimiento.

—¡Oh! —era demasiado. La lengua caliente alrededor de mi pezón tenso, su pene duro como una roca que me abría para acomodarse dentro de mí y sus manos en mis hombros que se apretaban al ritmo de sus caderas. Me estaba volviendo loca.

Su boca se deslizó a lo largo de mi pezón, alargándolo y mordisqueándolo deliciosamente.

Su cara reflejaba pasión, apenas lo reconocía. La tomé entre mis manos y le bajé la boca hasta la mía mientras me penetraba.

Lo hacía despacio. Este no era el Adrian que yo recordaba. El antiguo se habría precipitado y puesto frenético al tomarme. Este se estaba tomando su tiempo. Como si quisiera saborear cada lamida de mi piel, y cada pulgada de fricción en su pene.

No estaba segura de qué versión de Adrian prefería.

Se estremeció dentro de mí. Tenía mis talones apoyados en su cadera, cada vez que se abalanzaba los clavaba fuertemente. Me hizo gemir en su boca.

—Liv —siseó—, mierda, no puedo creer que esté dentro de ti otra vez.

—Es donde deberías haber estado siempre. Perteneces aquí.

Mis palabras me sorprendieron. Pero estaba envuelta en placer y no quería pensar al respecto.

Sentía como la cabeza de su pene trabaja y salía de mí. La base rozaba mi clítoris hinchado haciéndome gemir de placer.

Agarré su cabello con fuerza apretando su boca a la mía. Mi cuerpo anhelaba más así que levanté mis caderas para enfrentarme a sus empujones a mitad de camino. Un sonido que se dividía entre gemido y risa brotó de sus labios.

Rompió el beso y fijó sus ojos en los míos antes de penetrarme con fuerza con su gruñido resonando en la habitación. Mi espalda se arqueó, y un grito salió desde lo profundo de mi pecho.

Empujó con suficiente fuerza para llevarme más alto en el colchón con cada arremetida. Murmuró mi nombre una y otra vez., como si estuviera tan abrumado por esta tortuosa e insaciable lujuria como yo.

Mi cuerpo tembló en su carrera hacia el orgasmo, y mis dedos se retorcieron en su cabello.

—Voy a correrme —las palabras se liberaron de mí en un suspiro. Mi boca estaba seca. Yo

estaba allí, la electricidad que corría por mi cuerpo se acumulaba en las partes más sensibles mientras sentía un nudo profundo en mi ombligo. Me tiré debajo de él mientras me sacudía.

Su boca reclamó la mía. Un duro gemido en forma de gruñido animalista resonó en la habitación al mismo tiempo que la lujuria salía a chorros de su pene.

Me quedé temblando debajo de él y mientras miraba los bordes ásperos de su apariencia, pensé que podría sollozar ante la idea de tenerlo solo para mí. Me encantaba la forma en que sus hombros se abultan, sus bíceps tensos e hinchados y las venas de sus brazos se convertían en una hermosa enredadera.

Se esforzó por no aplastarme con su peso. Pero no fue sólo su cuerpo el que dio evidencia de su saciedad sexual.

Una vena en diagonal palpitaba en su frente, un músculo se movió espasmódicamente en su mandíbula, y cuando abrió los ojos, estaban oscuros.

Lentamente, sacó su miembro de mí y aún con más calma, lo enterró de nuevo.

—Mierda —mis ojos se pusieron en blanco en la mientras disfrutaba de la sorpresa. Se me escapó una risa y me mordí el labio para detenerla. Estaba perdida en el oro tumultuoso de sus ojos.

Parecía dolorido, confundido y yo sabía exactamente por qué se sentía de esa manera. No era donde esperaba terminar cuando llegó a este “agujero de mierda”. Pero también podría asegurar que no quería estar en ningún otro sitio que no fuera en lo más profundo de mí ser.

Acaricié los rasgos endurecidos de la cara de Adrian. Su mandíbula estaba tensa, y yo intentaba devolverle la suavidad a su hermoso rostro.

Continuó dentro de mí suavemente y cuando sacó su pene, me quejé en señal de protesta.

La oscuridad nubló sus ojos. No sé qué pasó, pero me entré en pánico. No estaba lista para dejarlo ir. La conexión íntima se había ido. Mis brazos rodeaban sus hombros para mantenerlo justo donde estaba.

No quería que el momento terminara.

Puede que estuviera confundida, que estuviera loca, pero me sentía desesperada por aguantar este momento un poco más.

Adrian era mi indulgencia, era un error que podía seguir cometiendo una y otra vez felizmente. No importa cuánto sufriera después. No importa cuánto dolor me tocara superar.

Lo tenía y no quería dejarlo ir.

*Te quiero.*

Me puse rígida, preguntándome si había dicho las palabras en voz alta. Agradecí a los dioses

cuando deduje que probablemente no fue así, de haberlo hecho ya no estaría aquí. No importaría que esta fuera su casa, habría huido más rápido que Bolt.

Pero a pesar de mi obstinado infantilismo al querer quedármelo, se apartó y se acostó a un lado.

Cerré los ojos mientras unas lágrimas calientes e inútiles salían sin freno de mis párpados. No hubo un final feliz para esta estupidez. Esto entre Adrian y yo no podía pasar. Las probabilidades estaban en nuestra contra.

Mis ojos se abrieron cuando sentí sus dedos apretarse en mi antebrazo. Me acercó a él quedando mi espalda contra su pecho. Acarició mi cuerpo desnudo, y sus labios presionaron mi cabello inhalando profundamente.

Tenía miedo de hablar, no quería siquiera moverme.

—¿Qué demonios estamos haciendo? —me silbó en el cabello.

Me sentí aliviada. Sus palabras hicieron que la tensión se evaporara de mi entrepierna.

—No pensemos en ello.

—Es una buena idea.

Me mordí el interior del labio y me agarré al brazo que estaba envuelto alrededor de mi pecho casi ferozmente, de forma posesiva.

Nuestras respiraciones aún agitadas resonaban en la habitación. Estaba consciente de su fuerte cuerpo detrás del mío, su pene semi duro y todavía húmedo, presionada contra mi cadera.

Quería tenerlo dentro de mí, no podía dejar de desearlo, siempre lo hice.

Se movió, y le clavé las yemas de los dedos en el antebrazo para intentar mantenerlo allí. Se sentía bien estar en sus brazos.

Me sentía segura y lo odié incluso mientras me deleitaba con él.

Era una mujer fuerte e independiente, y había descubierto una forma de vivir la vida sin este hombre. Claro, lo amaba como a nadie, aunque odiaba admitirlo, me gustaba sentirme vulnerable y pequeña a su lado. Como si no tuviera que preocuparme por el mundo o por la mierda que hay en él.

Él estaba aquí y no tenía que importarme nada porque me cubría las espaldas.

Mi sueño se interrumpió cuando su mano libre pasó por la parte baja de mi cintura, tocando mi cadera y alojándose en mi muslo.

Sus palabras se sintieron calientes contra el lóbulo de mi oreja.

—Te quiero.

La admisión me calentó. Cerré los ojos mientras su aliento agitaba el cabello de mi sien. Mordiéndome el labio, me di vuelta. Iba a tomar lo que quería, tenía un bufé a mi disposición, y esta torpeza sólo me perjudicaba a mí, sus ojos se abrieron de par en par cuando me liberé y puse las manos sobre su pecho.

Lo empujé dejándolo boca arriba en la cama. Con delicadeza me senté sobre sus caderas y empecé a rozar mi ya pulsante clítoris contra el fino pelo que bajaba hasta su pene. Con una lentitud infinita, dejé que las palmas de mis manos pasaran por sus pectorales, sus costillas, y luego me incliné, presionando los labios contra su pezón plano y marrón. Sabía a un poco a sudor cuando pasé la lengua por encima.

Su respiración indolente era fuerte. Deslicé mis caderas más abajo, colocándome sobre su miembro. Estaba duro como una roca otra vez... no había tomado mucho tiempo. Dejé que su pene se pusiera completamente erecto mientras deslizaba mi vagina sobre la raíz de su eje. Tenía esa implacable rigidez rozando mi clítoris como yo quería, me balanceaba sobre él.

Mis ojos se cerraron brevemente, pero su cara era demasiado caliente para no mirarla.

—No digas nada.

—Bien —su respuesta fue un simple susurro.

Sosteniendo su mirada, bajé, arrodillándome entre sus piernas.

—¡Oh, mierda! —su gruñido resonó a través de la pequeña habitación.

Bajé la cabeza. Mis labios besaron la cabeza de su eje. Sus dedos se engancharon en mi cabello. Cerré los ojos, dejando que me mirara.

Su pene se deslizó dentro de mi boca, esperando que el sabor salado y familiar de su precum me cubriera la lengua.

Mientras la cabeza de su glande golpeaba la parte de atrás de mi garganta, apreté fuertemente la raíz gruesa para exprimir todo su semen.

*Deja de mentirte.*

Estaba fingiendo que este era mi viejo Adrian, en el que confiaba, el que no me había decepcionado o abandonado.

Y me pareció bien, solo por unas horas quería convivir con esta mentira.

Lo deseaba demasiado para recuperar mi cordura de entre los muertos. No quería que me la devolvieran, al menos no de inmediato.

## Capítulo Dieciséis

## Adrian

Buffalo Grill era un café en la azotea a pocas cuadras de la pastelería de Liv, le eché un vistazo a mi reloj por décima vez. Eran las seis y cuarto. No podía esperar a verla.

Era conocido por ser puntual hasta el punto de ser irritante y esperar que todos se adhirieran a mis altos estándares. Ella llegaba tarde, y yo no estaba para nada molesto, sólo quería que lo hiciera.

Estaba desesperado por verla, por llevarla a tomar unas copas más tarde. Luego que se fuera a casa conmigo o que me llevara a la suya.

No la había visto desde anoche cuando, mientras teníamos sexo, escuché su suave voz quebrarse.

Desde el momento en que me desperté esta mañana, miré el reloj como un halcón. Esperando a las seis de la tarde, para volver a verla.

—Hola.

La miré, y sentí que había sido tan feliz en mucho tiempo.

Ella también sonrió, pero no se iluminó su mirada al hacerlo. Instantáneamente temí lo que se avecinaba. Toda la felicidad se drenó fuera de mí.

—¿Qué pasa?

—Nada, sólo estoy cansada.

Eso me recordó la larga noche que pasamos, se me escapó una risita y me miró con desprecio.

Ella no correspondía todo mi entusiasmo y excitación, no merecía un trato especial por parte de ella, lo sabía, pero me molestaba que ella estuviera en ese estado de ánimo. Después de lo que pasó, supuse que las cosas cambiarían para mejor. Finalmente seríamos capaces de relajarnos y ser felices.

En lugar de preguntarle a quemarropa, decidí que la sutileza y el humor eran la mejor manera de hacerlo. Conociéndola, sabía que respondía mejor al humor que a las preguntas, a las que solía llamar “interrogatorios”.

—Para que lo sepas —dije tan casualmente como pude, mientras le hacía señas al camarero para que tomara nuestro pedido— me desperté esta mañana sintiéndome como una puta usada.

Se atragantó con una risa.

—Te fuiste en medio de la noche, mientras yo dormía —su sonrisa vaciló.

—Tenía que ir a casa.

Se me ponía la piel de gallina al tratar de entender sus estados de ánimo.

—Pero Jade se quedó a dormir en casa de una amiga, ¿no?

—Sí. Sólo necesitaba algo de espacio.

Demonios, eso no lo esperaba. Se había arrepentido de haber dormido conmigo. ¿Cómo saldría de esto ahora? No existía algún modo de que pudiera abordar esto con humor. Me estaba volviendo loco. Pensé que habíamos roto muchos muros entre nosotros anoche pero aparentemente, los había reconstruido en las pocas horas que estuvo lejos de mí.

*Tal vez si sigo bromeando sobre ello, se relajaría lo suficiente para hablar de ello un poco más.*

—No sabía que amanecer solo en la cama, desnudo y completamente drenado, me haría sentir este aplastamiento del alma. Ojalá me hubieras despertado. ¿Un beso de despedida, tal vez?

Sus ojos se encontraron con los míos. No lograba, juro por mi vida, entender sus sentimientos. Estos nuevos muros que ella había construido parecían más fortificados que los viejos que había derribado.

—Fue un error.

Sentí como si mi corazón golpeará mis costillas y me dolió un poco. No moví la cabeza ni siquiera mientras intentaba darle sentido a lo que estaba haciendo.

—No, no lo creo. No para mí.

—Sí, lo piensas —me cortó, pero estaba evitando mi mirada y cada palabra que decía parecía una farsa.

*Chica testaruda.*

—Fue estúpido e irracional, y no hay forma de que esto pueda funcionar. ¿Verdad? —continuó.

Me estaba desafiando a decir que no. Incluso yo sabía que era una pelea que no valía la pena. Acepté incluso sin que ella me empujara, Era muy poco probable que pudiéramos hacer que esto funcionara, había demasiados obstáculos en el camino para llegar a ser una pareja real. Nuestras vidas iban por caminos diferentes, y ella lo sabía tan bien como yo.

Ya no estaba en edad para querer lidiar con una relación a distancia y Liv era lo suficientemente inteligente para sentir lo mismo.

—Seamos prácticos.

Me burlé, doblando la servilleta en la mesa porque no había nada más que hacer.

—¿Tenemos que serlo?

Ella se rio, pero sonó hueco.

—Me querías, claramente yo también. Teníamos una cosa eléctrica que nos decía que nos desnudáramos y ¡Boom! Lo hicimos, además estuvo bueno.

Mi mirada se fijó en su cara.

—Fue jodidamente increíble —ya había terminado con su monólogo. Empezaba a sonar como un discurso practicado sin ningún sentimiento. Ni siquiera tenía la paciencia para escucharlo.

—Así que... —se detuvo, respirando dramáticamente profundo como para volver a su practicado discurso—, está fuera de mi sistema y del tuyo también.

—¿Puedes hacerme un favor? —me quebré—. No hables por mí, puedo hacerlo por mi cuenta.

—Bien.

—Y para asegurarme de que realmente entiendas lo que trato de decir. No, eso no es lo que pienso —me odiaba a mí mismo.

Parecía un pajarito herido. La inocencia y confusión en su rostro tocaron las fibras de mi corazón. Quise abrazarla pero decidí que era mejor mantener mis manos lejos de ella a toda costa. Estaba haciendo un gran esfuerzo para asegurarme de no tocarla de nuevo. Nunca.

—¿No es lo que piensas de qué?

—No, no está fuera de mi sistema. Nunca voy a dejar de quererte. ¡Estoy atascado con esto de por vida! —me di cuenta tarde de que nuestro camarero estaba a un metro de distancia. Probablemente lo había oído todo pero estaba demasiado metido en mi respuesta para echarme atrás ahora.

Me acerqué a Liv, y aunque bajé la voz, el camarero probablemente todavía podía oír. No me importaba.

—Todavía te quiero. Te querido desde siempre. Sólo puedo pensar en enterrarme dentro de ti y olvidarme de todo lo que está mal en mi vida, y ayudarte a olvidar todo lo que se ha estropeado en la tuya. ¿Me entiendes?

Me incliné hacia atrás en mi silla. Había perdido la compostura. Se estaba poniendo.

—Incluso, te deseo ahora mismo. Aunque probablemente tengas razón, y no podamos estar juntos. Pero, ¿para qué decir que lo saqué de mi sistema? ¡No! Eso no puede suceder. Siempre te querré y es algo con lo que tengo que vivir.

La inmovilicé con mi mirada y obtuve un gran consuelo cuando se quedó allí, nerviosa. El camarero se adelantó de mala gana y fingió no haber oído toda la apasionada conversación. Muy profesional. Se merecía una generosa propina.

Sus dedos temblaban mientras sostenía el menú devolviéndoselo luego al camarero. Esperó a que yo ordenara, ni si quiera lo miré al pedir mi orden, no podía quitarle los ojos de encima a Liv.

La recordaba riéndose conmigo en sus escalones traseros, empujándome cuando sucumbió al deseo y besándome en su cocina mientras buscaba una pajilla.

También sosteniendo mi mirada cuando dormí en el suelo del dormitorio de Jade.

Y claro, montada sobre mí.

La cabeza echada hacia atrás y su cabello castaño rojizo hecho un desastre debido al agua de la ducha. Sentía como se excitaba conmigo. Tomaba lo que deseaba y de la manera en que quería. Yo fui el afortunado bastardo que la miró, que sintió como su vagina rodeaba mi pene. Me encantó cada segundo, claramente, ella también lo disfrutó.

*¿Fuera de su sistema?*

*Mentira.*

No se cansaba de mí. Al igual que yo no lo hacía de ella. Siempre había existido este intenso fuego lleno de lujuria entre nosotros. Sé que estaba tratando de luchar contra la loca atracción que aún sentía por mí y era totalmente comprensible.

*¿Quién dijo que tenía que permitir que su negación se afirmara?*

—Tomaré lo que me recomiende el chef—dije.

El camarero asintió con la cabeza y no pudo dejar nuestra mesa lo suficientemente rápido.

Liv trató de sonreír, pero el movimiento parecía roto y sin vida.

—¿Cuáles son tus planes? ¿Cuándo vas a volver a Seattle?

—No en este momento.

Suspiró, poniéndose el cabello detrás de las orejas.

—No hay razón para enojarse por lo que dije.

—No estoy enfadado.

—Me parece que estás muy enojado—dijo ella

—Es sólo que no me gusta cuando me presionas.

Se burló, sus ojos brillaban cuando se inclinó sobre la mesa.

—¿Alguna vez alguien ha sido capaz de presionas? —sus mirada se deslizó admirando mis hombros y mi pecho.

—Lo has hecho siempre.

—Estás haciendo esto más difícil de lo que tiene que ser, somos adultos.

—Por eso debemos ser honestos sobre lo que pasó entre nosotros. No fue un maldito error. Nos queríamos y todavía nos queremos.

—¿Tenemos que seguir discutiéndolo?

Sacudí la cabeza.

—Lo siento... No mentira no lo hago. No creo en meter la cabeza en la arena.

—¿Qué sentido tiene? ¿Qué quieres que te diga? ¿Que deberíamos seguir cogiendo hasta que te vayas a Seattle? ¿Ahora somos amigos con beneficios?

Ella tenía razón. Consideré una forma de hacer que funcionara sin que sonara como un arreglo basado en el sexo.

No había manera. Coger mientras éramos amigos era lo único que podía funcionar en nuestras circunstancias.

Liv tenía su vida aquí con Jade y yo en Seattle, solo. Nuestros mundos no podrían coexistir más tiempo. De lo único que estaba seguro era que quería besar desesperadamente sus labios rosados, pero no lo hice, no tenía nada que ofrecerle excepto esta retorcida relación de amigos con beneficios.

Durante más de una década, había vivido mi vida en mis propios términos. Sin ataduras, sin relaciones, sin dependencias. Tal vez me convertí en una persona tan inflexible que no podía soportar que cambiara en absoluto.

Quería volver a Seattle. Se merecía algo mejor, no podía quedarme aquí y empezar una nueva vida desde cero y estoy seguro de que Liv se no se iba a desarraigar por mí, de todos modos no lo quería. Estaba acostumbrada a su familia de dos y no pretendía aceptar a nadie más, no había espacio para mí en su vida. Y no estaba seguro de estar listo para la batalla cuesta arriba para hacer cambiar eso.

—¿Es por esto que me pediste que nos viéramos aquí?

—Quería terminar la conversación que dejamos pendiente —dijo mirando la mesa.

—Considérala terminada.

—¿Dios! ¿Por qué tiene que ser tan complicado? No volverá a suceder.

—Hicimos el amor —intervine, viéndola palidecer y amando cada momento de ello.

—Y no volverá a suceder.

—Bien.

No importa lo miserable que me sentí porque había degradado lo que tuvimos la noche anterior, no quería arruinar el poco tiempo que pasaría con ella., con o sin sexo, todavía quería su compañía.

—Responderé a tu pregunta anterior ahora.

—Está bien

—Volveré a Seattle cuando Olivia me dé luz verde. ¿Cuáles son sus planes para el futuro?

Se encogió de hombros, claramente agradecida por el cambio de tema.

—Voy a expandir mi negocio —genuinamente intrigado, me incliné más cerca.

—¿Cómo es eso?

Una sonrisa iluminó su rostro y sus ojos brillaron de emoción.

—Siempre había querido montar un café junto a mi pastelería, una especie de integración de los dos. Derribar una o dos paredes y hacer un gran espacio que funcione para ambas. Tengo tiempo ahorrando para ello. Creo que finalmente podría ser capaz de dar el gran salto en seis meses.

—Vaya —deseaba que estuviera tan entusiasmada conmigo. Pero no pude evitar admirar su ambición—. Realmente te gusta estar aquí, ¿no?

—Sé que es difícil de entender para ti. Pero este es mi hogar. Me encanta este lugar.

Algo murió dentro de mí. Cuanto más hablaba de su amor eterno por Ashland, más me acobardaba. Esa afinidad con esta ciudad fue exactamente lo que destruyó la poca oportunidad que teníamos como pareja.

—Odio este lugar.

—Lo sé pero no te culpo, de verdad. Tuviste unos meses difíciles cuando cumpliste dieciocho, entendí por qué querías irte.

—Gracias.

Su pequeña mano se apoyó en mi puño cerrado. No me había dado cuenta de que mis nudillos estaban tan apretados que se habían vuelto blancos. Sin pensarlo, giré la palma de mi mano hacia

arriba y sostuve sus dedos.

*¿Por qué al tocar su mano sentí que saldría victorioso en la batalla?*

—Entiendo por odias Ashland. Pero esto es sólo una de las muchas cosas que me hacen pensar que lo de anoche realmente fue un error.

—Puedes seguir diciéndolo. No estoy convencido.

—Escúchame.

Esperé mientras ella sonreía. Había afecto y amor brillando en sus ojos incluso cuando dijo las palabras que contradecían completamente esa emoción.

—Aunque hubieras sabido de Jade, no habría funcionado. Mi vida está aquí, y la tuya en Seattle. Vives y prosperas a la vista del público, quiero que el tiempo en familia con mi hija sea como si estuviera viviendo una vida plena. No estoy disponible para una relación de sólo follar.

*Es lo último que quiero de ti. ¡Te quiero a ti! A ambas, para siempre.*

Mis pensamientos evocaron fantasías de Liv y Jade en mi casa de Seattle, de vacaciones en Milán, y en los Hamptons.

*Ellas dos siendo mi familia.*

No sabía lo que quería. Nunca podría pedirle a que me siguiera a Seattle, sería egoísta que desarraigue su vida y la de Jade y me siga a casa.

Nos habíamos aventurado demasiado lejos para encontrar nuestro camino de regreso.

# Capítulo Diecisiete

## Liv

Había decidido tomarme el sábado libre. Samantha me estaba cubriendo.

Necesitaba algo de tiempo para sacar a Adrian de mi cabeza, y una cita en el spa con Jade y Mely era la forma perfecta de ayudarme a hacerlo.

El timbre sonó cuando estaba limpiando mi plato de desayuno.

—¡Ya voy! —me apresuré a la puerta principal y la abrí.

Mely parecía haber visto un fantasma. Estaba pálida, su cabello lleno de laca se acomodaba perfectamente en su lugar aunque parecía que estaba a punto de quebrarse.

—¿Está todo bien?

Sin decir nada, me entregó el periódico de la mañana que llevaba en el pecho.

—Estás actuando de forma extraña —mis oídos comenzaron a sonar mientras leía el titular.

*Playboy se convirtió en un amor...*

*Adrian Decker ha vuelto con su novia de la escuela.*

Las palabras parecían gritarme, aunque sólo estaban escritas. Eso no eran lo peor de todo.

Debajo de ese maldito titular, una foto de ambos en Buffalo Grill agarrados de la mano, y con aspecto de estar a punto de besarnos.

—¿Qué carajo? —susurré, con los ojos bien abiertos mientras miraba a Mely.

Se mordió el labio, entró y cerró la puerta tras ella. Ambas absorbimos silenciosamente el impacto del titular mientras Jade se sentaba en el taburete de la isla de la cocina.

—Esto es malo —me pasé la mano temblorosa por el cabello. Podía sentir como una especie de sudor frío corría por mi cuerpo.

—¿Es esto cierto? —los ojos de Mely buscaron en mi cara una respuesta.

No tenía una respuesta.

*¿Volví a estar con Adrian?*

Sacudí la cabeza y miré a Jade. Estaba ocupada pescando trozos de cereal de su tazón.

Mi conmoción y pánico se redujeron sólo para ser reemplazados por otra emoción, la ira., apreté los dientes y Mely sacudió la cabeza.

—No me gusta la mirada en tu cara.

Me volví hacia Jade mientras agarraba el pomo de la puerta.

—Cariño la tía Mely te llevará al Spa y luego nos encontraremos allí.

Mely se inclinó para que Jade no la escuchara.

—Te sugiero que te mantengas alejada de él.

Enrollé el periódico en una mano como si me estuviera preparando para matar una mosca. Atravesé el patio delantero, casi estaba en la puerta de Adrian cuando lo vi corriendo hacia el final de la calle, con pantalones cortos y una camiseta azul.

Corrí tras él. Cuando se salió de la carretera y agarró hacia el sendero que subía una colina detrás de las casas, tomé un atajo. Me metí por el patio trasero de mis vecinos y corté su camino .

—¡Adrian! —mi voz era como un látigo en el silencio.

Se dio la vuelta, jadeando, y sus cejas se arrugaron.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Hice lo único que pude. Le pegué el periódico en el pecho y crucé los brazos mientras esperaba que recibiera el mismo shock cardiaco que me había dado hace unos momentos. Se lo merecía.

Mi mandíbula estaba tensa mientras abría el periódico.

Sus ojos escudriñaron la noticia y, para mi total incredulidad, se rio.

Me quebré. No me había detenido a considerar una cosa pero parecía muy probable ahora.

—¿Qué carajo? ¿Hiciste esto?

Su sonrisa se desvaneció tan rápido como había aparecido.

—Whoa, espera. ¿Crees que soy responsable de esto?

—Por supuesto que sí. Mira la calidad, parece sacada de una sesión de fotos. Es un truco de relaciones públicas que se lleva a cabo perfectamente. Todo el artículo es básicamente un elogio sobre el nuevo y mejorado Sr. Adrian Decker.

—Es una suposición ambiciosa.

Me reí en su cara.

—Ni siquiera puedes fingir, estás feliz de ver esto. Me estás usando para arreglar tu imagen y que puedas volver a Seattle como un santo.

—Salir contigo no me convierte en eso. Sólo demuestra que soy increíblemente paciente y estoy interesado en ti.

—Bonito, considerando tu reputación empañada, asumo que estás usando a esta simple y aburrida novia de secundaria para hacerte parecer un romántico. ¿Verdad?

—¿Aburrida? ¿Seguimos hablando de ti?

Las lágrimas de enfado me quemaban los ojos, y luchaba contra ellas mientras metía mi dedo en su pecho.

—¡Adrian Decker, sal de aquí! No quiero ver tu cara. Vuelve a Seattle antes de que acabe el día. ¡He terminado con tus juegos!

Su expresión vaciló, y lanzó el periódico hacia un arbusto.

—No importa cómo llegaron las noticias allí.

—Tú planeaste esto.

—No lo hice —dijo—. Es una locura. ¿Te escuchas a ti misma? Fuiste tú quien me dijo que nos viéramos en Buffalo Grill.

—Eso no prueba absolutamente nada, le avisaste a la prensa.

—No sabía que había alguien allí. ¿Realmente crees que podría usarte así?

—Sí, absolutamente. Has estado jugando desde que llegaste aquí. Tratando de meterte en mi vida, yendo a la pastelería, a mi casa para arreglar una ventana. ¡Dormir con nosotras! Dios mío, te quedaste con Jade y conmigo fingiendo que te importamos.

—Detente —me agarró de los hombros—. Odio decirlo, pero esto es una locura. Hice todo eso porque me preocupó por ti. No puedes creer esta porquería de la prensa.

Me encogí de los hombros, su tacto me quemaba. Odiaba que me gustara su cara, que quisiera derretirme en sus brazos, que me dieran ganas de llorar en un deseo frustrado cada vez que me paraba frente a él.

—No necesito esta interrupción en mi vida. He pasado los últimos once años siguiendo una rutina, una que me permite tomar un día a la vez. No es fácil ser madre soltera y dirigir un negocio, no sé llevar este tipo de situaciones, estás jugando conmigo. Diablos, cerraste la ducha, ¿no? Así podías atraerme a ella.

—Esa es la acusación más ridícula que podrías haber hecho. Deja de culparme por todo lo

que sale mal con tu rutina. Siento haber venido a visitar, no sabía que eras la dueña del lugar ahora y no se me permitía regresar.

—Ni siquiera querías volver.

—No quería. Pero eso no significa que pueda prever mágicamente que irrumpirías en mi ducha y me cogieras en ella.

Me burlé.

—¿Irrumpir? cerraste la ducha. No podía oír el agua. ¡Cómo iba a saber que estarías ahí de pie, desnudo y excitado!

—¿Quién carajo irrumpe en el baño de otra persona buscándolo? ¿No te responsabilizas de nada de esto? ¿Así es como se juega?

No tenía la respuesta a eso. No tenía idea de por qué había entrado en el baño. En retrospectiva, fue grosero y estúpido, no pensaba con claridad.

—Siempre haces esto. Todo esto es un juego. Por eso arreglaste mi ventana, para conseguir puntos y te invitara a entrar.

—Y luego me besaste.

—¡Porque tú me pusiste en esa posición!

—Tienes que estar bromeando ahora mismo.

—No —estaba tan frustrada con él—. Necesito que arregles esto —señalé el periódico en la tierra—. Lo vas a hacer, díles que no soy tu novia.

—No importa lo que digan. Volveré a Seattle, y saldré de tu vida. Tu preciosa ciudad será toda tuya de nuevo.

—Hasta que decidas volver y fastidiarme la vida otra vez.

Se pasó las dos manos por el cabello, sacudiendo la cabeza.

—No creo en esta conversación.

—¡Sólo vete! Vete y no vuelvas —odiaba sonar triste.

—Volveré cuando quiera volver.

—¡Odias este lugar!

—También odiaba el baile de graduación. Pero fui contigo, ¿no?

—Oh —me reí—Vamos a ir allí.

—Por supuesto que vamos a ir. Es perfectamente aceptable que me hagas ir a lugares que odio si te conviene. Se trata de cómo y cuándo lo quieras.

—Me lo prometiste. Dijiste que nunca usarías esto contra mí. Esa fue la única vez que te pedí que hicieras algo por mí.

No dijo nada. Me alegré por el descanso. Estaba sin aliento luego de haberlo perseguirlo en el bosque y por la discusión. Me sentía completamente sola con el hombre que me había jodido la cordura desde que lo conocí a los dieciséis años.

—¿Por qué estamos discutiendo? —suspiró, pareciendo aturdido.

—Tú eres el que sacó a relucir el baile de graduación, tuve que rogarte durante días para que me llevaras y ahora me lo estás echando en cara.

—Prometiste que nunca discutiríamos sobre el pasado.

—Jesús, yo era muy joven. Fue una promesa estúpida. ¡Y tú eras un imbécil!

Apretó los labios como si se tragara una réplica.

—Sabes qué, no importa.

—Lo siento, amigo, sí que importa. Estoy harta de ti, te odio, desearía no haberte conocido nunca.

Su boca me hizo callar. Me congelé mientras sus labios inmovilizaban los míos robando mis palabras y mí aliento. Tomó mi cabeza con su mano y con la otra se enrolló rápidamente alrededor de mi cintura, llevándome hacia su duro y fuerte cuerpo.

# Capítulo Dieciocho

## Adrian

Sabía que pasaría esto.

Intenté convencerme de no tocarla pero era imposible. Sabía que iba a ser así cuando la saqué del camino y la llevé a los árboles. No luchó conmigo como antes, no me alejó, sus codos no hicieron agujeros en mi pecho.

*Ella me quería tanto como yo a ella.*

Estaba furiosa por el loco titular del periódico. Echaba humo por su cobardía al aceptar que lo que teníamos entre nosotros no estaba muerto y podrido.

Probé su piel mientras besaba su cuello. Mis manos guiaron sus hombros hacia atrás contra el tronco de un árbol. Sus dedos se clavaron en mi espalda, tirando de mí más cerca, por un momento me preocupó que la corteza le lastimara la piel, pero no pareció importarle. Me arañó la espalda en un intento de quitarme la camisa.

Algo cambió dentro de mí. No quería ser sensato, no quería pensar en el hecho de que estábamos en un sendero.

*¿Y si alguien pasara, o los niños y nos vieran besándonos entre los árboles como adolescentes?*

Mi pene estaba completamente duro. Nunca había conocido esta clase de falta de moderación total y absoluta.

—Vas a ser mi muerte —tomé su cara entre mis manos y la besé.

Nuestras lenguas se encontraron en un movimiento brusco. Al morder su labio inferior, su jadeo casi hizo que me corriera. Movía su lengua tan segura de sí misma y de su efecto sobre mí, que me quejé mientras ella tiraba del cordón blanco de mis pantalones cortos. Se fue directo bajo mi cintura.

—Joder.

Mis pantalones se mantenían en mi cintura sólo por su elástica. En un arrebato bajó la parte delantera y sentí el aire fresco en mi miembro.

—Esto no es lo que esperaba —la tomé por el cabello mientras le mordía el labio inferior—, pero no me quejo.

Sus dedos se aferraron fuertemente alrededor de mi pene, deslizándose a lo largo. Alejó sus labios a una pulgada de los míos, y presionó con su pulgar el pequeño agujero en el centro de la

cabeza.

—¡Demonios! Odio cuando haces eso.

Ella me dio una mirada, lamiéndose los labios.

—¿Es por eso que te endureces tanto cuando lo hago?

La besé para callarla.

—Te voy coger duro si sigues usando esa boca inteligente tuya.

—Cuento con que lo hagas.

Me reí, deslizando mis manos por su cintura para acariciar su suave piel.

Ya era suficiente tormento sexual sin abrir su pequeña boca sexy para hablarme sucio.

—Sólo cállate y sigue haciendo lo que estás haciendo.

Me sacudí cuando me empujó en el hombro con su mano libre, mi boca se deslizó de la de ella y la miré fijamente. Demonios, ella quería escapar de mí. Pero, ¿por qué seguía agarrando mi pene con su mano caliente?

—¡Cállate! —sus mejillas se sonrojaron de color carmesí—. Y haz otra cosa que no sea lo que estás haciendo, por el amor de Dios.

Eso fue suficiente estímulo. Le quité los pantalones cortos de algodón azul que llevaba y me di cuenta de que no tenía ropa interior, así que le metí la mano entre las piernas y se tiró hacia atrás contra la corteza del árbol.

—¡Ay! —comenzó a mover sus caderas con rapidez mientras le agarraba el labio inferior entre los dientes y gruñía en su boca. En un impulso, quité su mano de mi pene y caí de rodillas sobre la hierba seca.

Su jadeo resonó en el bosque. Enganché su pierna derecha sobre mi hombro y chupé el espacio húmedo entre sus piernas.

—Oh... —la ondulación de sus caderas se redujo.

Su mano se posó sobre mi cabeza. Deslicé mi lengua dentro de ella, tenía un sabor dulce y olía aún mejor.

Sus dedos se deslizaron por mi cabello en una tierna caricia justo antes de agarrar un puñado y tirar de mi cuero cabelludo. La necesidad estalló dentro de mí. Sentí un escalofrío cuando abrí la boca y tomé su vagina entre mis labios.

Deseaba poder llevarla a mi casa, arrojarla sobre mi cama y seguir desde allí. Pero se sentía bien estar en el bosque, en esta tierra salvaje.

Este era el escenario perfecto para su necesidad de mí, era indómito y estaba fuera de control. Así es como siempre ha sido. Ella lo sabía.

*Maldita seas, Liv.*

Tenía el poder de desenredarme completamente, de conviérteme en una bestia hambrienta. Todo lo que quería, cada mañana, era ver su cara y hablar con ella. Incluso si acabamos peleando.

No era la única que molesta yo estaba furioso con ella pero maldición, la quería como un hombre hambriento.

Así que le lamí su vagina hasta dejarla limpia. Mi pulgar se movió para estimular su clítoris. Me tiró del cabello en su urgencia.

El dolor sólo me hizo trabajar su centro más rápido. Ella se estrelló contra mi boca mientras explotaba en un orgasmo.

Estaba en pie antes de que ella pudiera salir a la superficie de su eufórico mar de placer. Sus ojos se abrieron de golpe. Podía estallar en cualquier momento. Quería entrar en el lugar húmedo y mojado entre sus piernas. No en su mano.

Dejé que se probara a sí misma mientras la besaba. Gimió, mordiéndome hambrienta los labios antes de que la diera vuelta. Puse sus manos en el tronco del árbol. Y luego enrosqué un brazo alrededor de la parte inferior de su vientre.

—No puedo parar —le siseé, casi deseando que me ayudara a curarme de esta insaciable necesidad.

—Entonces no lo hagas —empujó sus caderas hacia mí. Agarré la base de mi pene, colocando la cabeza en su entrada. Su grito sonó a través del bosque, probablemente asustando a toda la vida salvaje. Me estaba haciendo perder la cabeza.

Mi erección se apretaba y ajustaba dentro de su vagina. Lamía la curva de su oreja mientras su mano se extendía para agarrar mi nuca. Giró la cabeza hacia un lado para ofrecerme su dulce boca.

No la besé, dejé que se desesperara un poco mientras disfrutaba de sus gemidos, sus labios se separaron.

Agarré el dobladillo de su camiseta sin mangas y se lo llevé al pecho. Subí su sostén dejando sus hermosos pechos al aire. Los tomé en mis manos, dejando que sus pezones rozaran mis palmas.

Le torcí los pezones, su respiración acelerada me decía que estaba a punto de llegar, un orgasmo acercándose rápidamente hasta la línea de meta. Sus abundantes jugos se derramaron sobre mis bolas mientras la golpeaban con fuerza.

—No puedo dejar de quererte —le silbé en la oreja.

*¿Pero por qué? ¿Por qué no podía parar? ¿Por qué no podía dejarlo ir?*

—Te sientes como en casa —le susurré en el oído, disminuyendo la velocidad sacando poco a poco mi pene. Dejé la punta dentro de su hábil abertura antes de volver a entrar. La fricción era demasiado ajustada y resbaladiza para mi cordura.

Miré su perfil, sus ojos cerrados, su cara atormentada por la necesidad de volver a tener un orgasmo.

—Se siente tan bien, estás tan realmente apretada para mí.

—No te detengas.

—No puedo hacerlo —le gruñí en la oreja—. Te quiero a primera hora de la mañana, mientras duermo. Maldita sea, quiero tu boca a mi lado para poder besarte cuando quiera.

—Más duro —sus uñas se clavaron en mi culo.

—Quiero ver cómo me montas de nuevo, como esa noche, sólo que más rápido. Así podría ver tus tetas subir y bajar a centímetros de mi cara.

—¡Adrian!

Se estaba agitando, y yo sabía por qué. Había retirado un poco mi pene para evitar que se viniera demasiado rápido.

*Ella lo odiaba. Ella quería duro.*

Lo saqué, dándole la vuelta para que quedara de frente a la cara. Me miró como un ángel enfurecido. Probablemente pensó que me estaba deteniendo que esto había terminado. Estábamos lejos de eso.

—Te estoy follando, nena.

Le agarré la cintura con mi brazo y la levanté. Sus piernas me rodearon la cintura y la empujé contra el tronco del árbol. Su vagina estaba ansiosa y mojada cuando le enterré mi pene.

Sostuve su mirada, haciendo erupción con fuerza dentro de ella. Mi gemido estalló en el bosque, los estallidos calientes de mi lujuria la llenaron. Su centro tuvo un espasmo alrededor de mi pene, apretándolo tan fuerte que me vine en ella otra vez. Su cabeza cayó sobre mi hombro, su cuerpo temblaba mientras se aferraba a mí y la sostenía contra el tronco.

Silencio.

De repente, todo se hizo demasiado silencioso.

Excepto por los grillos, nuestras pesadas respiraciones y el sonido de mi corazón latiendo en

mis oídos.

La bajé al suelo, y mi pene se deslizó húmedo fuera de ella.

Instantáneamente, el maravilloso momento se hizo añicos.

Liv fue una ráfaga de actividad. Bajó su sostén rápidamente y luego su camiseta sin mangas. Se apresuró a levantar sus pantalones cortos del suelo para colocárselos sin mirarme.

Todo lo que yo tenía que hacer era subir la parte delantera de mis pantalones cortos por encima de mi miembro, y estaba listo para ir. Pero Liv se apresuró a buscar sus sandalias que estaban colocadas al revés, las pateó, y luego se las puso rápidamente. Sin si quiera mirarme a la cara, se fue hacia el sendero.

No podía creerlo.

—¡Alto! —llamé, antes de que pudiera reconsiderar.

Pero la frustración que hervía dentro de mí era mucho peor que la lujuria que la precedió.

Di dos pasos largos y la agarré por el antebrazo. La metí en mi pecho y le acaricié un lado de la cara.

—¡Deja de huir de mí! Por favor.

Me empujó el pecho y se echó hacia atrás.

—Necesito regresar.

La liberé, pero estaba desesperado por hacer que se quedara.

—Vamos. Cuando te vas así, siento que me usas para el sexo y luego me tiras.

Se detuvo a mitad de camino y se dio la vuelta. Sus mejillas se pusieron rojas.

—¿Yo?

—Sí. Basta de huir. ¡Sólo háblame!

Parecía que quería lanzarme algo grande y pesado a la cabeza.

Levanté las manos para rendirme.

—No quiero pelear contigo. Pero tenemos que resolver esto.

Dejé que se tomara su tiempo para procesarlo. Era una mujer inteligente, encontraría una manera de lidiar con la verdad.

Sacudí la cabeza, dando un paso atrás.

—Cuando se trata de ti, nunca he sido capaz de resolver nada, soy un desastre.

Me puse rígido ante su dulce admisión. Eso fue inesperado.

*No quería más respuestas. No necesitaba más.*

Se dirigió al sendero para volver a casa, no la detuve, pero la observé hasta que desapareció de la vista.

# Capítulo Diecinueve

## Liv

El cine estaba lleno. Siempre odiaba perderme los primeros minutos de la película. Jade al igual que yo pensaba que toda su película se arruinaría si no nos sentábamos con nuestras palomitas diez minutos antes de que empezara. Así que vaciábamos los envases a la mitad viendo anuncios y trailers.

Mordí un nacho y puse una mueca. Estaba entre Jade y Mely, esperando con ganas que empezara la película.

—¿Cómo está tu novio? —Mely susurró desde mi derecha.

Casi me reviento de risa.

—Deja de llamarlo así.

—Te conozco, y sé cuando las cosas se están gestando en esa linda cabecita. Tienes tantas ganas de cogértelo que eres una bola de tensión.

—Detente —el calor revelador se deslizó por mi cuello para quemar mis mejillas.

Mely se inclinó hacia adelante para ver más de cerca mi cara.

—Estoy noventa y nueve por ciento segura de que va a suceder. Si es que no pasó ya.

Eché un vistazo a mi bandeja de nachos.

—¡Oh, Dios mío! —Mely rio y me dio un golpe en el brazo.

Salté.

—Detente. ¡Madura! No me pegues.

—¿Madurar? Dijiste que no querías tener nada que ver con él, que volvería a Seattle.

—¿Estás bien, mamá?

Estaba atrapada entre duras rocas llamadas Mely y Jade.

—Sí —le sonreí a Jade—. Estoy bien, la tía Mely es simplemente intolerable a veces.

Mely me pellizcó el brazo y yo me estremecí, quitándole la mano.

—¿Quieres parar? Somos adultos. No hacemos esas cosas de niñas.

—Los adultos no van por ahí haciendo lo que tú haces. Ni siquiera sé qué decir, ya lo hiciste, lo que pasó, pasó.

—No pasó nada —dije sin convicción.

—Lo hiciste y sólo te escondes de lo obvio. Siento decírtelo, pero no te ayudará.

—¿Por qué todos piensan que me estoy escondiendo?

Mely me miró fijamente.

—¿Él cree que te estás escondiendo?

—Sí.

—¿Lo estás?

—Bueno, no dijo exactamente que me escondía. Dijo que tenía la cabeza enterrada en la arena.

—Lo mismo opino. ¿Y?

Empujé un nacho en la bandeja y le tiré un vistazo a Jade, luego me volví hacia Mely para susurrar.

—Dijo que estoy huyendo de mis sentimientos con respecto a él.

—¡Idiota! —Mely estalló, antes de conseguir el control de sí misma—. Pero, ¿lo estás?

Ni siquiera quería mirarla. Me conocía demasiado bien, no podía engañarla.

—Estás acabando con mi estado de ánimo —dije mientras los trailers comenzaban.

—¿Qué quieres de él?

Bajé la voz para evitar que Jade nos oyera, aunque dudaba que pudiera debido al alto volumen, de todos modos.

—Nada, no tengo ninguna expectativa. En todo caso, espero que se olvide de Jade, se vaya y no regrese.

—No quieres arriesgarte a una decepción.

—Tal vez. Pero... —comencé.

—¿Pero qué?

—No lo sé. Una parte de mí sigue pensando, ¿y si quiere quedarse en nuestras vidas?

—¿Y cómo te hace sentir eso?

Reconocí su mirada.

—Me avergüenza admitirlo, pero me hace sentir feliz.

Mely se reclinó en su asiento mientras los créditos de apertura de *Aladín* rodaban en la pantalla.

—Bueno, es algo autodestructivo. Pero no necesitas que te lo diga, ¿verdad?

—No hace falta —nos sentamos en silencio, mordiendo nuestros nachos rancios. Apoyé mi cabeza en el respaldo del asiento.

Incliné mi cabeza hacia Mely.

—No hay confianza entre nosotros. Podría levantarse y huir cuando quisiera, todo lo que le importa es lo que quiere, sus gustos y su vida. ¡Sus metas! Ya lo sabes, siempre ha sido así.

—Bueno, no siempre.

—¿Perdón? —casi salgo corriendo de mi asiento—. ¿Lo estás defendiendo ahora?

—No lo estoy defendiendo. Sólo digo que... Solía ser bastante decente antes de que su madre huyera de casa y su padre también se marchara, no lo culpo totalmente. ¿Tal vez es una táctica de autopreservación? Al igual que tú, se arma con todas estas barreras para evitar sentir algo real porque tiene sus demonios.

—No puedo permitirme el lujo de dejarlo entrar. Tengo que pensar en Jade.

—Había querido preguntar desde hace mucho —podía sentir su aliento caliente en mi oído mientras murmuraba— ¿Jade no siente curiosidad por su padre? ¿En absoluto?

—Me tocó el premio gordo allí. No le importa. Ya tuvimos esa discusión de “quién es mi padre”. Le dije que era un amigo, y ella no pidió conocerlo o verlo ni nada. Es feliz así.

—Me pregunto de dónde lo sacó. Obviamente no de Adrian y definitivamente tampoco de ti.

—Gracias. Siempre dices las cosas más maravillosas.

Mely se rio y se levantó.

—Necesito usar el baño. Sostén mis nachos.

Miré fijamente la pantalla, haciendo un gesto de dolor mientras me movía en mi asiento. Había sido estúpido, y tenía los arañazos en la espalda y el trasero para probarlo. Adrian siempre iba a ser un error. El dolor entre mis piernas no me dejaba olvidarlo.

Alguien demasiado alto para ser Mely se sentó en el asiento vacío a mi lado.

Incliné mi cabeza.

—¿Qué estás haciendo?

Adrian me miró fijamente con inocencia.

—Estoy viendo a Aladín.

—Ese no es tu asiento.

—Lo es ahora —se inclinó hacia adelante, mirando a Jade desde mi regazo.

—Hola, Jade.

Ella le devolvió el saludo, sonriendo.

Me tomé un momento para dejar que el intercambio se hiciera realidad.

—Sea lo que sea, Adrian, puede esperar. Podemos hablar más tarde.

—No estoy aquí para hablar. Esta es una cita en el cine.

—Pfff...

Levantó una ceja descaradamente. Me enfurecí por su molesto nivel de confianza en sí mismo.

No parecía molestarse por la negatividad que yo estaba transmitiendo. Robó un nacho de mi bandeja y le dio un mordisco.

—Rancio.

—Lo sé.

Una sonrisa curvó sus labios cincelados y perfectos. Estaba tan cerca y la oscuridad sólo me hacía desearlo más. La poca luz sólo iluminaba todos los planos duros de su cara, su afilada nariz recta, sus labios.

Aparté mi mirada obstinada de su cara.

—Me estás haciendo sentir incómoda.

—Sólo estoy sentado aquí robando nachos.

Miré hacia arriba cuando Mely se detuvo junto a Adrian, confundida.

—Hola, Mely. Me alegra verte —le dio un saludo enérgico.

Esperé a que le diera a Adrian una merecida reprimenda. Incluso le di una mirada de sufrimiento que se suponía que transmitía el hecho de que yo era miserable y necesitaba que lo alejara de mí.

Ignoró mi SOS y le sonrió como si fuera su mejor amigo antes de irse a buscar su nuevo asiento.

—¿Qué está pasando? ¿Le pagaste o algo así?

Se rio.

—No, creo que la hiciste enojar o algo así. Ahora, shhh... quiero ver la película, deja de hablar.

Dos horas más tarde, No encontraba a Mely en ninguna parte. No respondía a mis mensajes, y yo caminaba por la calle con Jade y Adrian mientras charlaban sobre la película y sus escenas favoritas. Sin parar.

—Realmente quiero venir a ver esto de nuevo, dijo Jade.

—Hagámoslo, entonces. Podemos hacer esto de nuevo este viernes. Tú y yo.

Jade me miró.

—¿Mamá?

—¿Hmm?

—¿Puedo ir a ver Aladino otra vez con Adrian?

—Adrian probablemente volverá a Seattle para entonces.

—No he decidido cuándo volveré. Todavía no.

—Pero hay una gran posibilidad de que tengas que hacerlo —lo miré con desprecio para que se detuviera.

Los ojos miel de Jade parpadeaban hacia mí, hacia Adrian, y de vuelta hacia mí.

—Sabes, Jade, si voy a Seattle, pero te llevaré a ti y a tu madre a ver a Aladino de nuevo. Cumpliré mi promesa.

Apreté los dientes fuertemente.

—¡Adrian, para!

Jade hizo una mueca.

—Creo que tienes hambre, mamá. Siempre te pones de mal humor cuando no comes

La risa de Adrian resonó en la noche.

—Me gustas, Jade. Vamos a comer una pizza y a alimentar a este monstruo —los ojos esperanzados de Jade se encontraron con los míos. Se estaba divirtiendo, y quería que la noche durara. Adrian era, en muchos sentidos, todavía un niño. Había un aire de carisma despreocupado y frío en él.

La edad adulta ya me había marcado. Pero no lo había tocado a él. Vivía la buena vida: sin familia, sin ataduras, viajando a todos lados, diversión y fiestas. Así que mientras Adrian y Jade se llevaran tan bien como dos gotas de agua, yo era la vieja madre gruñona que no les dejaba hacer lo que querían.

*No.*

—Será pizza —sonreí brillantemente para sacudirme el malhumorado título lo más rápido posible.

Jade se apresuró a entrar en Joey's Pizza, y Adrian me dio un codazo juguetón.

—¿Este lugar es bueno?

—Está bien.

Pasamos las siguientes dos horas charlando sobre las obras de Jade y el monopatín eléctrico que quería para su cumpleaños. Una conversación feliz y sin preocupaciones. Me sentí excluida y lo odiaba.

Ellos hacían buena compañía. Pero yo por el contrario, todavía estaba tensa y asustada.

Tenía miedo de salir herida, de estar decepcionada, era difícil salir del ciclo. Hacía años que no tenía a nadie que me cuidara o se preocupara por mí.

Yo era la que se preocupaba y no podía salir de eso ahora. Era parte de mí.

Mientras los tres nos sentábamos a reír y charlar, el miedo se agitaba en mi estómago.

Parecíamos una familia. En muchos sentidos, éramos una y eso me asustaba mucho.

# Capítulo Veinte

## Adrian

Sabía exactamente por qué a Liv le costaba ser cordial conmigo.

Todos los progresos que había hecho con ella cayeron en picada por culpa del maldito titular del periódico.

La prensa me había reseñado teniendo un día de campo con todo el asunto de la novia de la escuela.

A pesar de que estaba empeñada en creerlo, me necesitaba. Quería que me la cogiera y también decirme que me fuera al demonio.

No podía hacer ninguna de las dos cosas. La nostalgia era una perra, y se estaba ahogando en ella.

Y yo también, ambos sabíamos que esta relación, si pudiéramos llamarla así, no iría a ninguna parte. Era hora de que pusiera mi mente en descanso. Era importante hablarlo todo para que Liv dejara de estar tan frenética por un futuro que ya no podía controlar.

Sabía que no trabajaba los lunes en la mañana, así que puse en marcha mi plan de “Resolución de Conflictos”. A las once de la mañana, sabiendo que Jade estaría en la escuela, me puse la mejor camisa que había traído de Seattle, una azul con botones, saqué mis jeans de la lavadora y los planché por primera vez en mucho tiempo.

Ya era hora, estaba cruzando su patio delantero, que estaba lleno de arbustos y malezas que brotaban por todas partes. Vi el jardín dos casas más abajo, un exuberante parche verde de césped, parterres de flores enmarcando el jardín en ráfagas desbordantes de color. Perfecto.

Me acerqué a la casa con el bonito jardín y toqué la campana. Mi antigua profesora de secundaria, la Sra. Clarence, salió. La reconocí al instante.

—Hola, Sra. Clarence. Me alegra mucho de verla.

Me miró por encima de sus gafas, y pude notar cuando me reconoció.

—Veo que tiene un maravilloso jardín aquí. ¿Le importaría mucho si tomo unas flores?

—Por supuesto, Adrian Decker. Claro que puedes, sólo que no las rojas, por favor —cinco minutos después, estaba de vuelta en la puerta de Liv, golpeando con mi nudillo.

Abrió la puerta con la misma expresión de angustia y confusión en su rostro, esa que no se había retirado desde que tuvimos sexo. Llevaba puesto el vestido rosa claro más bonito que jamás había visto. Su cara sin maquillaje, se veía húmeda y bien descansada. Quería comérmela a

besos.

Apretando mi mandíbula, traté de reprimir mi repentino arrebató de lujuria y le entregué las flores.

—Para tí —hizo una mueca.

—Sé que las robaste de la casa de la Sra. Clarence.

Me reí entre dientes, pasando por el pequeño espacio de la puerta. Ignoré la forma en que me miraba y me puse cómodo en el sofá de la sala.

—Le pregunté si podía tomarlas. La Sra. Clarence me aseguró que sí, pero sólo si se las iba a regalar a Liv para cortejarla. Dijo que podía llevármelos todos. ¡Incluso los rojos!

Eso la hizo reír, sacudió la cabeza y apoyó la cadera en el reposabrazos del sofá.

—Eso es una mentira. Odia que la gente toque sus flores rojas.

—¿Es eso todo lo que te quedó de lo que dije?

Levantó una ceja.

—¿Quieres que me quede con la parte de cortejar a Liv? ¿Debería brotar de felicidad y entrar en un número de canción y baile improvisado? ¿Caer de rodillas a tus pies y rogarte por un regalo, tal vez?

Me había congelado. Ella también lo hizo. Elección equivocada de las palabras. A juzgar por el destello de molestia en sus ojos, tenía en mente la misma imagen que yo, ella en el bosque sobre sus rodillas con mi pene en su boca.

Se quitó del reposabrazos y puso las flores en un jarrón sin agua.

—¿Necesitabas algo? ¿Adrian?

—Liv, ¿no podemos ser sólo amigos?

—Somos amigos.

—Sí, pero ¿puedes perdonarme?

Se puso rígida.

—¿Perdonarte?

—Sí.

—¿Exactamente por qué?

—Por todo, debí haberme responsabilizado de que no hiciéramos lo que hicimos.

—¡Demonios!

—No quería parecer grosero.

—Eres grosero —anunció con calma.

—No hay discusión aquí. Si quieres que me asegure de que lo que pasó no vuelva a suceder, lo haré. Pero tú y yo sabemos que ambos queríamos que sucediera, incluso si perdía el control para mantener mis manos fuera de ti.

—Entonces, ¿cuál es tu gran solución aquí? ¿Deberíamos ir a mi habitación ahora y continuar donde lo dejamos?

Me reí entre dientes, tratando de mantenerla tranquila y la discusión fuera de conflicto. Tomé sus manos, aunque parecía extremadamente rígida, casi como si se encogiera al tocarme.

—Ya que me alejaras cada vez que tengamos sexo, nos comprometemos a no volver a cometer ese error.

—Claro, ¿es todo lo que necesitabas para asumir la responsabilidad?

Se rompió algo de terquedad dentro de mí. Quería hacerla feliz.

—Lo siento, de verdad lo siento. Fui estúpido e infantil, y sólo intentaba escapar de mi vida aquí. Mi beca me dio la oportunidad de hacerlo, dejar todo atrás y empezar de nuevo, fui un imbécil en la forma en que lo hice. No quería dejarte, pero pensar que iba a ir a la universidad y tú a otro lado... sólo asumí que todo terminaría, pero eso no es una excusa, lo sé.

—No te culpo por ir a la universidad. De verdad no lo hago. No espero que te disculpes por eso.

—Está bien, puedes esperar que me disculpe, permítame, no me di cuenta en ese entonces de lo egoísta que estaba siendo. Quizás debería habértelo dicho antes, prepararte para ello. Asumí que sabías que habíamos terminado. Demonios, te debo tanto.

—No lo haces —dijo, abatida.

Sin pensarlo, le tomé la cara entre las palmas de las manos. Mi corazón se estremeció salvajemente cuando la levanté y miré sus brillantes ojos verdes y confusos.

—Eres una buena madre, y estoy tan contento de que seas un ejemplo a seguir para Jade. Me estoy enamorando de ella —admití tímidamente, riéndome—, es difícil no hacerlo. Es una niña increíble, y tú tienes todo que ver con eso. ¿Puedo ayudar de alguna manera?

—¿Qué quieres decir?

—Creo que te debo su manutención durante diez años.

Se dio la vuelta, sacudiendo la cabeza con vehemencia.

—Jade es mía.

La fría finalidad de esa declaración y la forma en que apartó la cara me hizo sentir como si hubiera perdido un juego que ni siquiera sabía que estaba jugando.

—Estamos en el mismo equipo aquí, Liv.

—¿Y qué equipo es ese? —me desafió, pareciéndose a la dulce y terca chica de dieciocho años que fue mi primer amor.

Sonreí.

—Quiero cuidar de ti. Que seas feliz.

En vez de enfrentarse ligeramente a esa afirmación, se cerró ante mis ojos. Luego caminó hacia la cocina como si poner alguna distancia física entre nosotros era imperativo para mantener su cordura.

Suspiré.

—Sólo hálbame.

—No tengo nada que decir. Deja de hacer estas promesas locas que no puedes cumplir.

—¿De qué estás hablando?

Se dio la vuelta.

—Eres un niño. Eres inmensamente grande, pero impulsivo. Crees que puedes tomar la decisión que quieras sin tener que considerar a nadie más en la ecuación. Estoy harta de que intentes hacer un espacio en mi vida para luego la dejarla hueca y vacía cuando te vayas.

—No pretendo ser un padre para Jade porque tú no quieres que lo sea. Podría intentarlo, pero no me estás dando la opción, ¿verdad?

—¡Basura! —se rio—. Eso es realmente épico. Quieres tener una oportunidad de ser padre cuando todo es temporal. Sólo para tu diversión. “Ser padre no es lo único que intentaré y veré si funciona” —imitó con voz pesada—. Por eso no quiero dejarte entrar, no puedo seguir haciendo esto. Y podemos finalizar esta discusión.

Me metí las manos en los bolsillos del pantalón. Estaba empeñado en hacer progresos con Liv a pesar de que estaba claramente empeñada en no hacérmelo fácil.

—Mírame, Liv.

Se sorprendió por la calma de mi voz y se dio la vuelta.

—Sólo porque hayamos tenido sexo no significa que puedas seguir despotricando contra mí —tuvo la gracia de parecer un poco avergonzada—. Me querías. Puedes atacar todo lo que quieras porque soy el único aquí que está dispuesto a aceptarlo, pero sabes que me querías. Me besaste en la cocina, cuando todo esto se puso en marcha, me seguiste a casa y te uniste a mí en la ducha, me besaste en el camino, querías quedarte allí conmigo. Y sé perfectamente bien que quieres volarme los sesos ahora mismo.

En la última frase, se acercó mirando mis labios.

—No te quiero más.

El débil y casi silencioso susurro me rompió el corazón. Sacudí la cabeza, alisando un mechón de cabello rebelde de su mejilla. Incapaz de detenerme, me incliné para besar sus labios. Jadeó, y se separó.

—Déjame hacerte una promesa —susurré a una pulgada de sus labios, besando brevemente la parte superior—. Demonios, esto es difícil. Te quiero, te deseo tanto, pero te prometo, aunque me beses, aunque te me acerques y me digas que quieres mi pene dentro de ti, no lo haré.

Sus ojos verdes se abrieron de par en par en la incredulidad.

—Lo entiendo, no estás enfadada conmigo, lo estás contigo misma por no poder quitarme las manos de encima. Si no confías en ti hazlo en mí. Asumiré toda la responsabilidad para salvarte de esto.

La había liberado. Por un momento, pensé que iba a agarrar mi camisa y tirar de mí aunque también parecía estar a punto de llorar.

No entendía a esta mujer.

*¿Cómo puede quererme tanto y a la vez alejarme con tanta vehemencia?*

Con el miembro duro en los pantalones, hice lo que tenía que hacer para mantener mi loca promesa. Salí por la puerta principal y volví a la casa de papá.

# Capítulo Veintiuno

## Liv

El amor conquista todo. Adrian prefiere ir a la pizzería en lugar del estilo de vida de las fiestas

Me asusté. La constante actualización de mi vida era una prueba de que había gente siguiéndome, vigilando cada uno de mis movimientos.

La noticia incluía una foto tomada desde fuera de Joey's Pizza. A través de la ventana, los tres parecíamos una familia feliz.

Tuve que impedir el deseo de querer que eso se hiciera realidad.

No ayudó que durante los últimos tres días, era todo en lo que podía pensar.

Lo quería y no podía negarlo.

Los periódicos que hablaban de la relación de Adrian Decker con su novia de la escuela hacían las cosas más difíciles. Los reporteros estaban imprimiendo todo tipo de cosas que no eran verdad, pero que aun así, se esbozaba una vida que podría haber sido.

En otra vida, en otro tiempo. Me hizo suspirar por el hombre aún más.

El furor por la catástrofe de la fiesta de Adrian en Bellevue fue reemplazado por los fanáticos que deliraban sobre su relación con la “chica de al lado”. Su imagen había recibido una merecida revisión.

Gracias a la prisa de los medios por su “nueva relación”, pude observar en primera fila de que trataba la vida de Adrian. Nota para mí misma: nunca debería creer lo que los periódicos dicen de los famosos, todo era una porquería.

Todas las revelaciones de los llamados “amigos cercanos” eran mentiras que los periodistas solían inventar mientras tardaban en conseguir la noticia real.

Durante los últimos cinco días, desde que las primeras noticias sobre mi relación con Adrian llegaron a la palestra pública, aparentemente habíamos estado durmiendo en las casas de los demás. Había ido a comprar un vestido de novia y ahora estaba planeando una boda en Nápoles. También, aparentemente, vendiendo mi panadería y estaba comprometida con el corredor estrella a ser una devota ama de casa.

Adrian debía haber estado riéndose a carcajadas de todos estos acontecimientos, o tal vez sólo era yo, a él ni siquiera parecía importarle la noticia. Se veía inmune a todas esas tonterías a estas alturas.

Sin embargo, agradecí que los reporteros no descubrieran la conexión entre él y Jade. Eso había sido una bendición, lo último que quería era que ella se viera arrastrada a esta brillante controversia.

Tenía los dedos cruzados esperando que hiciera un buen uso de esta prensa positiva.

*Empaca y vete pronto.*

Como Jade estaba en casa de Casey durmiendo, tenía demasiado tiempo libre y una mente sin ocupaciones.

*¿Por qué me sentía totalmente fuera de control en lo que a él respecta?*

Eché un vistazo al reloj, eran las once de la noche. Él estaría en la cama, aburrido en ese lugar que su padre llamaba hogar. Deseaba que la noche pasara rápidamente.

A la una de la mañana, estaba mirando fijamente el techo de mi habitación y algo dentro de mí se rompió.

Tenía una oportunidad real de pasar tiempo a solas con Adrian y ver su cara.

Mely me sugirió que me quitara esta constante armadura que usaba para proteger mis sentimientos. Sólo vive peligrosamente.

*¿Y si me lastima? Y qué.*

*Eso es irracional.*

Tirando las sábanas a un lado, deslicé mis pies en mis zapatillas rosas y atrapé mi reflejo en el espejo. Mi cabello estaba todavía húmedo por la ducha, mi cara brillaba limpia después de mi rutina nocturna de cuidado de la piel. Llevaba una camiseta rosa y unos pantalones cortos con estampado floral. Mis mejillas estaban completamente rosadas.

Me froté la cara sintiéndola caliente y me obligué a pensarlo una última vez.

*Deja de pensar demasiado.*

Nunca había sido capaz de protegerme de las cosas que iban mal por estar preparando demasiado las cosas todo el tiempo. Estaba atrapada en una rutina interminablemente monótona y ya no me permitía ningún tipo de diversión.

Esta inflexibilidad arruinaba toda sorpresa. Lo veía como una amenaza a esta cuidadosamente cercada y monótona existencia.

*Estás al borde de la rigidez, Liv.*

Debo salir de ella y sólo yo puedo ayudarme.

Al escanear las notas adhesivas que cubrían el marco del espejo de mi tocador, la resolución

de liberarme de él se hizo más fuerte. Tenía listas de tareas para cada día durante las dos semanas siguientes.

Nada divertido podía pasar en esos días, porque no estaba en la lista.

*¿Es por eso que no podía dejar entrar a Adrian? ¿Porque no estaba programado para entrar?*

*¿Porque estaba tan metida en mis costumbres, en mi vida y en lo que quería, que él desordenaba cada aspecto de ella?*

Era claramente más sabio ahora. Era amable, y se preocupaba por Jade. Se aseguraba de que yo siempre supiera lo especial que era para él pero no quería darle una oportunidad, porque en realidad, no quería darnos una oportunidad.

Evitaba todas las formas de desastres y calamidades no establecidas, planificando en exceso cada día hasta estar a una pulgada de su existencia.

Eso me hizo enojar. Me había vuelto loca.

*¿A dónde me dirigía en esta hora con las anteojeras puestas?*

Giré sobre mi talón y salí por la puerta principal.

Los grillos eran ruidosos en la oscuridad. La luz seguía encendida en su dormitorio.

*Regresa.*

Había metido el dedo en el timbre antes de pensar en volver a mi solitaria cama rodeada de notas adhesivas.

*Lo necesitaba, aunque fuera por un tiempo.*

La puerta se abrió. Estaba de pie en la puerta con un par de bóxers blancos que se aferraban a su hombría.

Ni siquiera lo miré a la cara. Los calzoncillos y su contenido estaban demasiado calientes.

—¿Estás bien?

De repente mi boca estaba increíblemente seca.

—Eso no deja mucho a la imaginación.

Se rio mientras sus ojos caían en dirección a mi mirada.

—¿Estás aquí en medio de la noche para mirar mis partes?

Mi piel se estremeció, y mis pechos me dolían al verlo. Los músculos contorneados y

abultados de su pecho, los bíceps flexionados y su cabello desordenado.

Me abrí paso a través de él y caminé hasta el centro de la casa.

—Tenemos que hablar.

—Jesús. ¿Por qué siempre quieres hablar cuando estoy medio desnudo?

—Puedes ponerte algo, o no, eso depende de ti. No tengo ninguna preferencia. No quiero decirte qué hacer con tu cuerpo.

—Muchas gracias por eso. Pero hablas demasiado rápido y siento que estás borracha o nerviosa, dependiendo de lo que diga tu agenda para esta noche.

Levanté mi barbilla en desafío.

—Tenemos que establecer algunas reglas básicas si vamos a hacer esto.

—Bien. Ponme al corriente. ¿Qué vamos a hacer?

—Sólo respóndeme, ¡Demonios! Di que sí a lo que estoy diciendo.

Se rio.

—Siéntate.

—Estoy bien —me obligué a no mirar el despliegue de perfección masculina ante mí—. Tengo algo que decir, no importa lo que pase, no vas a interferir en la vida de Jade o demandar tus equivocados derechos paternales en algún momento del camino.

Sus cejas se levantaron al mismo tiempo.

—Eres una gran madre, y no sabría qué hacer si de repente tendría que sea un verdadero padre para ella.

—¡Grandioso! Bien, en ese caso, no tengo nada de qué preocuparme —me acerqué, deslizando las manos por su pecho, el escaso pelo en el centro de su enorme cuerpo pinchó mis palmas.

Me agarró las muñecas y las sostuvo a varios centímetros de su carne.

—¿Qué es esta nueva tortura sádica que has planeado hacerme pasar? —murmuró.

—Te quiero —le dije simplemente, manteniendo la mirada fija.

—Estás jugando conmigo porque te prometí que no haría esto.

—Retrátate.

Se rio.

—¿Retractarme?

—No quiero tu estúpida promesa. Te quiero a ti.

—Bien —la primera vez que estuvimos juntos, desapareciste en medio de la noche. La segunda, te escapaste del camino justo después de que tuviéramos sexo. Está claro que estás siendo consumida por una nueva impulsividad. No estoy jugando, prometí salvarte de ti misma.

—¿Y qué? ¿No me quieres ahora?

—No voy a fingir que no te quiero. Quiero decir, ni siquiera te he tocado, y mírame.

Bajé la mirada completamente a su ropa interior. Era cierto que sus calzoncillos dejaban poco a la imaginación, aunque no había nada de “poco” en lo que pasaba ahí abajo.

Suspiró.

—Pero dije que no lo haría y tú crees que no puedo cumplir las promesas.

—No puedes mantener esta promesa.

Él se rio, pero yo no lo hice.

—Déjame hacerte una promesa, me despertaré a tu lado por la mañana, desnuda.

Mantuve su mirada y me adelanté para presionar la parte inferior de mi cuerpo contra el suyo. La erección reveladora que me pinchaba en el ombligo era una prueba de su inherente batalla por mantener sus manos lejos de mí.

—Tú me quieres —presioné mi cuerpo contra su miembro para dar énfasis.

—Liv —gimió, pero no se alejó.

—Si ser amigos con un acuerdo de beneficios funciona por ahora, hagámoslo. Sin emociones, ni sentimientos —pero incluso cuando dije eso con fingida convicción, algo dentro de mí gritó por la estupidez de esta idea.

*Te quiero, Te amo y tomaré todo lo que pueda conseguir.*

—Ese arreglo no funciona para mí y me niego a creer que lo haga para ti.

Levanté mis manos en la frustración y las dejé caer a los lados.

—Escucha, sabelotodo. Tienes que confiar en mí cuando digo que quiero esto.

Sacudió la cabeza, listo para discutir.

Levanté mi mano.

—Sé que a veces cambio de opinión, gran cosa, pero te quiero ahora, y eso es todo.

Parecía estar luchando contra demonios internos. Me di cuenta de que sonaba autoritario y exigente con el sexo.

Pero mientras la boca de Adrian bajaba para tomar la mía, me olvidé de todo.

Me besó abruptamente y agarró mi cara entre las dos manos.

—Para que lo sepas —dijo, con los ojos brillantes— si corres esta vez, te traeré de vuelta aquí y te llevaré a donde perteneces, mi cama.

—Date el gusto —le mordí el labio inferior. Gimió y me levantó con un simple tirón de ambas manos. Mis piernas se enrollaron alrededor de su cintura, y sentí que me bajaban al sofá.

Cuando sus manos me bajaron los pantalones cortos y los deslizaron por las piernas, no había mucha urgencia. Como si tuviera todo el tiempo del mundo para hacer lo que quisiera.

La tranquilidad de su cuerpo me relajó. Mi guardia bajó en un instante ante la exploración sin prisa de sus manos.

Sus palmas estaban ásperas mientras levantaba mi camiseta lentamente.

—¡Demonios! —el aliento caliente en mi cuello era una especie de maldición. Aplastó mi pecho izquierdo en la palma de su mano, los duros músculos de su espalda se flexionaron bajo mis manos, las deslicé hasta llegar a sus calzoncillos, clavando mis uñas en su tenso trasero.

Se alejó tan abruptamente, que lo miré con confusión.

Su pecho subía y bajaba en respiraciones agudas, se quitaba la ropa interior de su cuerpo dejándola caer en los tobillos mostrando su erección llena de venas y gruesa. La cabeza estaba morada con una lujuria atada que no quería otra cosa que derramarse dentro de mí.

Instintivamente, me senté, arrastrando mis caderas hasta el borde del sofá alcanzando su trasero.

Se interpuso entre mis piernas separadas, y mi boca se cernió caliente a una pulgada de su miembro. Mientras tanto, sus manos me acariciaban la parte de atrás de la cabeza como si esperaba el siguiente paso. Deslicé mi lengua aplastada por la cabeza de su pene, mojándolo generosamente, y su respuesta de gemido fue suficiente para hacer que mi clítoris ardiera.

—Me estás matando —su cabeza cayó hacia atrás.

Me dolía la pérdida de contacto visual, pero envolví mis labios alrededor de la cabeza de su pene y moví mi cabeza hacia adelante. Introduje su erección tanto como pude en mi boca como me cabía. Era un hombre grande, y su miembro era una bestia en circunferencia y fuerza. Apenas cabían tres pulgadas de él en mí, así que envolví mis dedos alrededor de la base, esparciendo mi

saliva por todos lados y lo masturbé desde la raíz hasta la cabeza, mientras mis labios seguían el movimiento.

Un chorro caliente de precum se derramó en mi lengua. Me lo tragué rápidamente y masajeeé las bolas con mi mano libre.

Salió de mi boca y mis manos en un rápido paso hacia atrás.

Sacudiendo la cabeza, se acercó a mí, empujándome a la espalda.

—Harás que estalle en tu boca y me avergonzarás.

Yo me reí, pero él captó el sonido en su boca codiciosa.

Me deleité con la fuerza de su cuerpo, sentía el peso aplastándome, sus labios cincelados se arrastraron por mi mejilla hasta mi oreja, bajando por mi cuello. Cuando su boca se cerró húmeda en mi pezón, arqueé la espalda, mis muslos se agitaban juntos a un ritmo lento mientras intentaba apretar la necesidad de querer mucho más.

Su mano se metió entre mis muslos.

—Abre para mí, hermosa.

Yo lo hice, mis rodillas se desmoronaron. Yo estaba abierta a él, para que pudiera enterrar su erección.

En vez de eso, sus labios se cerraron con calor sobre mí.

Levanté mis caderas del sofá, las apreté contra su boca cuando encontró mi clítoris y pasó su dura lengua sobre él, una y otra vez.

Mi piel se erizó por completo y comencé a sudar, pero esto no era lo que quería. No esta noche.

Agarrándole el cuello y el hombro, lo levanté.

—No quiero venirme sola, vente conmigo, dentro de mí —su boca selló la mía, así que me quejé—. Lléname con tu semen.

Se puso en acción. Atrapando mis labios en su boca, colocó mis pantorrillas sobre sus hombros deslizando su pene dentro mí dolorosamente despacio. Sólo una pulgada.

Desesperada por sentir el grueso estiramiento que su erección me podía dar en el centro, intenté mover mis caderas más alto, no me dio el gusto, en cambio, miró mi cara como un hombre poseído por lo que vio. Sus ojos miel parecían arder, sumergió una pulgada, luego otra, haciendo lentamente espacio para su eje en mi cuerpo.

La deliciosa dulzura de la penetración fue frustrante, pero también satisfizo una necesidad muy arraigada de su atención.

Me sentí completa al sentir que la base de su pene llegaba a mi centro, cada centímetro de él estaba encerrado en mi cuerpo. Un gruñido bajo y profundo escapó de su pecho. Dejé caer mis piernas de lado, tirando de él hacia abajo, metiendo mi lengua en su boca en ofrenda silenciosa mientras se mecía conmigo.

Despacio, profundo, con ganas.

Mi cuerpo se movió para bailar a su ritmo. Mis palmas se deslizaron sobre su espalda sudorosa, tocando su cuello y también su trasero. Apretándolo contra mí con mi vagina y mis dedos. Circulaba por sus caderas, su pene rozaba todos los lados de mis entrañas, bruñendo mi clítoris. Me agarré a un puñado de su cabello grueso y oscuro, tirando de él, le mordí el labio inferior mientras jadeaba en su boca abierta.

—¡Adrian, Adrian, Adrian, oh Dios! —me moví tan fuerte que la parte superior de mi cuerpo se deslizó del sofá. Grité, pero él me agarró a mitad de camino, subiéndome de nuevo. Sus ojos hicieron agujeros en los míos mientras yo reía, rápidamente me lamió los labios lleno de ganas. Pude ver el placer en su bello rostro, y su poderoso cuerpo tembló sobre mí cuando llegó.

Una vulnerabilidad ensombreció sus ojos miel mientras mi centro le amasaba el orgasmo.

Todavía estaba jadeando cuando se retiró, dejando un espacio hueco entre mis piernas. Me dolía pero lo quería de nuevo y otra vez.

Se paró a mi lado, con su miembro erecto todavía y en un rápido movimiento, deslizó sus brazos debajo de mí y me tiró sobre su pecho.

—¿Adónde vamos? —me aferré a su cuello, inhalando el dulce aroma de su sudor y semen mezclándose en el aire para hacer un delicioso brebaje.

—¿Dónde crees? Voy a atarte a la cama antes de que corras.

Me estaba riendo cuando me tiró sobre la cama. Reboté en el colchón y su boca sonriente estaba en la mía otra vez. Sus manos devoraron mi cuerpo antes de que sus labios lo siguieran.

Adrian no me iba a dejar dormir esta noche. Menos mal que no quería hacerlo.

# Capítulo Veintidós

## Adrian

Maldito infierno.

No podía creer lo afortunado que era.

Tenía que verla de nuevo, dormida en mi cama. Intenté no estar aturdido, pero era imposible.

Sus labios estaban ligeramente separados cuando se acostó de lado. Su cabello rojizo sobre mis almohadas y sus largas pestañas proyectaban sombras en sus pómulos altos.

Por primera vez en mi existencia, sentí que podía recitar algo de poesía, no recordaba ningún poema, pero me sentía inspirado a escribir.

Sofiqué una risa y me deslicé lentamente fuera de la cama. Sabía que Liv estaba desnuda bajo el edredón, y eso me hizo querer volver a entrar y despertarla. Aunque me estremecí al pensar en ello. Estaba actuando como una bestia hambrienta de sexo. No entendía de dónde venía eso, siempre había tenido una libido muy alta, pero no recordaba la última vez que quise cogerme a la misma mujer media docena de veces en una noche.

*No era yo.*

*Ese eres tú, cuando se trata de Liv.*

Me puse los calzoncillos y agarré una camiseta de la silla de la esquina de la habitación. Uno de mis pantalones deportivos se había enredado en las sábanas, y lentamente los saqué. No quería despertar a la diosa tentadora en mi cama. Todavía no.

No podía quitarle los ojos de encima.

Quería que esta mañana fuera especial. Que sintiera el mismo calor que yo sentía en ese momento.

No tenía nombre para expresar el sentimiento, pero lentamente se apoderó de cada parte de mí. Fue debilitante, no podía concentrarme en nada más que en esta mujer.

Robé las llaves de mi mesa y saqué su auto de la entrada para que no se despertara. En una misión para tratarla como la princesa que era, conduje hasta la charcutería de la ciudad, tomé unos croissants que se veían tan bien como los que había comido en Niza. También pan de sándwich de desayuno, tres rebanadas de pasteles surtidos y dos tazas de café.

Estaba cargando el botín del desayuno en el auto cuando devolví un hola a un tipo que ni siquiera reconocí.

La gente de aquí era o muy rara o demasiado agradable, se detenían a saludar pero no interrumpían mi día.

*Me gusta Ashland.*

Ese pensamiento me hizo reír para mí mismo.

No, no es así. Este lugar me está absorbiendo la vida. Quiero salir.

Pero cuando me subí al auto, un Honda azul se había estacionado en el puesto vacío al lado del mío. Era la Sra. Clarence, la dama cuyo jardín había allanado para conseguir flores para Liv, me sonrió y me saludó, y luego siguió su camino.

Conduje de vuelta a la casa de mi padre y mi cabeza daba vueltas con pensamientos contradictorios. Durante la última década, había asumido que las personas de Ashland eran todos unos perdedores y no llegarían a ninguna parte en la vida. Pero no sólo eran amables y hospitalarios, sino también muy trabajadoras y viajeros. Tenían ambiciones, tomaban vacaciones y recorrían todo el mundo. No sabía por qué los consideraba una especie inferior de personas.

*¿Qué me pasa?*

*Eran como yo.*

A regañadientes me enfrenté a la dolorosa posibilidad de haber estado viviendo en una burbuja de mi propio sentido de superioridad.

Eso sólo significaba una cosa. Estas personas no eran los perdedores, el perdedor era yo.

Yo era un maldito perdedor que despreciaba a esta gente maravillosa.

Cuando Olivia notó un cambio en mí durante su visita, le gustó lo que vio. ¿Me gustaba el cambio? Me sentía muy diferente.

Me sentía más tranquilo, pero estaba tentado de atribuirlo a la falta de fiesta, bebida y al constante aluvión de horarios, citas y reuniones de aprobación.

En Ashland, me sentía como mi antiguo yo. El que era antes de cumplir los dieciocho años se transformó y convirtió en un capullo egoísta. La autodestrucción era parte de mí, claro, había terminado con una gran carrera y más dinero del que podía gastar en tres vidas. ¿Pero qué había ganado en mi vida personal?

Seattle era todo trabajo, hasta el juego dejó de ser divertido.

En Seattle, siempre me sentía enfadado. Como si estuviera embotellando años de furia. Por eso Olivia me había convencido para que viera a un terapeuta.

Lo había llamado “el equipaje emocional de la infancia”.

—Tienes que aprender a soltarlo. ¿Olivia había visto que yo estaba perdiendo esa carga

cáustica durante mi tiempo de descanso en Ashland? A lo mejor no era la ciudad quien te está cambiando, tal vez sea el tiempo libre.

Un descanso del ajetreo de ser constantemente entrevistado, adulado y seguido. Mi casa estaba en Seattle, no importaba lo que pasara. Tenía una vida allí que me gustaba.

Si las palabras de mi terapeuta eran algo a lo que atenerse, mi insatisfacción no se derivó de nada malo en mi presente, simplemente no me había curado de mi pasado.

*No podía culpar a Seattle.*

Llevé las bolsas con el desayuno adentro y traté de ser lo más silencioso posible mientras buscaba una bandeja medio decente en la cocina de mi padre.

Una vieja de plástico que parecía madera falsa era mi única opción. Entré en el dormitorio, y mi aliento se escapó en un apuro, nunca me cansaría de ver esto.

Liv estaba boca abajo. Las sabanas se habían caído hasta la base de su columna vertebral revelando la suave curva de la parte superior de su trasero.

Mi corazón se estremeció. No quería mudarme.

—Un ángel en mi cama —dije en un susurro.

Se agitó y se volvió hacia su lado, sus ojos verdes entrecerrados trataban de enfocar mi cara.

Una cálida y suave sonrisa se extendió por sus labios rosados. Mis dedos se aferraron a la bandeja mientras mis bolas me apretaban el pene viéndola acostada desnuda en mi cama.

—Te deseo tanto.

Ella se rio dulcemente. Estaba sentada agarrando el edredón a su pecho, dobló las piernas, levantando las rodillas al pecho.

—¿Qué haces con esa bandeja?

Miré hacia abajo, olvidando lo que tenía.

—Oh, esto —mi boca estaba seca. No quería desayuna, la quería a ella—. Sólo deseaba hacer la mañana especial para ti.

Su sonrisa vaciló. Me miró con incredulidad.

*¿Estaba haciendo demasiado? No quería asustarla. Mierda, si yo hacía demasiado, ella iba a salir corriendo otra vez.*

Estaba confundido.

Sus cejas suavemente arqueadas se levantaron sobre sus grandes ojos.

—Vaya. ¿Lo has hecho todo? No podemos comer tanto.

—Podemos.

—Sé que puedes.

Se rio, y le di un plato con un croissant con mantequilla. Lo degustaba con los ojos cerrados.

—Me muero de hambre. Gracias por esto. No tenías que hacerlo.

Le pasé un pulgar por el labio superior para quitarle las migajas. Se calmó, sonriendo.

—Si no te conociera tanto, diría que estás disfrutando de tu tiempo aquí en Ashland.

—Anoche fue la mejor noche de mi vida.

Se rio y se llevó el dorso de la mano a la boca.

—No puedes estar tan feliz por ello, quiero decir, has caído de nuevo en esta vida de pueblerinos y desafortunados indigentes mortales de Ashland.

Mi sonrisa se desvaneció, y mi corazón se retorció en mi pecho.

—Creo que necesito hacer una confesión.

—¿Qué? —se comió un trozo de pastel de chocolate.

—Me avergüenzo de la forma en que me comporté cuando llegué aquí —su siguiente mordisco se detuvo a mitad de camino.

Respiré profundamente.

—Las personas de aquí son increíble. Son inteligentes y amables. Pensé que mi vida en Seattle era lo máximo ¿Sabes? Sentí que era lo mejor, pero ahora, creo que estaba en una burbuja de complejo de superioridad.

Colocó el pastel en el plato sin morderlo. Sus ojos verdes estaban sobre los míos, podía sentir que habría un juicio.

—Durante los últimos años, me convertí en un hombre cínico, casi cruel y es la parte desagradable la que más me molesta.

—No fuiste cruel.

—Primero me escondía, como si fuera demasiado bueno para estar aquí, y luego caminaba por la ciudad con un aire de superioridad. Me avergüenza admitirlo, pero dejé que la alta vida de los famosos se me pegara de una manera totalmente asquerosa. Medía la simpatía de las personas en base a su éxito o valor financiero, y lo peor es que ni siquiera me había dado cuenta hasta que

vine aquí y comencé a pasar tiempo contigo nuevamente.

En lugar de mirarme con recelo, me agarró la mano y se la llevó a la boca para darme un beso en el nudillo. Sentí una erección al instante.

—Dios, esto es una tortura, no importa lo que hagas, esto siempre pasa —hice un gesto hacia mi entrepierna.

Sus ojos siguieron la dirección que señalé, y soltó mi mano como si la quemara.

—Eres incorregible. A veces te odio —se rio—. Estoy desayunando. Será mejor que te ocupes de eso —señaló mi entrepierna—, por tu cuenta.

Le devolví la sonrisa, notando que el rubor rosado manchaba sus mejillas. Deslizando la bandeja a mi lado de la cama, me incliné hacia adelante, empujándola sobre su espalda. Ella gritó.

—No me odiaste anoche cuando te hice... —le besé la barbilla y la garganta mientras reía y luchaba, golpeando mis hombros con la fuerza suficiente para alejarme de ella, pero no para despistarme. Me quería justo donde estaba—, venir una y otra vez.

Sus brazos me rodearon el cuello, forzando mi boca hacia abajo con fuerza sobre la suya. La besé con ganas sacando el edredón de entre nosotros al mismo tiempo. Aplasté su delgado cuerpo debajo del mío. Mi rodilla separó sus piernas, poniendo mi entrepierna en contacto con su vagina, incluso a través de la barrera de la tela, la sentíamos lo caliente que estábamos.

Mi teléfono sonó desde la cocina, y me quejé, besándola más fuerte.

Rompió el beso, jadeando.

—Está bien, puedes agarrarlo.

Puse mi frente contra su hombro. Me picaban las manos para agarrar sus pechos desnudos en la exhibición.

—Vuelvo enseguida —no pude resistirme a deslizar mi lengua sobre su pezón derecho y chuparlo una vez antes de irme. Se acurrucó de lado cuando salí del dormitorio.

Iba a esperarme allí mismo en la cama. Toda sonrojada, caliente y excitada para mí.

*Eres un imbécil con suerte.*

No quería una mañana en la que ella no estuviera en mi cama, esperando a que volviera con ella, para hacerle el amor al despertar.

El pensamiento era una locura. Todavía estaba sin aliento cuando contesté el teléfono.

—Hola, Mark

—¡Adrian! Te llamé cuatro veces anoche.

—Estaba ocupado —mantuve mi ojo en la puerta del dormitorio, sabiendo que Liv estaba esperándome. Mi cuerpo se agitó para volver a ella.

—Tengo grandes noticias. Tu piloto estará en la pista de aterrizaje a las cinco de la tarde mañana para traerte de vuelta.

Me puse rígido.

—¿Qué carajo?

—No pareces feliz —dijo con incredulidad—. Vas a salir de ese agujero de mierda.

Apreté mi mandíbula. Puedo llamar a Ashland como me dé la gana ¿Pero Mark? No. Quería clavarle el puño en la nariz, pero no dije nada, tenía un problema más grande que resolver.

—No creo que deba volver a Seattle ahora mismo —di la espalda a la puerta del dormitorio y apoyé los codos en la isla de la cocina.

—¿Me estás tomando el pelo?

Me pasé la mano por el cabello, tratando de averiguar por qué no quería ir, estaba nervioso, no sabía qué decir. Estaba arañando una balsa salvavidas para mantenerme a flote.

—Dije que no quiero volver ahora mismo.

Un silencio incomodo abordó la conversación, probablemente reconoció mi tono sin tonterías.

—Querías salir de allí.

—Las personas cambian de opinión. Gran cosa —citó a Liv con gran satisfacción

—¿Has consultado con Olivia sobre este último desarrollo? ¡Ella quiere que vuelvas!

—Qué lástima. No me gusta ese tono de voz, Mark. No puedo hacer esto ahora. Luego hablamos.

—Pero...

Colgué y miré fijamente mi teléfono, preguntándome qué demonios me había pasado.

No podía quedarme aquí en Ashland. Papá volvería pronto pero Liv estaba en mi cama.

No quería dejarla, deseaba pasar tiempo con Jade, ser parte de sus vidas por un poco más de tiempo.

*Pero no me veo haciendo eso a largo plazo.*

*¿Cuándo fue la última vez que te comprometiste con algo?*

*Ni siquiera quieres estar con los Halcones Rojos ahora.*

*Demonios, el equipo es tu vida.*

*No tienes raíces. Estás a la deriva, perdido y confundido.*

—¿Qué quiero hacer?

—¿Adrian?

Salté, sintiendo que me habían capturado haciendo algo que no debía hacer. Liv se paró en la puerta con mi camiseta blanca, una de mis días en la escuela, decía “Nodoyuna” en el frente en una fuente curva.

La camisa terminaba en sus rodillas, haciéndola parecer más pequeña de lo que era.

—Estaba volviendo a la cama —mi voz tembló. Nunca me había escuchado sonar así. Oficialmente estaba perdiendo la cabeza por completo.

Liv se mordió el labio.

—Te vas a Seattle, ¿verdad?

Apreté la mandíbula con fuerza. ¡Mierda! Ella había escuchado mi conversación telefónica.

Odiaba esa mirada de desamparo en su cara, no importaba cuántas veces me dijera que me fuera, sé que me quería aquí. Estaba tan confundida como yo.

*¿Qué nos estamos haciendo el uno al otro?*

No queríamos comprometernos pero tampoco queríamos ir por caminos separados.

Tendríamos que elegir una de las dos opciones, tarde o temprano.

Inhaló bruscamente y forzó una sonrisa.

—Quiero decir, está bien. Tienes que volver en algún momento. No quiero pelear por esto.

Eso era suficiente, había que ponerle fin a todas estas tonterías. Alguien tenía que dar un paso adelante y ponerle freno a la locura que estábamos viviendo. Estaba listo para perder esta batalla si eso significaba que al final tendría a Liv.

Avancé, cerrando el espacio entre nosotros. Incliné su cara hacia atrás mientras me miraba.

—Ya terminé.

Sus labios se separaron. Una oscuridad nubló el verde esmeralda de sus ojos.

—¿Qué?

—Estoy harto de esta mierda, no puedo hacer esto. ¿Dormir contigo y luego seguir adelante con mi vida? Es la idea más estúpida que he escuchado. No lo quiero.

Se le cayó la cara y se mordió el interior del labio. La agarré de los hombros y la acerqué.

—¿Podemos intentarlo? ¿Una relación de verdad? Quiero ser una familia contigo y con Jade, estar contigo y tratarte como te mereces. Quiero hacerte olvidar lo imbécil que fui para ti cuando éramos niños.

No miró hacia otro lado. Pero su expresión no era muy alentadora. Parecía que había visto un fantasma y seguía mirando uno.

—No dejaba de pensar que prefería no tener raíces ni nadie de quien depender o que alguien dependiera de mí. Pero ahora veo que este tipo de vida me hizo miserable en Seattle. No vivo allí, sólo sobrevivo. Mi día se resume a encontrar distracciones para mantenerte ocupado. Eso no es lo que quiero.

Liv seguía congelada. No reaccionó. Seguí adelante.

—Sé lo que quiero. Deseo que seamos una verdadera familia. Tú, Jade y yo. ¿Qué dices? ¿Puedes darme una segunda oportunidad?

## Capítulo Veintitrés

### Liv

—¿Dijo qué?

Me quedé mirando a Mely. Su expresión reflejaba horror e incredulidad al igual que mi propio rostro.

—Lo que escuchaste, dijo que quería una segunda oportunidad y formar una familia.

—¿Y qué dijiste? —Parecía genuinamente aterrorizada de seguir con esta conversación.

Y yo sabía por qué. Toda mi situación de amor-odio con Adrian se había vuelto demasiado complicada. Tenía miedo de decir algo equivocado. Desde el principio, Mely dejó claro en un colorido lenguaje que lo despreciaba por todo lo que me había hecho en el pasado.

—No dije nada. Sólo que lo pensara bien.

—Así que no dijiste que lo pensarías, es decir, no se hicieron promesas, ¿verdad? —el alivio en su cara me dio como una diana en el corazón—. Que debería pensarlo mejor, lo que básicamente significa que estaba teniendo un episodio psicótico y que tenía reevaluar su loco plan.

—¡Ya lo sé! ¿Pero qué más se supone que debía decir? ¡Me agarró con la guardia baja!

—Te acostaste con él anoche. Era obvio que quería continuar haciéndolo, tú misma me contabas que le gustaba mucho tener relaciones contigo incluso cuando estaban en la escuela.

Me mordí el labio inferior. Mely ni siquiera sabía la mitad.

—En realidad, no es la primera vez que lo hacemos desde que volvió.

Se sacudió visiblemente ante esa información.

—¿Has estado acostándote con él todo este tiempo, y no me lo habías dicho! Dijiste específicamente que no lo habías hecho.

—Fue un error, ¿de acuerdo? Sucedió, y no quería admitirlo, mucho menos decírtelo y dejar que fueras toda una jueza molesta al respecto. Lo odias.

—Oh, Liv. No te estoy juzgando. Tengo miedo por ti. Me alegro si realmente quieres esto pero también te conozco, sé que no puedes tomarte a Adrian en serio.

—Lo sé —me froté las manos en la cara—, yo lo quería, lo amaba, pero también sé que esto no podría funcionar, no hay confianza y tampoco creo en él. Nuestras vidas están en dos caminos

diferentes en lados opuestos del mundo. Nos destruiremos el uno al otro cuando decidamos terminar con esto.

—¿Quieres que esto funcione?

Las palabras de Mely hicieron que mis párpados ardieran con lágrimas. Me torcí los dedos, apretándolos sin piedad mientras miraba mis manos sobre la mesa. El bistró estaba lleno de gente. Era la hora del almuerzo, y el único momento que ella tenía libre entre semana. Hice el viaje de veinte minutos hasta acá porque quería desahogarme.

—Sí, pero sé que pronto terminaremos discutiendo sobre quién visita a quién. La larga distancia no funciona, no puedo añadir ese tipo de estrés a mi vida.

—Sólo dile eso.

—Estoy perdiendo la cabeza, no quiero decir que no porque eso me quitaría lo poco que tengo con él ahora mismo, sólo por este momento, quiero a Adrian en mi vida.

Media hora después, me detuve en un estacionamiento a pocos metros de Funky Bake. Tan pronto como aparqué, alguien abrió la puerta del lado del pasajero.

Reconocería ese cuerpo en cualquier lugar. Justo anoche, ese maravilloso, incomparable y enorme cuerpo había estado debajo de mí.

Adrian se sentó en el asiento del pasajero con una sonrisa en su hermosa cara.

Mi corazón se retorció cuando mis lágrimas amenazaron con derramarse. Un doloroso nudo se apretó en mi garganta.

Antes de que pudiera decir una palabra, cerró la puerta de un portazo, tomó mi cara y sus labios cubrieron los míos. Posesivo y confiado, sabía a menta, olía a champú, colonia y a su propio olor distintivo, el mismo brebaje que se incrustaba en mi piel cada vez que teníamos sexo.

Apenas moví mi boca bajo su embestida, pero disfruté del deseo posesivo. Sus labios acariciaron suavemente el contorno de los míos, sus dientes apenas rozaban los lados de mi boca. Mis manos se levantaron por sí solas, explorando sus duros pectorales, los abultados músculos que se flexionan bajo mi palma.

Me acerqué aunque una parte de mí luchó contra el placer que sólo él era capaz de darme. Mis dedos se enroscaron en la tela de su camiseta blanca.

Rompió el beso después de lo que parecieron años y sus manos me alisaron el cabello de la cara. Su cara estaba a centímetros de la mía.

Amaba su mirada, la había amado desde siempre. ¿Cómo podría hacer que volviera a su vida y abandonara esta idea de ser una familia?

—Te he estado esperando durante la última hora. ¿Por qué no has atendido mi llamada?

—¿No lo hice? Oh, mi teléfono está en silencio.

Tomó mi mano y apretó mis nudillos contra sus labios cincelados.

—¿A dónde fuiste?

—A ver a Mely.

Su sonrisa vaciló.

—Creí que habías dicho que Mely no tenía tiempo libre entre semana.

—Hoy hizo una excepción. Era una emergencia.

Su mano se apretó sobre la mía.

—¿Esto tiene que ver con lo que te pregunté anoche?

Liberé mi mano de la suya y me rompió un poco el corazón cuando la soltó sin oponer resistencia.

—Me sorprende que esta sea una opción que crees que podamos considerar. Nos estás preparando para el desastre, excepto que esta vez, Jade será un daño colateral.

—Vamos Liv piénsalo bien, sé que podemos hacerlo —se volvió hacia mí, sus largas piernas impedían cualquier otro movimiento—. Mira, sé que piensas que va a ser difícil, la distancia es un problema, tú tienes tu negocio... —dijo señalando a Funky Bake a través del parabrisas—, y yo tengo mi carrera en Seattle pero quiero tiempo contigo y con Jade, que tengamos un futuro juntos. Me quedaré en Seattle durante la temporada y me mudaré aquí el resto del año.

—Odias este lugar.

—Ya no lo hago. Mis chicas viven aquí, y yo pertenezco a este lugar.

Las lágrimas que había intentado contener valientemente durante la última hora pasaron por mis párpados, derramándose por mis mejillas.

—Oh, Liv —sus dedos secaron mi cara.

Lo miré, forzándome a sonreír.

—No sé por qué me siento así, lo siento, no hay nada por lo que llorar.

—No, puedes llorar todo lo que quieras.

Me quedé boquiabierta mirándolo a los ojos.

—Odio cuando las personas dicen que no llores, si necesitas llorar todo el día hazlo pero

déjame abrazarte mientras lo haces. Sé que esto es difícil, pero haré lo que sea necesario, lo prometo.

Cerré los ojos, exprimiendo las gotas de humedad de ellos.

—Hay cientos de familias en las que uno de los padres es desplegado durante años. Esas familias también sobreviven y ni siquiera voy a ir a la guerra. Sólo estaré fuera unos pocos meses del año puedo permitirme volar a casa cuando quiera.

Mis ojos se dirigieron a los suyos.

—¿Casa?

Parecía sorprendido de haber dicho eso.

—Supongo que eso es lo que va a ser ya que estarás aquí —me acarició la mejilla con el pulgar.

Su ternura, su repentina voluntad de comprometerse y ser esta persona comprensiva y sensible me hizo sentir avergonzada.

Ya había sido así una vez y me enamoré de él. Entonces pulsó un interruptor y decidió que no quería ser más esta persona, no podía vivir en ascuas esperando el momento en que Adrian decidiera que estaba mejor solo y con menos familia.

No quería hacerle daño. Necesitaba que se diera cuenta de que era un plan mal concebido. Aunque me rompería el corazón en un millón de pedazos cuando finalmente lograra convencerlo, nos dejaría a Jade y a mí atrás.

*Mejor ahora que después.*

*Es mejor romper su corazón ahora, y salvar el tuyo y el de Jade en el futuro.*

Al darme cuenta ya estaba en su pecho, levanté mi barbilla en desafío.

—Adrian, realmente me preocupo por ti pero esto va demasiado rápido.

—Detente.

—Te conoces mejor que yo, eres un tipo que vive en el momento. Estás disfrutando de tu regalo, y quieres que dure pero, lo siento, ya no confío en ti.

Su mandíbula se apretó, pero no estaba enojado. Se veía miserable. Tenía una mirada que no se ajustaba al hombre carismático que yo amaba.

—No permitiré que Jade se convierta en tu diversión temporal, no puedo seguir por este camino —agregué, y el silencio se extendió mientras observaba fijamente mi panadería. Su expresión era ilegible.

Una racha de posesividad se apoderó de mí cuando recordé su vida en Seattle llena de estrellas.

Despreciaba a las modelos y actrices que se aferraban a su brazo, Adrian era mío, pero no podía tenerlo. Tenía que dejarlo ir, en este momento era una persona reacia al riesgo, y eso me mantenía a salvo.

Prefería estar segura que lamentarlo. Aunque me rompiera el corazón en el proceso.

Abrió la puerta del auto y me puse rígida esperando que dijera que volvería a su vida. Estaba desesperada por convencerlo de que quedarse sería catastrófico.

—Haré lo que sea necesario para que vuelvas a creer en mí.

La puerta del carro aterrizó en su marco y él se alejó. No me miró ni siquiera una vez.

Yo no podía dejar de verlo mientras se alejaba, tampoco paraba de llorar.

Adrian se mantuvo firme en que quería ser parte de una familia.

*Mi familia.*

*No va a funcionar. No va a funcionar.*

Puse el auto en reversa. No podía llegar con mi cara manchada de lágrimas al trabajo.

Cuando salí del estacionamiento, otra voz me susurró tranquilamente en la cabeza.

*Pero, ¿y si funciona, Liv?*

# Capítulo Veinticuatro

## Adrian

Mark no dejaba de llamar y no me importaba para nada.

Ahora había traído las armas grandes. Olivia había dejado más de diez mensajes, todos diciendo lo mismo: “tu piloto está esperando en la pista de aterrizaje”.

No iba a subir a ese avión.

Hablaba en serio sobre lo que le había prometido a Liv, no descansaría hasta lograrlo.

No podía dejar Ashland hasta que supiera que Liv estaba de acuerdo con el plan.

Estaba abierto a cualquier cosa, negociaciones, concesiones, etc. No quería estar sin ella. Incluso si había millas entre nosotros, tenía que saber que ella estaba Mely que era toda mía.

Quería darle tiempo suficiente para procesar mi propuesta. Así que me abstuve de llamar, no la había visto desde que hablamos en su auto.

Era difícil verla, deseaba que dejara de desconfiar, que se permitiera creer en mí. Estaba listo para poner todo el empeño necesario para asegurarme de que sucediera.

*La quería en mi vida.*

Tenerla en mi cama había abierto la gran caja de los recuerdos. Siempre fuimos buenos juntos, me hacía mejorar, se preocupaba y lograba que me importaran las cosas. Después de once años a la deriva como un barco de papel apático en un pantano, me sentí yo mismo otra vez. Como si perteneciera a algún sitio. Jade y Liv eran las únicas dos personas en el mundo a las que quería significar algo.

*Significaban todo para mí.*

Mi vida en Seattle parecía tan lejana. Me encantaba mi casa en Bellevue y extrañaba estar allí, pero estaba completamente vacía. Sólo el ama de llaves y yo, era una existencia solitaria y no tenía ganas de volver.

La única vez que sentía verdadera felicidad era cuando estaba con ellas.

*Quería aferrarme, quedarme, y amarlas.*

*Si tan sólo me dejara.*

Me encontré parando frente a la floristería. Estaba listo para volver con Liv y una vez más defender mi caso. Señalé las rosas rojas de tallo largo.

—Me llevaré tres docenas de esas en un solo ramo, por favor.

Busqué el dinero en mi bolsillo, anticipando la mirada en su cara cuando las viera. Le encantaban las rosas rojas. Me sonreí al recordarla una vez diciéndome: “soy una persona tan aburrida. Me encantan las rosas rojas, ojalá me gustaran las orquídeas o las hortensias. Pero no, las rosas rojas son mi vida”.

Tenía diecisiete años entonces. Todavía recuerdo el mono blanco que llevaba puesto cuando dijo eso. Recordaba con claridad cristalina cada momento que pasé con ella. No me cansaría de revivir esos recuerdos, nunca.

La florista era una mujer de mediana edad con un cabello corto y afilado. Me sonrió cuando me entregó el ramo.

—¡Es una chica o un chico con suerte! —modificó rápidamente.

Me reí entre dientes.

—Chica, espero que le gusten.

—Le encantarán.

Le di a la mujer un billete de cien dólares y me quedé esperando el cambio cuando vi a Liv.

Fue una visión con un vestido blanco de tirantes, parada fuera de una librería. Su cabello estaba peinado en ondas naturales que descansaban en sus hombros desnudos.

No dejaba de mirar hacia la librería. Había dado un paso hacia adelante. No podía evitar sonreír, queriendo sorprenderla.

El florista llamó por detrás.

—No olvides tu cambio.

Me di la vuelta sólo brevemente, impaciente por tomar el cambio. Giré nuevamente para comenzar mi camino hacia la librería cuando me detuve bruscamente.

Un hombre había salido de la librería, sonriéndole. La tomó por la cintura mientras ella le devolvía la sonrisa. Una puñalada de dolor me atravesó el pecho. La vida comenzó a pasar en cámara lenta.

Mis ojos se clavaron a la cara de Liv buscando una señal... una señal de que ella no deseara al hombre. Pero sonrió tímidamente, enganchándose el cabello detrás de la oreja.

Miré las flores y me tragué el doloroso nudo en mi garganta.

El ramo de exquisitas rosas rojas colgaba de mi mano derecha así que me adelanté sin poder tomar una decisión más inteligente. Cerré la distancia entre la pareja feliz y yo antes de que

dejaran de sonreír.

El hombre me miró de forma extraña cuando me paré justo delante de Liv. Pero era la reacción de ella la que me importaba, era todo lo que quería ver. Tenía que estar equivocado. Dios, esperaba que fuera así pero no.

El color se evaporó de su cara. Abrió la boca como para hablar, pero no salió ninguna palabra. Su mirada se posó en el enorme ramo de mi mano, y rápidamente se puso de lado, alejándose del hombre que acababa de besar su mejilla.

—¿Qué pasa, hombre? —el tipo sonaba agitado porque yo había interrumpido su dichoso día.

Mis ojos se posaron en su traje azul como si fuera una serpiente. Me sentía agotado, como si hubiera luchado contra un oso y quisiera acurrucarme en un rincón y tomarme un descanso de esta vida loca. Creo que Liv vio el dolor en mis ojos aunque luché duro para ocultarlo.

—Adrian —su pequeña mano presionó en el centro de mi pecho como si intentara crear algo de distancia entre su novio y yo.

—Podrías habérmelo dicho —acepté la derrota—. ¿Cómo pudiste ocultarme esto?

Todo lo que sentía era un dolor agudo en mis costillas. Probablemente se me estaba rompiendo el corazón. ¿Fue así como se sintió cuando la dejé en el aeropuerto hace once años?

Si lo fue, debe odiarme de verdad. Porque esta mierda duele más cada segundo que pasa.

Quería estar enfadado, despotricar, delirar y destruir algo. Me imaginé golpeando una pared en un estado de furia. Podría romper cualquier cosa en este momento y si se suponía que iba a ser mi propia mano la que golpeará el panel de yeso, que así sea.

*Vete, Adrian. Vete de aquí. No lo hagas. Estás en desventaja aquí. Liv está con él. No contigo.*

Me agarré de su mano que todavía estaba presionada contra mi pecho.

Su amigo decidió abrir su gran boca.

—Quita tus manos de Liv. ¿Quién te crees que eres?

Tan pronto como dio un paso hacia mí, actué por impulso y suavemente aparté a Liv.

Me tiró del brazo, agarrándose por sorpresa y se las arregló para apartarme de ese hombre. La miré incrédulo.

—Tenemos que hablar.

Estaba feliz de irse conmigo. Sólo se dio la vuelta una vez para llamar al tipo con el que había estado.

—Te llamaré, Greg. Prometo llamarte esta noche.

Abrió su auto.

—Entra.

La miré fijamente.

—No voy a ir a ninguna parte contigo.

Hizo una pausa y la culpa en su cara era bien merecida.

—Soy el otro hombre, ¿no? —fue difícil sacar las palabras. ¿Por qué me dolía el pecho?—. No puedo imaginar cómo demonios te acostabas conmigo estando con él.

—Detente.

—¿Cómo pudiste? —me burlé—. Tú digna y con aires de superioridad cogiéndome a sus espaldas.

Respiró hondo, como si registrara mi corazón roto y me diera un momento.

—Dices que quieres hablar, pero esto no es una discusión. Estas son suposiciones.

—¿Tienes otra historia que contarme? Porque soy todo oídos, cariño.

Se puso rígida ante el “cariño” en tono irónico. Apuesto a que la golpeó como un insulto, como se suponía que debía hacerlo.

A pesar de que me odiaba por ello.

—Todo lo que tengo que decir es que no es lo que parece.

—¿Entonces por qué no puedes mirarme a los ojos cuando dices eso?

—¿Sabes qué? —abrió de un tirón la puerta de su auto—. No te debo una explicación. Tú y yo no estamos juntos, no quiero estar contigo y no te prometí una maldita familia. Sólo porque eres el padre biológico de Jade, y ahora estás decidido a que quieres darte una oportunidad para ser papá, no te da todo el derecho.

Quería discutir, pero sus palabras me golpearon en las entrañas. Aquí estaba yo, pensando que le ofrecía el mundo con un arreglo que implicaba que yo estuviera en Seattle la mitad del año. Era un idiota al pensar que estaba presentando un trato bastante dulce.

*¿Quién carajo me creía? Liv tenía muchas mejores opciones que un pomposo corredor para ser su novio.*

¡Maldición! Por supuesto que había hombres que la llevaban a citas divertidas en la librería,

que claramente la trataban bien, eran amables y considerados. Se sentían atraídos por ella como polillas a una llama. Liv era encantadora, divertida e inteligente. Era dueña de su propio negocio exitoso y vivía una vida independiente. No necesitaba un hombre para salvarla y ciertamente no necesitaba la media vida de una oferta que le había hecho.

*Por supuesto que no me quería. Por supuesto que no quería estar conmigo.*

Podría haber pensado que se sentía atraída por mis millones y mansiones, pero Liv necesitaba algo más que alguien que la mantenga. Se merecía un hombre que le ofreciera algo más que “nos vemos en la temporada baja”.

No me extraña que no saltara de alegría cuando le ofrecí ese tonto trato para nuestra relación. Podía elegir de la piscina de citas, y para Liv, la piscina era bastante grande.

*Ella era un maldito partido.*

Comencé a sudar frío a causa del pánico como nunca antes había conocido.

—¿Así que quieres estar con él?

—Detente —se llevó las dos manos a las orejas—, no puedo hacer esto. No quiero hablarte en este momento porque claramente no quieres oír a nadie más que esa voz en tu cabeza diciéndote que tienes razón y que yo estoy equivocada.

Si tan sólo supiera que la voz en mi cabeza se reía de mí por creer que yo era la víctima en todo esto. Sería un bastardo afortunado si me eligiera, lo cual no haría.

Ella nunca me elegiría. Ahora creía que se merecía algo mejor.

La miré entrar en el auto y abrí la puerta del pasajero para entretenerla.

Me incliné para mirarla a los ojos.

—Si no me quieres, sólo sácame de mi miseria. Salir con dos hombres al mismo tiempo es hacer trampa en el juego. No tengo paciencia con los tramposos.

El rojo de sus mejillas palideció al mirarme.

—La idea de ser parte de tu familia no me la hice de la nada, sabes que de una u otra manera ofreciste la posibilidad delante de mí y ahora que lo quiero, no me dejas tenerlo. Nunca me dejarás ¿verdad?

Se mordió el labio y la admiré por no devolverme las palabras a la cara.

—Ya tienes a tu familia. Sólo soy un coqueteo. Oh, ¿cuál es la palabra que usaste? “diversión temporal” —apunté a mi pecho para dar énfasis— eso soy yo, la diversión momentánea, gracias por eso. Me lo merezco.

Tiré el ramo en el asiento del pasajero y cerré de golpe la puerta del auto.

Pero no estaba enfadado con ella, lo estaba conmigo mismo.

# Capítulo Veinticinco

## Liv

Me dio escalofríos recordar el dolor en sus ojos.

Nunca lo había visto con ese aspecto.

La culpa me estaba quemando por dentro y por fuera, estaba herido y arremetiéndome contra mí. No era propio de él que comenzara a discutir en medio de la carretera. Desde que lo conocí, era genial y amable.

Se mostró como un hombre extremadamente asertivo. No era su culpa que su voz de barítono pesado fuera suficiente para hacer que las personas corriera a hacer su voluntad.

Anoche, parecía listo para lanzar un puño en la cara de Greg, me había preparado para un altercado físico explosivo.

Su mano izquierda cerraba un puño muy apretado y en la otra sostenía el más magnífico ramo de mis rosas favoritas.

Rosas que me había conseguido antes de que asumiera que estaba saliendo con dos hombres al mismo tiempo. Nunca tuve la paciencia de salir con uno apropiadamente, las citas eran agotadoras y me costaban mucho esfuerzo.

Por eso rompí con Greg hace tres meses exactamente, mucho antes de que Adrian volviera a la escena.

El timbre sonó, y me hizo querer esconderme bajo las sábanas. No quería ver a Adrian, no en este momento. Jade estaba en cama con un dolor de estómago y si no abría la puerta rápido, el timbre la despertaría.

La preocupación materna por la siesta de mi hija superó mi propio sentido de autopreservación. Me apresuré a la puerta y la abrí.

No era Adrian.

—¡Josue! Has vuelto —sonreí, pero era hueco y superficial.

El padre de Adrian, Josue, tenía una maleta en cada mano, lo que significaba que aún no entraba a su propia casa y no se había encontrado cara a cara con el hijo que no veía desde hacía más de una década.

Tiré un ojo a la casa de al lado, Josue tenía una sorpresa esperándolo probablemente en su sala de estar. Una que se había ido muy, pero muy enojada, justo a tiempo para la llegada de Josue.

La culpa. Más culpa. La bilis se me subió a la garganta.

La reunión padre e hijo tenía un retraso de once años. Había preparado el camino para que fuera un completo fracaso, Adrian estaba echando humo y sabía que no se recuperaría de ningún sentimiento rápidamente.

Desde que llegó a la ciudad estaba emocionado por lo nuestro pero ahora estaba enfadado y no esperaba que esa sensación fuera diferente, en realidad, esperaba que se alargara más.

—¿Cómo estás, Liv? —Josue preguntó, mientras se asomaba por encima de mi hombro.

—Oh, por favor, entra. Jade está tomando una siesta. Tiene un virus en el estómago.

—Oh. Tenía muchas ganas de verla. Volveré más tarde.

Sonreí. Jade amaba a Josue. Era su abuelo, y había estado cerca para hacer su papel de jefe. Era un buen hombre, y realmente quería hacerle un favor: prepararlo para el huracán cósmico de furia que lo esperaba en su casa.

Josue miró hacia la puerta cerrada del dormitorio de Jade.

—¿Lo sabe ella?

—¿Qué?

—¿Sabe que Adrian es su padre?

—¡No! No, no lo hace.

—Juro que no sabía que iba a volver. O te lo hubiera dicho.

Respiré aliviada, sabía lo de la mina de tierra en su casa.

—¿Es por eso que viniste a casa antes?

—Habría estado aquí hace una semana, pero no pude salir de Nepal. Cambiar un boleto es más difícil que encontrar a Dios, de verdad.

Ahogué una risa y envolví mi brazo alrededor de sus estrechos hombros en un abrazo.

—Te habíamos echado de menos. Te extrañamos. Me alegro mucho de que hayas vuelto.

—Supongo que debería irme. Tengo que ver a Adrian —se detuvo en la puerta, pareciendo que le daba miedo.

—¿Quieres que te acompañe?

Su suspiro de alivio casi me hizo llorar.

—¿Lo harías? Realmente apreciaría que fueras mi amortiguador.

—No soy el amortiguador que necesitas en estos momentos, Adrian quiere clavarme una estaca en el corazón.

Josue se rio. Creo que pensó que estaba bromeando. No tenía el corazón para decirle que hablaba muy en serio.

—Tengo que disculparme con él, ayer me porté muy mal, así que tal vez estará tan ocupado enojándose conmigo, que te dará un respiro.

—No le tengo miedo, igual siempre está enojado conmigo.

Puede que Josue no le tuviera miedo a Adrian, pero está claro que le aterrorizaba volver a verlo.

Las luces estaban encendidas en la ventana de la parte trasera de la casa.

—Creo que deberíamos entrar por la parte de atrás.

Entramos por la puerta trasera, y yo iba detrás de Josue. Apenas habíamos cruzado el umbral cuando escuché una voz femenina.

—Deja a la chica de al lado, Adrian. Tu trabajo está hecho, tienes que volver y empezar a vivir en el mundo real. Esto no es más que una fantasía.

Me puse rígida, y también Josue.

La voz de un hombre resonó en la casa. No era Adrian.

—Lo has hecho bien, hombre. Tu imagen se ha recuperado, todo el mundo habla de la pobre y bonita madre soltera con la que salías, ya está hecho, hiciste una buena elección. Has jugado muy bien. Ahora es el momento de seguir adelante.

Mi mandíbula se abrió. Sabía exactamente quiénes eran las dos personas eternamente preocupadas por la imagen de Adrian: Olivia y Mark.

La humillación y el dolor se mezclaron en un poderoso brebaje que corrió a través de mí. La simpatía y compasión en los ojos de Josue sólo lo empeoró. Mi mortificación explotó.

Estuve tentada a salir corriendo por la puerta, vencida por un repentino impulso de acurrucarme y llorar por mi estupidez. Realmente pensaba que Adrian hablaba en serio cuando decía que me quería. Aunque lo rechazaba, creía que le importaba de verdad y que había arreglado la mayoría de las partes rotas de mí.

Sólo para terminar en este momento, había hecho lo que siempre hacía, dejarme en ridículo.

Me di la vuelta con prisa para salir de allí. Sin querer golpeé la pata de una silla con uno de

mis dedos del pie enviándome de cabeza al suelo. Aterricé en mis antebrazos, haciendo una mueca de dolor. Mi dedo palpitaba con un dolor agonizante y mis codos estaban adoloridos.

Escuché pasos acercarse rápidamente.

Las lágrimas corrían por mi cara y la adrenalina me atravesaba. Necesitaba salir antes de que Adrian lo supiera.

Demasiado tarde.

—Papá. ¡Liv! ¿Estás bien?

Me alcanzó y sin pensarlo, le quité las manos de encima antes de que me tocaran. Lo miré tan fríamente que me sorprendió que no se convirtiera en hielo en el acto.

—Quítame las manos de encima.

Josue, ahora totalmente informado de la situación, me ayudó a subir.

Salí de la casa. Podía oírlos discutir.

Incapaz de luchar más contra las lágrimas, sollocé. Había arruinado el recuento para Josue que tenía once años sin ver a su hijo solo porque había permitido que Adrian me dejara en ridículo.

La puerta se abrió detrás de mí. Esperaba que Adrian no hubiera decidido que era una buena idea seguirme. Necesitaba estar sola tropezando con el dolor agonizante de mi pie, me abrí paso por los patios traseros que conectaban nuestras casas. Acababa de abrir la puerta del mosquitero cuando un fuerte y familiar agarre se apoderó de mi antebrazo.

—¿Estás bien?

Tiré con fuerza de mi brazo soltándome de su despreciable agarre.

Bajé la voz para que Jade no me oyera.

—No pretendas preocuparte por la pobre, bonita y miserable madre soltera que dejaste tirada en Ashland. Todo fue un complot para arreglar tu imagen. Por el amor de Dios, Adrian, otras personas también importan, no puedes usar a la gente para tu ventaja de esta manera, ¡bastardo egoísta!

—No es lo que parece.

Lo miré con incredulidad.

—¿En serio, me estás devolviendo eso?

—Sé lo que escuchaste ahí dentro. Lo creas o no, no tenía intención de usarte como una táctica de relaciones públicas.

—Eso no es verdad, y lo sabes.

—Liv, ¡vamos! Ayer te pregunté por el tipo de la librería, y no quisiste lidiar con eso, hoy quieres obviar esto. ¿Qué ganas con dejar que todo se amontone? Tú eras la que se ocupaba de la hablar las cosas antes. ¿Dónde está la comunicación ahora? ¿Qué tal si me dices qué pasa con el “Sr. Traje de Negocios” en la librería, y yo te digo qué pasa con Olivia y Mark?

Me mordí el labio inferior, luchando contra las lágrimas que amenazaban con derramarse delante de él.

—No tengo nada que decir. Me has juzgado y sentenciado de ser una tramposa.

—¿Qué quieres que piense con el tipo que te sonríe como un imbécil enamorado y te mira la boca como si quisiera comérsela? ¡Me está matando!

—¿Qué quieres que diga? Corrígeme si me equivoco, pero ¿no eras tú el que defendía el derecho a tomar decisiones sin importar cómo afectaba a los demás?

—¡Eso es una mierda! —ahora estaba molesto—. Me pones en una situación que desestima completamente mis valores.

Quería que la conversación terminara.

—Aclaremos los hechos, ¿de acuerdo? Llegaste a mí nuevamente sin avisar. A pesar de tus altas y poderosas expectativas, mi vida no puede y no se detendrá completamente para ajustarse a ti, te vas de todos modos, no hay manera de que sobrevivamos a una relación a larga distancia. ¿Qué carajo te importa?

—¡Me importa! Me importa porque no puedo entender el engaño incluso si soy el que tiene el honor de ser el tipo con el que le engañas. Me hiciste el malo.

Mi boca se abrió, él estaba bromeando, creía que estaba saliendo con dos hombres al mismo tiempo. Sin pensarlo, solté un detalle que no tenía que saber.

—Greg me propuso matrimonio hace tres meses.

—Sigue empeorando, ¿no es así? —se rio—. Jesús. Ahora eres una mujer comprometida —estaba furioso. Pero al mismo tiempo, también parecía que quería quebrarse.

Eso desencadenó algo dentro de mí. Una necesidad de ofrecer una explicación, no quería hacerle daño, nunca había querido, no importaba lo que me hiciera. Estaba retorcida y loca en mi amor sin sentido por él y no pude evitarlo.

—Nunca acepté casarme con Greg. Le dije que no.

Se detuvo, su pecho subía y bajaba con rapidez mientras buscaba en mi cara otra cosa.

—Yo era feliz sola con Jade. ¡Y entonces llegaste!

Su mirada se fijó en mi cara.

—¿Te colaste en mi vida como un hongo que se propaga rápidamente!

—¿Un hongo? ¿En serio?

—Sí. No hubo ningún indulto por tu parte. Te estabas entrometiendo en mi vida y entrando en mí mientras estaba desnuda. Te mudaste al lado, me obligabas a llevarte como un imbécil. Todo se volvió un poco abrumador.

Sus cejas se juntaron.

—¿Abrumador? Criaste a una niña por tu cuenta, condujiste hasta el hospital para dar a luz y luego regresaste sin ayuda.

¿Estaba tratando de luchar contra mí? ¿O era un elogio?

—Has montado un negocio por tu cuenta sin un título universitario a tu nombre. Pateaste traseros, ¿y eso es lo que te abruma? ¡Hombres!

Apreté mis dientes con fuerza.

*No los hombres. ¡Tú! ¡Tú!*

La voz gritó dentro de mí, pero no lo dije en voz alta.

—Siempre eres tú quien me hace perder la cabeza y hacer locuras. No soy un santo a veces hago cosas estúpidas. ¿Como si nunca hubieras hecho lo mismo?

Se acercó más, sus ojos estaban oscuros.

—¿Y ahora qué?

Me encogí de hombros.

—¿A qué te refieres?

—¿Cuáles son tus planes ahora? Ha vuelto —apretó la mandíbula—. Tu Greg —su voz vacilaba, la duda persistía en su hermoso rostro, demasiado confiado—, no sabe lo que está pasando. ¿Planeas lanzar una moneda para decidir?

Me mordí el labio. Adrian parecía tener dolor físico.

Su voz bajó.

—¿Tengo de jueves a domingo y él los otros tres días?

—¡No seas grosero! —me quebré—. No estoy saliendo con nadie, él ya no es parte de mi

vida.

—¡Bien!

Esa arrogante confianza en sí mismo otra vez.

—Y tampoco estoy saliendo contigo, Adrian. Escuché lo que tus secuaces dijeron allí. Mi trabajo está hecho puedes volver a Bellevue a tu casa frente al lago y tener una fiesta en la piscina llena de mujeres desnudas. Esta es la oportunidad perfecta para superar la última.

—¿Realmente crees que eso es todo lo que eras? ¿Una táctica de relaciones públicas?

—¿No lo era?

Sacudió la cabeza en forma negativa lentamente y con fuerza.

No le creí.

—Deberías irte. Olivia y Mark vinieron hasta aquí para buscarte.

—Realmente quieres deshacerte de mí, ¿no?

Me encogí de hombros y puse mi mejor sonrisa en la cara, aunque mis entrañas se estremecieron al dejarle creer la mentira.

—¿Me culpas a mí? Me haces irracional y loca, y no me gusta esta versión de mí. Estar contigo es un callejón sin salida, no quiero ser miserable y tener miedo porque estaría en ascuas de saber cuándo me dejaras, no te daré ese poder. Ahí tienes tu respuesta, Adrian. No puedo darte una segunda oportunidad. No tengo nada para ti.

## Capítulo Veintiséis

### Adrian

Empujé los gemelos de platino en su lugar y alcancé mi chaqueta. Incluso me veía diferente en Seattle. Olivia tenía tanta razón cuando notó el cambio.

Ahora estaba de vuelta en mi propio hábitat. El nuevo que había construido para mí.

Demonios, sentía como si ya no perteneciera aquí.

Quería maldecir a Liv por hacerme sentir fuera de lugar en Seattle pero todo era mi culpa. Yo era el que no podía dejarla ir, ni siquiera un mes después de haber vuelto.

Mi ama de llaves estaba limpiando el polvo de la mesa del comedor cuando salí de la casa. No pude evitar echar un vistazo al interior contemporáneo de mi mansión en Bellevue. Había vivido aquí por años y ahora pensaba que era un lugar demasiado grande. ¿Qué sentido tenía estar aquí solo?

A pesar de que no había pasado tanto tiempo desde que me fui, sentía como si hubiera estado aquí hace años por última vez. Mi exilio forzoso a Ashland lo había fastidiado todo.

*Ya ni siquiera sabía quién era.*

Me metí en la parte de atrás de mi auto y miré por la ventana. Mi chofer sabía exactamente dónde llevarme. Eso era una cosa de mi vida en Seattle: funcionaba como una máquina bien engrasada. Tenía personas que hacían todo lo que yo quería, sin que me dijeran qué hacer. Los procesos estaban en marcha, y ellos los seguía sin dudarlos.

*Ya no me gustaba.*

Era demasiado perfecto. No había ninguna disfunción, cosa a la que le había huido desde que tenía dieciocho años. Pero empezaba a sentir que la falta de ella significaba que tenía una vida aburrida.

No había ninguna interrupción, sin sorpresas. Un proceso sin fisuras que siguió sin fallas y me llevó con él.

*Sal de esto.*

Llegué a la recaudación de fondos en el Hotel Fairmont. Como era de esperar, los reporteros me gritaron:

—Liv Garner.

—Novia de la secundaria.

—Romance de cuento de hadas.

Me adelanté, cerrando mi corazón y mi boca, con la mandíbula hecha piedra.

Ya era bastante malo que no pudiera pasar un momento sin pensar Liv y estos imbéciles no me dejaban que la olvidara.

Un romance de cuento de hadas con tu novia de la escuela. Como si tal cosa existiera. Éramos dos personas diferentes, y cuanto antes aceptara ese hecho brutal y doloroso, más rápido podría continuar con mi maravillosa vida.

*Maravillosa.*

Qué palabra tan hueca.

Nada volvería a ser maravilloso porque incluso cuando entré en la vida del dinero, los privilegios y el poder, un mundo del que me había convertido en parte, temía el lugar solitario al que llamaba hogar.

Me sentía perdido. Mi casa no se sentía como un hogar. Tenía una especie de sentimiento como si me hubieran echado cual bolsa de basura.

Quería que mis pasados delirios de satisfacción volvieran, así podría empujar a Liv y Jade fuera de mi mente.

Por un momento, volví a la noche que había pasado en el piso del dormitorio de Jade.

Pero una mano que se deslizaba sobre mi antebrazo me hizo tambalearme en mis ensueños. Me volví para ver a Viola Reyes, la morena impresionante que tenía las películas más grandes de Hollywood en su haber. Tuvimos una noche salvaje en París hacía un año. No la había visto desde entonces.

*Finge que eres feliz en esta frívola multitud.*

*Finge que todavía perteneces aquí.*

*Empieza a creerlo.*

—Adrian Decker, he oído que tu romance de escuela no salió como esperabas.

Sonreí al ver que no se andaba con rodeos.

—Vas directo a la yugular, ¿no?

Ella sonrió sexy.

—Siempre eres el más efectivo. Además, estás muy caliente, pero los finales felices sólo existen en Hollywood.

La simpatía destelló en sus ojos marrones. Pensé que no se había dado cuenta de que estaba suspirando por mi romance de secundaria. Ahora lo sabía.

—No te sientas mal por mí. No podría estar más feliz de estar de vuelta. Soltero

*Sin alma, vacío.*

Su perfecta sonrisa blanca brilló en el lugar.

—Me alegra oír eso, porque me vendría bien un poco de esa soltería esta noche.

El coqueteo fue difícil de pasar por alto. Viola no era nada si no era contundente.

Su mano se deslizó sobre mi brazo, agarrando la mía. Pasé las siguientes dos horas rechinando los dientes mientras la recaudación de fondos continuaba. Miles de dólares de champán eran bebidos por personas que charlaban sobre joyas o la última renovación de sus casas, pero todos se reunían para recaudar dinero para una causa, una organización sin fines de lucro creada por la élite. Regalaban su dinero generosamente, mientras que sus trajes sin duda costaban más que la recaudación en sí.

Y pensar que nunca había considerado lo completamente retorcido que estaba el mecanismo.

Me incliné cerca de Viola y acaricié los nudillos que tenía en el brazo desde que vino a saludarme.

—Creo que voy a volver a casa.

Hizo pucheros y se mordió el labio inferior.

—¿Por qué no me dejas en mi casa? O, tal vez, ¿incluso te quedas tú?

Media hora después, caminaba detrás de Viola en el ascensor privado que lleva directo a su apartamento en la Torre Mackenzie.

Las manos de Viola se deslizaron alrededor de mi cintura, bajo mi chaqueta. Se apoyó en los dedos de los pies.

La besé suavemente antes de atrapar su labio superior entre mis dientes.

Sus manos se deslizaron sobre mi trasero apretándolo, clavando sus uñas en él.

*No sentía nada.*

Cerré los ojos, tomando su cara apasionadamente mientras inclinaba mi cabeza. Tratando de recuperar mi viejo e insaciable deseo sexual, el que me permitía cogerme a cualquier mujer que me diera la gana.

Las puertas del ascensor se abrieron. Rompí el beso mientras llevaba a Viola al interior del

exuberante y espectacular lugar.

Escaneé mis alrededores para averiguar dónde estaba su dormitorio.

Se echó hacia atrás, deshaciendo sensualmente el endeble cierre de la parte trasera de su vestido, dejándolo caer, y revelando unos pechos llenos y firmes. Tuvo que empujar el corpiño del vestido por la curva de sus caderas.

Ahora estaba en su desnudez perfecta, mejorada quirúrgicamente.

Me había congelado.

*¿Qué carajo estoy haciendo?*

Ni siquiera quería cogérmela. Claro, ahora mi pene estaba duro pero eso era una respuesta biológica al hecho de que ella estaba caliente por mí y solo esperaba que la tomara para mí.

Lo que estaba a punto de hacer con era una cosa mecánica. Como el apareamiento en los animales.

*No era un animal.*

*No sentía nada por ella.*

Rechinando los dientes, me adelanté, encogiéndome de hombros y tirándola en el sofá. Le tomé el trasero con ambas manos mientras le mordía el labio inferior, cerrando los ojos para concentrarme.

*Siente la pasión caliente que solías sentir.*

Tenía que estar ahí en alguna parte.

Pero detrás de mis párpados cerrados, veía a Liv. Su cara naturalmente bonita y sin maquillaje, sus mejillas sonrojadas al jadear en respuesta a mis besos. Su cabeza agitándose en la almohada mientras se venía para mí una y otra vez. Sus brazos levantándose para agarrar la cabecera mordiéndose el labio mientras luchaba por permanecer en su lugar y no ser arrastrada varias pulgadas por el colchón con cada empujón de mi miembro.

Solté a Viola tan abruptamente que tropezó hacia atrás.

Había escaneado su cara. El calor en sus mejillas, su cuerpo voluptuoso listo para ser tomado.

Era una tarea, y me estaba agotando incluso antes de empezar la obra.

Sin decir nada, recogí mi chaqueta.

—Lo siento, Viola. Me acabo de dar cuenta de que tengo que llegar a casa temprano —yo estaba en el ascensor cuando se recuperó.

—¿Qué ha pasado?

Se agarró el vestido a sus pechos, su cabello estaba desordenado.

—Lo siento.

Las puertas se cerraron entre nosotros. Me apreté las sienes con la mano y apoyé la cabeza contra la pared trasera del ascensor.

—Demonios.

Estaba oficialmente arruinado.

No podía sacarme a Liv de la cabeza, no podía soportar cogerme a otra mujer. Viola podría estar ahí, pero no pude sentir nada.

No había ninguna chispa, sin pasión, nada. La conexión caliente que venía con un beso no estaba ahí. No quise pasar por la mecánica del sexo sólo por diversión.

Tendría que tener un orgasmo y diablos, podría tener uno de esos en casa, tal vez.

Quería ser mejor que esto. Eran estas estupideces y frivolidades de comportamiento desarraigado sin miedo a las consecuencias, enfocándome simplemente en la gratificación, lo que hizo que Liv estuviera aterrorizada de estar conmigo.

Ahora que estaba de vuelta en Seattle, veía las cosas bastante claras.

No podía dejar de pensar en lo que Brodey había dicho de ella: “Liv está fuera de mi alcance, hombre”.

*Yo también creía eso de mí mismo.*

Era un bastardo afortunado que había tenido el privilegio de estar con ella, de que me amara y se acostara conmigo.

*Pero Liv estaba fuera de mi maldita liga.*

Salí del ascensor, atravesé el vestíbulo del edificio de apartamentos de élite y encontré a Mark apoyado en mi auto.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Te estaba buscando y vi tu auto.

—Sí, olvidaba que vives aquí —no estaba de humor para hablar con Mark, no quería hacerlo con nadie—, sea lo que sea, puede esperar hasta la mañana.

—Adrian, Marissa Alan envió una solicitud especial para una entrevista contigo.

Hice una mueca.

—¿Qué quiere ella conmigo? Normalmente entrevista a los políticos, ganadores del Oscar y el Premio Nobel.

—Así es. Pero ella quiere hablar acerca de tu colorida vida.

Levanté una ceja.

—Mi colorida vida. ¿Te refieres a mi vida personal con Liv?

—Es una gran exposición. No tienes ni idea de los acuerdos de respaldo que Olivia espera después de que hagas esta entrevista con Marissa. Estamos hablando de las ligas más grandes del mundo.

—Honestamente, me importa una mierda.

Abrí la puerta y Mark la agarró, impidiéndome entrar.

—¿De qué estás hablando?

—No voy a ir al programa más grande de la televisión nacional para hablar de Liv. ¿Me entiendes? Eso no es negociable.

Se puso furioso con mi tono, pero me importó un carajo. Mark era ambicioso, su propio éxito dependía directamente del mío. Siempre estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que yo subiera más alto en la escala del éxito.

—Piénsalo.

—De ninguna manera voy a mencionar su nombre en televisión y mucho menos dar una entrevista cuyo único propósito es que hable de mi relación con ella.

—Escucha, sé razonable. Entiendo que sientas algo por ella pero rompieron. Vale, ¿sabes qué? No uses su nombre, todos lo saben de todos modos. Creo que podemos negociar algo donde su nombre no sea...

—No lo haré, fin de la discusión.

—¿Qué diablos? ¿Cuál es el problema si su nombre se mantiene fuera de toda la maldita entrevista?

Puse mi mirada frígida en su cara.

—A pesar de lo que piensas, no te debo ninguna explicación sobre nada de lo que haga. Hago lo que quiero, y tú sólo puedes vigilarme.

Mark dio un paso atrás, y yo me regañé por haber ido demasiado lejos. Él era mi amigo, y yo estaba descargando mi frustración en él. No era justo.

Le agarré el hombro, apretándolo de forma tranquilizadora.

—No hablaré de Liv, porque si hablo de ella, su vida se trastornará aún más que ahora. Se convertirá en una noticia más grande cuando los reporteros empiecen a indagar en su vida, y descubran que Jade es mi hija.

Arrugó las cejas confundido.

—Espera. ¿Quién es su hija? ¿Tienes una hija?

—La hija de Liv es mía. No puedo poner la vida de Jade patas arriba sólo para poder cobrar unos dólares extra o conseguir mayores avales. Por eso no quiero dar esa entrevista. Y Mark —añadí a través de los dientes apretados—, no quiero volver a discutir esto nunca más.

Me metí en mi auto y cerré la puerta de un portazo. Apoyé la cabeza en el reposacabezas y no dije nada mientras mi chofer me llevaba a casa.

Quería volver. Necesitaba estar en Ashland. Pero Liv no me quería allí. Lo había dejado claro, tal vez realmente quería casarse con ese tipo Greg y no podía admitirlo.

*Liv no te necesita. Se las arregló muy bien durante una década. ¿Qué te hace pensar que te quiere ahora?*

Puede que me haya cansado de oírla decir que me vaya de Ashland. Pero sé que en el fondo no lo quería y yo no estaba dispuesto a aceptarlo.

Greg era probablemente un tipo mucho mejor. No probablemente, definitivamente un mejor tipo para ella.

*No pusiste el listón muy alto, ¿verdad? Causaste estragos en su vida y le rompiste el corazón.*

Deseaba poder llamar a Jade y escuchar su voz. Pero eso sería muy incómodo, ni siquiera sabía que yo era su padre. Así es como Liv lo quería, y yo estaba dispuesto a darle cualquier cosa. Le debía demasiado y ella siempre tuvo la última palabra.

Amaba a Liv con locura y era un tipo de amor único en la vida.

Era especial para mí. Había sido un estúpido, pero era demasiado tarde para hacer algo.

Movería el infierno y la tierra por ella. Incluso si me destruyera en el proceso.

# Capítulo Veintisiete

## Liv

—Qué...

Me incliné hacia el volante para ver de cerca. No podía estacionar en mi entrada. Había unas veinte personas esparcidas por todo mi patio delantero.

Fueron las cámaras las que me dieron una pista de lo que estaba sucediendo.

No era más que una consecuencia de estar en la vida de Adrian Decker. Incluso si fuera una figura temporal.

—¿Mamá? ¿Quiénes son estas personas? —Jade se inclinó hacia adelante en su asiento para mirar a la multitud.

—No lo sé realmente, cariño. Reporteros, creo. Está bien. Iremos a casa del abuelo.

Pero la multitud también se había infiltrado en el patio delantero de Josue. Aunque había suficiente espacio para estacionar mi auto en su entrada. Tan pronto como lo hice, comenzaron la hostigación.

Los reporteros descendieron sobre mí como carroñeros, con sus preguntas fuertes y claras.

—¿Puede confirmar que su hija es la hija biológica de Adrian Decker?

—Ya que se hizo una prueba de paternidad para confirmar que el Sr. Decker es el padre de su hija, ¿va a demandar ahora la manutención?

—¿Se van a casar usted y el Sr. Decker?

Me volví para enfrentar a Jade, cuyos ojos estaban abiertos como platillos. Había escuchado cada palabra. Puede que no estuviera interesada en saber quién era su padre, o que no mostrara interés en averiguar sobre él, pero ahora lo sabía.

Quería gritarle a los periodistas: “¡Cómo se atreven!”, pero en vez de eso, los miré furiosamente.

—Voy a llamar a la policía —llamé al 911 cuando vi a Josue corriendo por su patio hacia nuestro auto.

—¡Compórtense! —gritó a los periodistas, y luego tosió por el esfuerzo que hizo falta para que se oyera sobre el caos.

Volvieron sus micrófonos hacia Josue y repitieron sus locas preguntas. Josue abrió mi puerta

y yo salí.

—Srta. Garner, ¿se casaron usted y el Sr. Decker en una ceremonia secreta hace once años?

—¿Está el Sr. Decker solicitando una prueba de paternidad? Los informes dicen que ya tiene una, pero sigue sin estar seguro de que la niña sea su hija biológica.

Quería quitarles la estupidez de la cabeza. Su acoso me molestaba, pero sus preguntas eran tan tontas e increíblemente exageradas que me daba lástima.

Recordé algo que Adrian me había dicho hace semanas: “Estos reporteros se inventaron la mierda y empezaron a creerla ellos mismos. Así es como venden sus historias. No creas ni una palabra de lo que digan”

No estaba exagerando.

La amenaza continuó.

—¿Está el Sr. Decker solicitando la custodia compartida?

—¿Qué opina de que su hija se mude a Seattle con el Sr. Decker?

Corrí alrededor del auto y saqué a Jade. La protegí con mi cuerpo, me presioné su cara al pecho mientras las lágrimas llenaban mis ojos y empañaban mi visión. La hice pasar por la puerta que Josue nos abrió y la liberé apenas se cerró.

*Adrian arruinando mi vida. Como siempre.*

—¿Estás bien, querida?

—Estoy bien.

—¿Jade?

Miró a su abuelo y asintió con la cabeza.

—¿Quiénes son esas personas?

—Son periodistas. No saben de qué están hablando.

Me senté en el sofá y tiré de ella acurrucándola a mi lado. Ya no estaba de humor para enterrar su cara en mi pecho.

Se puso de pie, de frente a mí, con aspecto de adulta. Mi hija de diez años de repente mostró una sabia comprensión en sus ojos color miel.

—¿Por qué dijeron que Adrian es mi padre?

Josue se puso tieso en la puerta.

—¿Quieres un vaso de limonada? Puedo conseguirlo.

Eso era lo que no le gustaba a Adrian de su padre. A Josue le gustaba barrer las cosas bajo la alfombra y vivir en un mundo de fantasía en el que todo estaba bien. Tratar a los niños como si no fueran lo suficientemente inteligentes para saber más. Se empeñaba en engañarlos con una falsa sensación de seguridad.

Tenía buenas intenciones. Simplemente no sabía cómo hacerlo mejor.

—Josue, ¿puedes darme unos minutos a solas con Jade?

Se alegró de salir de allí. El hombre no sabía cómo comunicarse eficazmente, especialmente no con los niños. Había fallado como padre, por eso Adrian estaba tan confundido y perdido luchando por encontrar su lugar en el mundo.

No quería eso para Jade.

—Ven aquí —le dije.

Sacó su mano rápidamente de la mía.

—No, sólo dime. ¿Adrian es mi padre?

No quería mentirle. No tenía sentido.

—Nunca te mentiría, cariño. Sí, es tu padre, Adrian es tu padre.

—¿Lo sabe?—estaba entrando en pánico.

Alisé mi mano en su brazo.

—Se enteró cuando le dijiste tu segundo nombre. Se sorprendió. No se lo esperaba.

Conectó los puntos rápidamente, y la alcancé de nuevo para consolarla. Esta vez, se sentó a mi lado.

—No puedo creer que conociera a mi padre. Él estuvo aquí y no me lo dijo.

—No te lo dijo porque yo le pedí que no lo hiciera, no quería que lo supieras.

—¿Por qué?

—Porque Adrian sólo estaría aquí por poco tiempo. Si sabías que era tu padre, lo extrañarías o te dolería que no se quedara.

Ella suspiró, tratando de darle sentido a esta gran noticia.

—Hubiera sido bueno saberlo.

—Nena, no te interesaba saber quién era tu padre. Nunca me lo habías pedido.

—No te lo pedí porque no necesitaba uno. Pero si él hubiera estado aquí y estuviéramos pasando el rato, habría sido bueno saber que era mi padre. No me quería, ¿verdad? Sé que a veces los padres no quieren a sus hijos cuando nacen.

Mi boca se abrió y un sollozo se liberó de mis labios.

—¡No! ¡No! Ni siquiera sabía de ti. Así que nunca hubo una cuestión de no quererte.

—¿Por qué no le hablaste de mí cuando era una bebé?

Acaricié su cabello castaño oscuro de su cara. No podía decirle cómo Adrian me había roto el corazón. Sería injusto manchar su visión de Adrian basándose en lo que me hizo, no le había hecho nada malo a Jade. Así que le dije otra cosa, una verdad que yo misma había luchado mucho para aceptar.

—Adrian es un espíritu libre, quería una vida muy diferente a la que yo esperaba. No podía atraparlo en esta caja. Nunca sería feliz en Ashland, y yo lo sabía pero tuve que quedarme aquí, mi madre estaba enferma y no podía dejarla. Además, no quería dejar la ciudad.

Admití a regañadientes que me había sentido cómoda aquí. Ashland ya no me sorprendía, no había bolas curvas. Se mantenía igual todos los días, para poder ejecutar mis interminables listas de tareas y evitar cualquier drama.

—Pero ahora sabe de mí, y aun así se fue. Eso significa que no me quiere. Como el padre de Christina la dejó, y ahora tiene un nuevo bebé con su novia, que trabaja en el gimnasio.

—Adrian no te dejó para tener otro bebé y no tiene novia.

—¿Entonces por qué se fue?

—Sólo tenía que hacerlo. Cada persona que conoces en tu vida tiene sus propias batallas, objetivos y metas. Adrian tiene planes ambiciosos. No es el tipo que querría quedarse empantanado en un lugar con familia, y no queremos que eso cambie. Es demasiada presión para ponerle a alguien. No sería justo para él si esperáramos que cambiara para hacernos felices.

Respiré profundamente mientras Jade me miraba, tratando de entender lo que había dicho.

—Tú y yo somos una familia completa, y él lo sabía. No se impuso a pesar de que deseaba ser parte de esto.

—¿Lo hacía?

—Le gustaste mucho. Dijo que se hicieron buenos amigos.

—Lo hicimos.

—Pero él tiene su propia vida y tiene que encargarse de eso y tenemos que recordarlo. No te dejó, no como el padre de Christina, especialmente no de esa manera. Adrian te quiere, pero trabaja en Seattle, y su casa está allí. Le gusta su vida allá y a nosotros nos gusta la nuestra aquí.

Jade le dio unas pataditas a la alfombra maltratada. Mi sonrisa se congeló cuando recordé que Adrian le había hecho exactamente eso a la alfombra de mi salón.

Un doloroso nudo se formó en mi garganta. Lo extrañaba pero era feliz sin él.

*Sí, sí, lo soy.*

*Soy feliz.*

*De acuerdo. Seré feliz. Pronto.*

*¿Lo haré?*

—Adrian es un buen hombre, Jade. Y ahora sabes que es tu padre. Sólo recuerda que nunca nos pediría que cambiáramos para adaptarnos a él. Tampoco podemos hacerle eso, vamos a dejar que sea quien quiera ser. Eso es lo que hacemos cuando amamos a las personas.

# Capítulo Veintiocho

## Adrian

Me quité las gafas de sol al salir del avión.

Cada vez que salía de este lugar, me decía a mí mismo que nunca iba a volver.

Pero volví.

Maldito Ashland. Tenía sus garras en mí profundamente.

Mi chofer, Josueson, me siguió con el equipaje.

La última vez que vine a la ciudad, quería estar en cualquier lugar menos aquí. En ese momento, estar enterrado seis pies bajo tierra sonaba mejor que este sitio.

Ahora, Ashland estaba lejos del agujero de mierda que pensaba que era. Sentía que pertenecía, que tenía una familia aquí. Era mi ciudad y no me iba a ir de este lugar hasta que supiera que mi familia estaba a salvo.

Cinco horas atrás, me estaba poniendo mi camiseta, listo para entrar al campo de juego pero mi mirada se centró en la televisión de la esquina del vestuario. No escuché nada por el ruido, pero seguro que leí el texto. Y pude ver a Liv.

Liv y Jade, atrapadas en el centro de una emboscada fuera de su casa. Mi padre corriendo por el patio para ayudarlas a entrar en su casa.

Había tirado el casco. Mark me gritó, el entrenador me miró, y mis compañeros de equipo estaban agobiados.

Había abandonado a mi familia de los Halcones Rojos, pero finalmente tenía mis prioridades claras.

Mi verdadera familia era lo primero, y yo iba a ponerle fin a esta locura antes de volver a pisar el campo.

No podía jugar, sabiendo que mis chicas estaban siendo acosadas por su conexión conmigo. Llamé a mi chofer, Josueson, para que trajera el auto, y le hice una pregunta mientras me deslizaba en la parte trasera del mismo.

—¿Viste las noticias? ¿Por qué hay un montón de periodistas en Ashland? —me miró como si tuviera miedo de hablar.

Bajé la voz.

—Josueson, ¿qué tienen sobre Liv?

—Están especulando que la hija de la Srta. Garner es su hija biológica.

—¡Maldita sea! —saqué mi teléfono para llamar a mi piloto—. Steve, prepara el avión para despegar en una hora. Vamos a Ashland.

A mi chofer le dije:

—Llévame al aeropuerto. Ahora mismo.

No iba a esperar. Liv me necesitaba y Jade también. Junto a ellas era el único lugar donde quería estar.

Josueson me acompañó en el viaje. Se sentó en silencio durante el vuelo después de programar un auto de alquiler para nosotros en Ashland.

Cuando aterrizamos, ya era el atardecer. Al salir del aeropuerto, Josueson puso mi maleta en la parte trasera del todoterreno alquilado y salió del estacionamiento antes de que pudiera darle una dirección.

—Necesito llegar a...

—Sé a dónde se dirige, Sr. Decker. Tengo la dirección de su padre y la de la Srta. Garner —habría sonreído ante su competencia, pero estaba muy preocupado. Liv no se alegraría de verme.

No tenía ni idea de que había vuelto. Estaba seguro de que le daría un ataque cuando me viera.

*Ella no me quería. Finalmente le creí.*

Todo lo que tenía que hacer era arreglar este desastre. Dar una o dos conferencias de prensa, sacar a esos buitres de la propiedad de Liv y de su vida para siempre.

Mi teléfono volvió a sonar. Era Mark. Había llamado incesantemente desde que dejé el juego y me decidí ir a Ashland. Lo odiaba con tal intensidad que no podía soportar oír su voz.

Sin embargo, contesté su llamada. No le di la oportunidad de hablar.

—Mark, tú eres el que pudo haber dado la noticia de Jade a la prensa. Hay una cosa llamada confianza, y en tu búsqueda para conseguirme más dinero y a su vez hacerte rico, has perdido la mía para siempre. Estás despedido —colgué antes de que tuviera la oportunidad de responder.

Mi teléfono estaba felizmente silencioso. No volvió a llamar.

Minutos más tarde, la pantalla de mi celular parpadeó con una notificación de un nuevo mensaje.

El mensaje de Olivia. Simple y al grano. Me hizo sonreír.

—Ya me enteré. Haz lo que tengas que hacer. Que viva el amor.

Todo el mundo sabía lo de Jade ahora.

Tragué contra el nudo de culpa en mi garganta mientras veía la casa de Liv. Incluso en la oscuridad, era imposible no ver a los paparazzi acosando la propiedad.

—Josueson, no te detengas aquí, estaciona en la entrada con el jardín bonito de al lado.

Salí del auto, sin que nadie se diera cuenta, y caminé por la casa de la Sra. Clarence hacia atrás. Estaba seguro de que no le importaría. Excepto por su patio trasero, todos los demás en la calle eran un campo de arbustos y plantas silvestres, estrangulados por las hierbas.

Usando la oscuridad como cubierta, me dirigí a la puerta trasera de la casa de Liv. Miré a través de la nueva ventana de cristal que había puesto semanas atrás.

Los vi. Vi a mi familia.

Jade estaba acurrucada en el sofá y Liv estaba sentada a su lado. Cuando abrí la puerta trasera, escuché a mi padre.

—Podemos llamar a la policía por la mañana y alejarlos de la casa. Pero también están estacionados fuera de tu panadería. Hablaré con los oficiales y les haré saber toda la información.

Papá me vio primero porque estaba de frente a mí.

Mis chicas estaban de espalda, pero no por mucho tiempo.

Después de la mirada de sorpresa de Josue, Liv se dio la vuelta. Salió corriendo del sofá como si se hubiera electrocutado.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Sus ojos se dirigieron hacia Jade con preocupación. Eso sólo podía significar una cosa.

Me detuve, con las manos metidas en los bolsillos de mis pantalones. Este traje negro era la única ropa que tenía en mi jet, y debía ser suficiente.

Los ojos de Jade se entrecerraron en mi cara. Decidí romper el hielo rápidamente.

—Hola, Jade. ¿Cómo va la escuela?

Se agarró al respaldo del sofá y me miró de arriba a abajo como si me viera por primera vez.

—¿Me veo bien?

Ella sonrió, robando una mirada a su madre. Dios, quería abrazar a Liv. Necesitaba besarla hasta que luchara conmigo para detenerme.

Estaba aquí para arreglar su vida, nada más. Así que aparté la mirada de la mujer que amaba y que siempre anhelaba, y me concentré en Jade. Me estaba mirando con los ojos entrecerrados.

—¿Y qué?

Sonreí.

—¿Y qué?

—He oído que eres mi padre.

Mi corazón se volteó ante la palabra. En ese momento, sentí una conexión más profunda con ella. Jade lo sabía, ahora era un vínculo que funcionaba en ambos sentidos. Me encogí de hombros tan casualmente como pude.

—Eso es lo que escuché. Genial, ¿verdad?

Apoyó ambos brazos en el respaldo del sofá.

—¿Por qué has venido?

Me quité la chaqueta del traje, desaté los puños de las mangas y luego los doblé hasta los codos.

—Porque había oído que esos tipos de ahí fuera te molestaban. Voy a hacerles saber quién manda en esta ciudad. Así que se irán.

—¿Eres el jefe de esta ciudad?

Sacudí la cabeza y miré a Liv.

—Ojalá lo fuera. Pero tu madre es la jefa, siempre lo ha sido, ella no quiere a esos tipos allí, así que conseguirá lo que quiere.

Liv evitó encontrarse con mi mirada, colocándose el cabello detrás de las orejas una y otra vez. Estaba nerviosa. Mis ojos se deslizaron codiciosamente sobre su mandíbula, sus pómulos, y sus grandes y redondos ojos que tenían sombras oscuras debajo de ellos ahora. Parecía estresada.

Esto era lo que había hecho con ella. No bromeaba cuando decía que era feliz sin mí, realmente lo era, su vida era mucho mejor sin mí cerca para echar todo a perder.

—Liv, lamento que hayan enterado, fue un error honesto.

Ella asintió.

Podía ver que se estaba conteniendo. Por Jade y por mi padre. No iba a decir todo lo que quería con una audiencia.

Le eché un vistazo a papá. Tal vez era hora de dejar atrás todas las viejas quejas y la ira. Ya no importaban.

Había empezado a ver lo que realmente importaba.

La familia.

Yo tenía muy poco de eso y tuve que luchar para mantenerme firme.

No quería pasar mi vida solo en una gran mansión. Necesitaba gente, a mi gente, quienes me amaban a su manera.

Luché con una sonrisa al recordar los mensajes que papá me envió cuando me fui a la universidad: “¿Estás comiendo bien? ¿Necesitas dinero para algo?”.

Los mismos mensajes, todos los días, sin falta. Yo no había respondido, pero papá siguió enviándolos durante dos años sin falta.

Después de eso, cambié mi número.

Dios, fui un imbécil.

—¿Cómo estás, papá? ¿Cómo fue tu viaje a Nepal? Lo siento, olvidé preguntar cuando estuve aquí antes.

Parecía que estaba a punto de tener un ataque al corazón, pero asintió rápidamente.

—Fue agradable, pero hace mucho calor allí.

Asentí con la cabeza, mirando alrededor. Liv estaba de pie con los brazos cruzados sobre su pecho, como si esperara algo y Jade tenía la misma curiosidad de acero en su cara, me sentía como un mono en un zoológico.

Le hice una seña a papá.

—Tal vez deberíamos ir a casa, es tarde, Jade tiene escuela por la mañana.

Intenté no volver a mirar a Liv y le guiñé un ojo a Jade cuando me fui. Algo me detuvo en la puerta y me di vuelta. Jade todavía me estaba observando.

—Si a tu madre le parece bien, ¿quieres sentarte a hablar mañana después de la escuela? — una lenta sonrisa se extendió por su cara, y sus ojos se iluminaron.

—Es una cita.

Una sonrisa se quedó en mis labios mientras seguía a papá por el patio trasero. Se sentía bien que Jade lo supiera.

*Tenía un poco de esperanza, algo que esperar.*

Mientras seguía a papá a su casa, me di cuenta de que había algo más que necesitaba quitarme de encima.

—¿Quieres hablar, papá?

Se dio la vuelta, con los ojos brillantes mientras asentía.

Me senté en el viejo sofá junto a él.

—Quitémonos de encima lo principal.

—¿Qué es?

—El hecho de que deberías saber que he estado en terapia —hizo una mueca.

—¿Cómo en terapia?

—Terapia, ¿sabes? Hablar con un profesional que me ayudaría a arreglar todo lo que está mal en mi cabeza —papá se rio, y fue tan inesperado que resultó algo gracioso—. Es difícil para mí admitirlo, pero me doy cuenta de que probablemente dejé que las cosas siguieran mal durante demasiado tiempo. Podría haber hecho un esfuerzo.

Sacudió la cabeza.

—Tenías todo el derecho a estar enfadado, Adrian. Cuando tu madre se fue, yo no estaba muy bien y tú sufriste por ello. Eras sólo un niño. Tal vez debí haber hecho algo de terapia yo mismo en ese entonces.

—Lo importante es que todo sucedió hace mucho tiempo. Espero que podamos ser una familia de nuevo.

Su mano aterrizó en mi rodilla con un golpe. Parecía que estaba a punto de estallar en risas o en lágrimas, podría ser cualquiera de los dos.

—Eso estaría muy bien. Lo siento por todo. Ojalá lo hubiera hecho de otra manera.

Suspiré, y otro problema surgió en mi mente.

—Ya que estamos dejando todo atrás, necesito saber. ¿Por qué pensaste que era una buena idea mantener a Jade fuera de mi vida?

Papá se puso de pie y evitó mi mirada.

—Vale, lo que pasó entre nosotros fue culpa mía, y haré lo que sea necesario para arreglarlo. Pero cuando se trata de Jade, Liv tomaba todas las decisiones. Tenía derecho a hacer lo que quisiera. Me pidió que no te lo dijera, y no iba a darle la espalda como te la di a ti, yo era la única familia que ambas tenían. Hice lo que tenía que hacer para protegerlas.

Me di cuenta de que había contenido la respiración durante todo su monólogo. Se formó un nudo en mi garganta, al darme cuenta de que mi papá tenía razón.

—Me alegro de que Liv y Jade te hayan tenido. Claramente, confiaron en ti. Te aman lo suficiente como para mudarse a la casa de al lado, has sido muy bueno con ellas. Te lo agradecería, pero antes que nada soy tu hijo, así que mi agradecimiento estaría fuera de lugar.

—Tienes toda la razón. No lo hice por ti.

Me reí entre dientes.

—Caramba, gracias, papá.

Un breve gemido se me escapó mientras los delgados brazos de mi padre me rodeaban, apretándome fuerte en un abrazo.

Me puse rígido, sintiéndome torpe y extraño.

Esto era nuevo.

Le di un golpecito en la espalda porque es todo lo que pude hacer.

Cuando se alejó, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Ahora ve a dormir un poco. Debes estar cansado con todas las idas y venidas entre esta casa y aquella.

Me dirigí a mi antiguo dormitorio.

—Es algo bueno. Me acostumbraré a ello. ¿Crees que puedes tolerarme en tu casa una vez al mes?

Se le iluminó la cara y asintió con la cabeza. Su voz sonó cargada de emoción.

—Mantendré la nevera llena de comida de ahora en adelante.

—¡Oh, Dios! ¡Gracias!

Se rio, cerrando las ventanas mientras se preparaba para ir a la cama.

—Oh, papá una cosa más, creo que necesitas un nuevo microondas. Ese es más viejo que yo.

—No lo es. Funciona muy bien.

Sacudí la cabeza, disfrutando de las bromas.

—Y Dios sabe qué tipo de árboles crecen en esos contenedores de la nevera.

—Los eché.

—Me temo, papá, que no es suficiente. Puede que tengas que tirar toda la nevera. Oh, y el cabezal de la ducha tiene que irse.

Me entrecerró los ojos.

—Con una condición —parecía que hablaba en serio.

—¿Está bien?

—Nos visitas tres veces al mes.

Lo miré fijamente.

—Dos veces.

—Hecho.

Dos horas después, estaba en la cama de mi antigua habitación, mirando la casa de Liv. No podía descansar, sabiendo que se había tragado todo lo que quería decirme.

Si estaba enfadada conmigo, me lo merecía. Cometí un error garrafal al confiar en Mark. Había destrozado completamente su privacidad.

No podía dormir. Me quité las sábanas y me puse un par de pantalones viejos que encontré en mis cajones.

Las hojas crujieron bajo mis pies mientras me dirigía a su ventana. Los paparazzi se habían ido por la noche porque les prometí un comunicado de prensa y la oportunidad de hacer preguntas en dos días. También les había pedido más pizza de la que podían comer.

Eché un vistazo a la ventana de su dormitorio. Las cortinas estaban hechas de un material pesado que bloqueaba completamente toda la luz. Golpeé a pesar de que estaba claramente oscuro dentro. No había forma de que Liv estuviera dormida después del día que había tenido.

Tiró de las cortinas a un lado, sus cejas se arrugaron y abrió la ventana.

—¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que alguien estaba tratando de entrar.

—No llamarían a la puerta, ¿verdad? Eso sería para los invasores de hogares extremadamente educados —se mordió el labio para luchar contra su sonrisa contestataria.

—¿Qué quieres?

No esperaba que estuviera tan... no enfadada. ¿Por qué no estaba molesta?

Jade no estaba cerca para ver a Liv perder la paciencia conmigo. Podría jurar que estaba molesta antes, luchando una batalla emocional que más tarde explotaría en mí, en un momento conveniente.

*¿Dónde estaba la ira?*

—Quería hacerte saber que... —de repente no sabía qué decir, esperaba que ella dirigiera la conversación con su ira. Entonces yo ofrecería una explicación pero ella no estaba diciendo nada.

Improvisé y fui al grano.

—He organizado una conferencia de prensa en el auditorio de la escuela en dos días. Ese es el edificio más grande que albergaría a todos esos tipos. Me iré justo después de que el frenesí mediático se calme. Te lo prometo.

Su mandíbula estaba apretada, y la cordialidad desapareció de sus ojos. Se oscurecieron cuando ella frunció los labios.

*Uh oh. ¿Qué dije mal?*

—¡Quédate ahí! —siseó y cerró tan fuerte que salté.

La vi venir hacia mí desde la parte de atrás de la casa. Intenté ignorar el hecho de que llevaba una camiseta verde que abrazaba sus pechos, sus pantalones cortos apenas cubrían la parte superior de sus muslos. Su cabello estaba despeinado debido a la cama, sus mejillas húmedas y frescas. Parecía de dieciocho años, no de veintinueve.

—Ese es el problema contigo, Adrian. Ese siempre ha sido el problema contigo.

Quería saber qué demonios estaba pasando. Pero tenía miedo de decir algo malo que la hiciera enojar más.

No sabía por qué estaba tan alterada. ¡Estaba tratando de arreglar las cosas aquí! Yo también tenía preguntas. Por lo que sabía, todavía estaba esperando el lanzamiento de la moneda para decidir si quería estar con Greg de la librería o conmigo.

—Siempre tienes tantas ganas de huir, Adrian. ¡Siempre!

—¿De qué estás hablando?

—Hablo del hecho de que te propusiste volver aquí sólo para decirme cuánto no me quieres y cómo te vas a ir en cuanto tengas la oportunidad.

—¿Qué carajos? —me quebré—. Tú eres la que no me quería en la vida de Jade ni en la tuya. Tienes a tus pretendientes alineados en la cuadra.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¡Greg!

—¡Oh Dios mío! —siseó al cielo, agarrando su cabeza con ambas manos—. Eres tan frustrante

—¿Por qué mis preguntas son frustrantes? ¿Cómo sé que quieres esto? Sigues presionándome para que me vaya lejos, pero aun así tienes a tus pretendientes esperando por tu mano aquí y no me estás ayudando, ¿verdad?

—Te lo dije, rechacé la propuesta de Greg.

Cerré los ojos para estabilizarme.

—¿Por qué volviste con él entonces? ¿Preguntó de nuevo?

—Escucha. Hace tres meses, le dije a Greg que no podía dejar que perdiera su tiempo conmigo cuando no me iba a comprometer. ¡Nunca! De todas formas se iba a ir por negocios, a Europa. Creyó que cambiaría de opinión después de pasar un tiempo separados —se encogió de hombros.

—¿Te sentiste diferente después de que se fue? —no estaba seguro de querer una respuesta.

—Me sentí diferente, sí, estaba feliz de estar libre de culpa.

—¿Qué?

—Estar con Greg, tratando de ser algo que él quería que fuera, era agotador, yo era feliz sola. Y cuando sacó el anillo, juro que hubiera preferido pasar mi mano por una trituradora antes que comprometerme. Y eso apesta, porque es un hombre maravilloso y amable.

Me pasé los dedos por el cabello.

—Así que básicamente rompiste con él hace tres meses. ¿Fue definitivo? Entonces, ¿por qué volvió?

—Su negocio está aquí, y también su casa. No soy la dueña de Ashland, ¿sabes? Tenía que volver sin importar lo que pasara. Sólo salí con él en primer lugar porque todos pensaron que debería tener citas. Mely, incluso Josue, no dejaban de decirme que mi “felices para siempre” estaba con un hombre. Lo intenté, no funcionó y rompimos.

Estaba tan aliviado de poder escuchar todo esto. Greg no importaba. Era sólo una montaña que había hecho de un grano de arena porque era un maldito celoso. Una cosa más que había arruinado.

Tuve que entregarle todo el control a Liv. Haría lo que ella quisiera, a su manera. De lo contrario, seguiría dañando todo a nuestro alrededor.

—Sólo dime qué quieres que haga.

—No, dime tú. ¿Qué quieres que haga? —ella me miró fijamente, acercándose—. En el momento en que llegaste aquí para esconderte de tu fiesta de drogas en Bellevue, todo lo que podías delirar era el día en que volverías a tu vida en Seattle. ¿Qué esperas que haga? ¿Quieres que te suplique? ¿Que caiga de rodillas y llore por ti? Por favor, quédate, por favor, ámame... —

gritó ella falsamente.

Sus palabras me penetraron sólo cuando vi la humedad que brillaba en sus ojos.

Tenía razón. ¿Qué podía esperar cuando yo había dejado claro, repetidamente, que todo lo que quería era volver a mi vida? Una vida sin ella.

—Me niego a alimentar tu complejo de Dios, Adrian. Me niego a que me elijas, no puedo rogarte que no me dejes, no lo hice en ese entonces, y estoy segura que no lo haré ahora.

# Capítulo Veintinueve

## Liv

—No puedo creerlo —presioné mis dedos contra los ojos, tratando de que las lágrimas dejaran de salir. Mi voz temblaba, incluso mientras luchaba ante la emoción y el dolor que se arremolinaban en mí.

—No puedo creer que todavía puedas encontrar formas de hacerme tanto daño. Creía que había superado lo tuyo. Pensaba que habías terminado de romperme el corazón, pero sigues volviendo para pisotearlo un poco más. Usándome como campaña de relaciones públicas. ¿Cuándo terminarás conmigo? ¿Cuándo dirás “¡Oh! ya ha tenido suficiente, esa pobre chica, puedo dejarla en paz ahora”?

Luché contra las ganas de correr, y de llorar en soledad.

No quería quedarme aquí y humillarme un poco más. No había forma de que mi historia terminara con Adrian en la foto de la sala de estar, tenía que dejarlo ir.

Me sacudí cuando sus manos atraparon los lados de mi cara. Miré hacia arriba con sorpresa, mi vista estaba borrosa por las lágrimas. Suavemente acunó mi cabeza contra el centro de su pecho.

Me puse rígida, parecía una roca entre sus brazos.

Mis ojos se abalanzaron sobre el oscuro patio trasero desde mi punto de vista. Eso fue antes de que su mano se deslizara por mi columna vertebral para luego volver a subir, apretando suavemente mi hombro y finalizar rozando una vez más el centro de mi espalda con delicadeza.

No podía luchar contra el calor que se filtraba a través de mí, especialmente cuando me susurró al oído.

—Te amo, Liv.

Mis ojos se cerraron. Luchaba con la emoción indefensa que me recorría, calentándome como un café en una noche fría. Arreglándome, tranquilizándome.

A pesar de mis esfuerzos por mantenerme rígida en sus brazos, la chica de dieciocho años con el corazón roto dentro de mí se derritió.

—Te amo, Liv. Nunca he amado a nadie más. Te lo prometo que haré lo que sea para que veas que me quedaré, que no te dejaré atrás, ni a ti, ni a Jade. Estoy aquí, y no me moveré ni un centímetro hasta que resolvamos esto. Tú y yo.

No podía creer la sinceridad de su voz, pero la emoción de su cara me dejó totalmente anonadado.

—Pensé que no me querías aquí —su voz era ronca, el dorso de sus dedos se deslizaba sobre mi mandíbula—. Quería quedarme, realmente lo deseaba. Pero tenías tu propia dinámica familiar con Jade y todo funcionaba perfectamente para ustedes. No había espacio para mí ahí dentro. Lo intenté.

—La larga distancia no funcionará.

Me puso la cara entre las manos.

—¿Sabes por qué Olivia y Mark estaban en mi casa?

—Sí, para decirte que dejes a la chica de al lado.

Se rio brevemente, un sonido frío y sin alegría.

—Vinieron hasta aquí para convencerme de que volviera. Porque me habían estado rogando durante una semana. Mi piloto estuvo en la pista de aterrizaje cinco días esperándome. Pero me negué.

—¿Por mi culpa? —la incredulidad se arremolinó a través de mí cabeza, algo que ya era una fuerza costumbre. Pero otra parte de mí creyó cada palabra que decía por la mirada en sus ojos.

—Quería quedarme. Para ti, y para Jade. Para ver si podía ser parte de tu pequeña familia.

Sacudí mi cabeza salvajemente. Todas las viejas preocupaciones volvieron a fluir, todo esto era demasiado bueno para ser verdad. No podía arriesgarme a creerlo porque pronto se iría nuevamente y no soportaría un golpe más.

—¿Por qué no lo dijiste?

—Te dije que haría cualquier cosa. No me creíste.

—Eso es porque también dijiste que volverías a Seattle, y que odiabas este basurero. “Tengo que volver, tengo que volver”.

—Había cambiado de opinión. Ashland no era tan malo y mis sentimientos estaban por todas partes. Pero estaba listo para quedarme.

—¿Aquí? ¿En este basurero? —luché contra las lágrimas.

—Por ti y Jade, viviría en cualquier lugar. Tienes un negocio increíble aquí, no me atrevía a pedirte que vinieras a Seattle, esa ciudad es un frenesí de actividad y tú estás cómoda aquí.

—¿Cómoda? Eso no es suficiente, ¿verdad? —parecía confundido.

—Sé que amas a Ashland. Estoy orgulloso de ti y de tu éxito, sólo quería que fueras feliz, que hicieras lo que tu corazón te indicara.

No sabía qué hacer. Una parte de mí quería acurrucarse contra su pecho y sollozar mientras que la otra mitad quería esconderse hasta que todo esto se acabara.

Si dijera que sí ahora, sería un riesgo. Me estaba haciendo vulnerable y abriendo a ser golpeada por otra paliza emocional. Aunque quería ser feliz y ver a dónde nos llevaba esto, era difícil de creer.

No podía derribar las paredes lo suficiente como para dejarlo entrar, lo estaba intentando pero algo me retenía, aunque cada palabra que dijo tocó las cuerdas de mi corazón.

—Y a Jade le encanta su escuela aquí, no podría ser tan egoísta como para pedirles que dejen todo atrás y me sigan a Seattle. Al regresar a Ashland salí de esa burbuja de superioridad. Yo quería lo que tú querías, no podía soportar pedirte que me siguieras.

—¡Pero qué pasaría si lo hicieras! —lloré, empujando su pecho. Ni siquiera se movió. En cambio, yo volví a tropezar.

—¿Qué?

—¿Y si me lo pidieras? ¿Por qué no dejas de hacer lo correcto y sólo preguntas? Nunca sabrás lo que diría. Estás inventando una situación hipotética en tu estúpida cabeza, donde reformas preguntas, asumiendo respuestas y llamando a juicio sobre todo el asunto.

Ella tenía razón.

—Adrian, si eso no es un exaltado sentido de superioridad, no sé lo que es. No puedo creer que ni siquiera me necesites para obtener mi respuesta. Vaya, de verdad que no me sorprende de tí. ¡Eres así de bueno!

Me miró como si hubiera perdido la cabeza

—¿Estás diciendo que quieres que te pida que vengas a Seattle?

Me quedé en silencio. La batalla en mí se estaba calmando, estaba indefensa, Pero al mismo tiempo, sentí que podía lograr cualquier cosa. Crucé los brazos sobre mi pecho como un último acto de desafío contra él.

—Quiero decir, podrías preguntar. Podrías pedirme que me mude a Seattle, te rechazaré y ya, sólo para sentirme bien por dentro.

—Siento que esta es una pregunta capciosa tras otra. ¿Realmente quieres que te lo pregunte?

—Estoy esperando.

—Liv, esto es serio —dijo—. Sé lo masivo que sería el cambio para ti y Jade, y no creo...

Miró hacia abajo y tragó de forma audible. Su manzana de Adán se movió de arriba a abajo en su garganta mientras jugaba con una hierba del suelo. Mi corazón se volteó. Sólo podía susurrar.

—¿No crees qué?

Sus ojos se encontraron con los míos, y las lágrimas que brillaban en ellos compensaban el duro apretón de su mandíbula.

—No creo que valga la pena.

Un sollozo se escapó de mis labios. Agarré puñados de su camisa en el pecho y lo bajé mientras me ponía en pie. Mi boca cubrió la suya, de la misma forma posesiva y consumista en que siempre me besaba. Se aferró a mis manos en su pecho al instante que respondía a mi beso con un ardor avaricioso.

Me caí de espaldas y el contacto caliente de nuestros labios se rompió. Resoplando, deslicé mis manos hasta sus hombros y luego por su cuello antes de arrastrar mis uñas contra su barba recién afeitada.

—Tú lo vales, tú vales la pena, odio sentirme así, pero realmente lo vales.

Las últimas tres palabras fueron susurradas en su boca antes de que le agarrara el labio inferior con mis dientes.

Cuando salí de mi euforia, estaba acostada en su cama. La luz de la luna se filtraba a través de las endeble e inútiles cortinas. Me quité los pantalones cortos y me puse la camiseta de tirantes en la cabeza sin dejar de mirarlo.

Sus calzoncillos dejaron su cuerpo y su pene estaba duro como una roca mientras se arrodillaba en la cama y escalaba encima de mí.

Mis piernas se separaron para hacerle espacio. Mientras se acomodaba entre mis muslos, sus manos se deslizaban bajo mí, apretando mis caderas, levantándolas para tomarlas. Le arañé la espalda para acercarlo, absorberlo dentro de mí de alguna manera.

Me tomó rápidamente. Claramente, no podía esperar para cogerme.

Sentía sus manos ásperas en mi piel, explorando cada centímetro, a su vez, su boca seguía el ejemplo. El aliento cálido y los labios húmedos trazaron cada parte de mi cuerpo. Sus dedos presionaron mi clítoris mientras se lanzaba para llevarme a un orgasmo tembloroso una y otra vez.

Horas después, mis ojos se cerraron mientras me abrazaba. Me acurruqué en su cálido y fuerte hombro, cuando me pareció oírle susurrar:

—Ahora eres toda mía.

—Siempre fui toda tuya, Adrian —respondí en mi mente.

*O tal vez lo dije en voz alta.*

Porque sus brazos me apretaron más fuerte justo cuando me dormí.



# Capítulo Treinta

## Adrian

Mi corazón se aceleró.

Había estado corriendo desde esta mañana.

Pasé el día con Jade, comprando las cosas que necesitaba. Empezaba el sexto grado en menos de una semana, y yo apenas podía controlar mi propia excitación. Era la primera vez que podía disfrutar de ella como padre e hija, siendo una parte integral en su vida.

Pasé la mañana tratando de comprar todo lo que ella miraba.

—Jade, vamos a tomar esta caja de lápices. Tiene un centenar.

—No necesito tantos.

—Woah, mira esta mochila. Está cubierta con estas lentejuelas de los colores que te encantan.

—¡Ya me has comprado dos mochilas, papá! Voy a ir a sexto grado, no a abastecer mi propia tienda de regreso a la escuela.

Me encantaba que la preadolescente discutiera.

Era más feliz de lo que había sido jamás en mi vida.

En el espejo retrovisor, vi a Jade mordiendo su cono de helado, le gustaba comer rápido, totalmente inmune a la congelación del cerebro. Hicimos una parada para recoger a mi padre de la iglesia.

Por alguna razón, se negaba a conducir en Seattle.

—Es intimidante —dijo—, y no hay forma de que pueda estacionar el auto en cualquier sitio. Es demasiado grande para los estacionamientos normales.

Yo tenía una Range Rover que entraba perfectamente en todos los lugares de estacionamiento regulares, pero papá no lo conseguía.

También se negó a tomar el Lamborgini. Así que lo llevaba como si fuera mi hijo.

Tantas cosas habían cambiado en mi vida, pero en realidad parecía que había cambiado al viejo yo por uno más bonito.

*Ahora, estaba listo para más.*

Volví de Madrid hace dos días y había decidido que ya no tenía que esperar más.

Hoy era el día en que finalmente iba a dejar de ser un marica y decirle a Liv lo que me había estado molestando durante meses.

Estaba tan jodidamente nervioso que podía explotar. Mis manos se apretaron en el volante mientras giraba el indicador y me dirigía a la entrada curva de mi casa en Bellevue.

El nuevo Audi de Liv estaba en la entrada, estaba en casa, mi corazón se golpeó contra mis costillas. La llamé esa mañana para decirle que tenía una sorpresa para ella así que había prometido volver temprano del trabajo pero yo seguía enloqueciendo.

*Esto está sucediendo realmente.*

La nueva pastelería de Liv estaba situada en la Cuarta Avenida. Era un lugar fresco y moderno con la más colorida selección de postres, café y algunos licores que acompañaban armoniosamente la variedad de sabores que se ofrecían. Todo el mundo hablaba al respecto.

Funky Bake había hecho ventas récord en Seattle apenas a un mes de su inauguración. Atribuía el éxito al genio y el sentido de los negocios de Liv.

Los últimos diez meses han sido bastante locos. Mi fría y vacía casa, un lugar de fiesta para la élite de Hollywood y mis compañeros de los Halcones Rojos, se había convertido en un hogar. Liv se había negado a redecorar, diciendo que el lugar era increíble tal como estaba.

Las únicas habitaciones que habíamos arreglado eran la nuestra y la de Jade. Pero eso no era lo que había desencadenado el cambio en la energía de la casa, fue la presencia de ellas dos lo que hizo de la mansión un hogar.

Mis manos temblaban con anticipación nerviosa mientras ayudaba a nuestra ama de llaves, la Sra. Hick, a llevar las compras de Jade adentro.

Jade y papá salieron de la sala de estar, a través de las enormes puertas corredizas, y se acomodaron en las sillas junto a la piscina. Me quedé mirando la escalera curva que me llevaría al segundo piso, y a Liv.

*Está bien, está bien. Todo estará bien.*

*¿Recuerdas lo que dijo cuando seguías arruinando tu relación con ella? Si no preguntas, nunca lo sabrás.*

Froté una mano húmeda en la parte delantera de mi camiseta y subí los escalones. Empujé la puerta del dormitorio para abrirla. Estaba en el balcón, deslizándose en un tacón alto, y luego colocándose el segundo. Cuando terminó, agarró la barandilla detrás de ella con ambas manos, apoyándose en ella.

Una sonrisa iluminó mi cara cuando me uní a ella.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Necesitaba un poco de aire fresco, así que respiré profundamente. Se veía un poco pálida y asustada. No había manera de que ella pudiera saber lo que estaba a punto de decir.

—Demonios, estás preciosa.

Liv llevaba un vestido rosa plisado y con capas con un profundo escote en V de mangas cortas y fluidas. Quería llevarla directamente a la cama para quitarle ese glorioso vestido.

Pero hoy, había algo que necesitaba completar antes de hacer el amor.

Ella miró hacia otro lado. Sus ojos se dirigieron a todos los puntos del balcón en vez de a mi cara. Parecía más nerviosa de lo que yo me sentía.

—¿Estás bien?

—¡Sí! —sonrió, pero no llegó a sus ojos.

¿Ella lo sabía? Diablos, no podía era imposible.

*Estás pensando demasiado en esto. Sólo hazlo.*

*Ella está bien. Estás bien.*

*No está actuando de forma extraña. Tú estás actuando de forma extraña.*

Intenté recordar el discurso que había ensayado mil veces en mi cabeza desde esa mañana. Pero mirando su cara sonrojada, sus amplios ojos verdes, no podía recordar absolutamente nada.

Sin palabras y en blanco, me arrodillé en el suelo, sobre una rodilla.

Ella jadeó en estado de shock.

—Liv, había tanto que planeaba decir —saqué la caja de terciopelo de mi bolsillo y abrí la tapa—, pero desafortunadamente, no puedo recordar nada en este momento. Excepto que necesito preguntarte algo importante.

Ella se rio, las lágrimas cayeron en su cara en completa contradicción. Mi nerviosismo disminuyó lentamente para ser reemplazado por la gratitud y la alegría.

—¿Te casarás conmigo? Por favor...

Mientras miraba, sus ojos se cerraron y sollozó como si su corazón se estuviera rompiendo.

*Oh, mierda. Algo no estaba bien. ¡Ella va a decir que no!*

—Oye, ¿Liv? —confundido, estaba a punto de levantarme cuando algo se estrelló contra el

suelo a sus pies. Miré fijamente el instrumento de plástico azul y blanco, sabía exactamente lo que era, cuando lo recogí, las dos líneas azules brillantes paralelas me dijeron por qué estaba llorando.

La miré con los ojos muy abiertos, y se resopló entre las lágrimas.

—Tengo una sorpresa para ti también.

Mi vista se nubló y me levanté. Le envolví los brazos alrededor de los hombros, tirando de ella hacia mí. Sabía que la estaba sujetando demasiado fuerte, apretando un poco sus costillas, pero ella estaba agarrando la parte de atrás de mi camisa a puñados, apretándose contra mí, no tenía palabras. No confiaba en mí mismo lo suficiente como para hablar.

La sostuve, y me dejé llevar por el momento.

Sus hombros temblaban entre sollozos. Presioné mi boca sobre su fragante cabello, besándolo. Una, dos, tres veces. No podía parar. La agarré más fuerte, riendo.

Me sentía completo. Tenía tanto que esperar. Tanta esperanza.

No había sentido ninguna hasta que Liv regresó a mi vida. Con ella, tenía que ir a un lugar, estábamos creciendo juntos. Como individuos y como familia.

La solté sólo un poco, y su cara manchada de lágrimas se convirtió en la vista más hermosa que jamás hubiera apreciado.

Parecía estar esperando algo.

—¿Puedo ver el anillo? —se rio a través de sus lágrimas.

—Oh sí. Por supuesto, es tuyo —lo saqué rápidamente de la caja y le puse el diamante de corte cuadrado en el dedo. El oro amarillo brillaba sobre su piel, y sus ojos a la par—. Es un ajuste perfecto —dije, orgulloso de mí mismo por haber acertado.

—No puedo creer que finalmente te estés declarando.

—¿Qué significa eso?

Luchó contra una sonrisa.

—Significa que encontré esa caja en tu armario hace seis meses. ¡Pero no la abrí! Quería que me sorprendieras.

—Mierda. ¿Lo sabes desde hace seis meses? ¿Por qué no dijiste algo?

—¿Qué podía hacer? ¿Rogarte que me propusieras matrimonio? Tienes que dejar de esperar que yo haga todo el trabajo duro.

—Yo... demonios, no estaba seguro de que quisieras casarte.

Su mano se posó a un lado de mi cara, calentándome. Mis manos sostenían los lados de su estrecha cintura.

—Te deseo y quiero que te sientas seguro sabiendo que puedes preguntarme cualquier cosa. ¿Por qué me tienes miedo de todos modos?

Me ahogué en una risa.

—¿Qué?

Tomé su mano y la giré para que mirara al lago, y con reverencia le agarré la parte baja del estómago. No podía creer mi suerte. Iba a ver a Liv embarazada. Su vientre creciendo con mi segundo hijo.

Me tomó el dorso de las manos, presionando mis palmas en el lugar donde crecía nuestro bebé. Le besé la oreja.

—Tengo algo que he querido preguntarte. Pero yo estaba...

—¿Asustado de mí?

Sonreí mientras ella apoyaba su cabeza contra mi hombro.

—Bien, aquí va. Quiero tres más.

Su cabeza se inclinó hacia un lado mientras me miraba a la cara.

—¿Bebés?

—Me dijiste que podía pedirte cualquier cosa.

—¿Tres más? Es decir Jade, este bebé ¿y tres más? ¿Para qué quieres cinco niños? Criando nuestro propio equipo de la NFL, ¿verdad?

—No, no, no —me retiré—. Quise decir además de Jade. No sabía de éste cuando planeaba pedirte tres más.

—¿Entonces, cuatro?

Nos paramos frente a frente, haciendo las cuentas.

—Sí. Cuatro. Total.

Ella sonrió.

—¿Hablas en serio?

—¿Hay algún problema?

Una sonrisa iluminó su rostro, haciendo que sus ojos brillaran. Deslizó sus manos sobre mi pecho y presionó la parte inferior de su cuerpo contra el mío.

—Me encantaría tener un montón de niños contigo. Soy toda tuya.

Respiré profundamente y la besé. Un torrente de amor, asombro y seguridad me rodea. Tenía raíces de nuevo. Alguien a quien le importaba.

Como resultado, había empezado a preocuparme de nuevo por otras personas.

Liv era el bálsamo que me había curado, y no podía imaginar la vida sin ella.

Realmente sería mía, para siempre.